

HARLEQUIN®

Recrea el tiempo para ti™

Deseo®

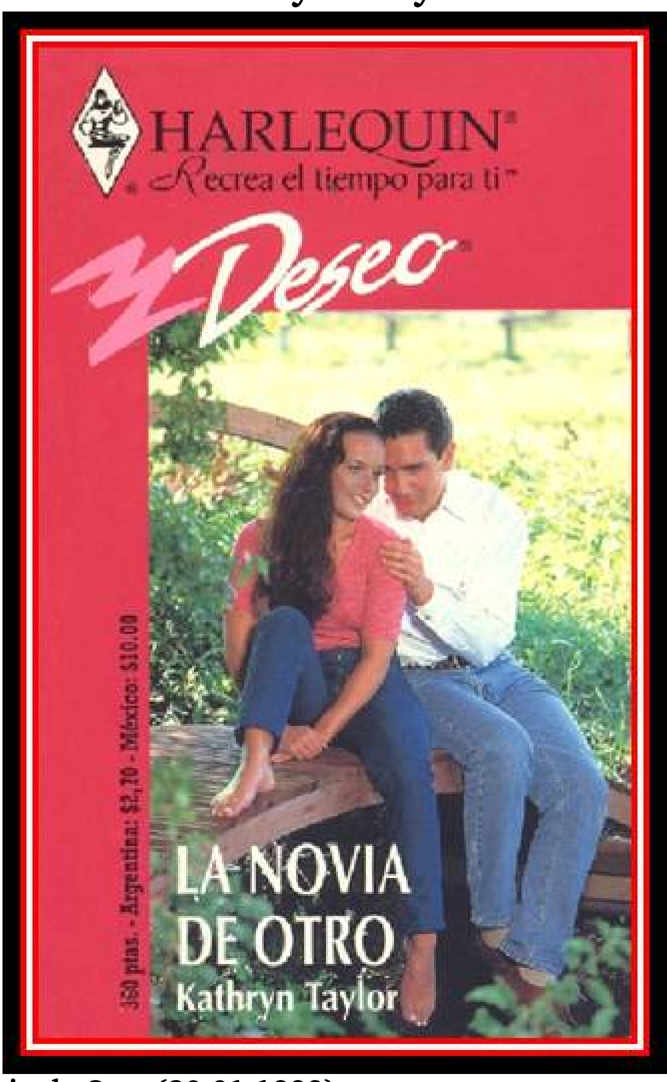
360 ptas. - Argentina: $2,70 - México: $10.00

LA NOVIA DE OTRO

Kathryn Taylor

La Novia de Otro

Kathryn Taylor



La Novia de Otro (20.01.1999)
Título Original: The Forbidden Bride-to-Be (1998)
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Deseo 826
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Alex Sinclair y Sophie Anders

Argumento:

El rico y apuesto Alex Sinclair era el candidato perfecto al matrimonio perfecto para Sophie Anders.

¡El problema era que ella ya tenía un prometido… ¡su hermano!

En realidad, su compromiso era una farsa, pero no el bebé que ella esperaba, que era de Alex. Una vez que a Sophie se le empezara a notar ¿haría Alex de su romance prohibido un matrimonio para siempre jamás?

Prólogo

Un viento suave agitaba las cortinas y hacía temblar la tenue llama de las velas.

Sophie Anders se recolocó el chal que llevaba sobre los hombros. Los hilos dorados resplandecieron bajo la luz. Un intenso aroma a sándalo llenaba el ambiente.

Fuera, el tío vivo giraba al son de una conocida canción.

Sophie se retiró un mechón enroscado como una escalera de caracol y sonrió al muchacho que estaba sentado frente a ella.

— ¿Por qué quieres presentarme a tu familia como tu prometida? Ni siquiera salimos juntos.

Damon Winston sonrió.

—Mi familia me está presionando para que me case y yo les he dicho que tengo una prometida.

Ella se miró la camisa blanca y la falda roja.

— ¿Y, Yo soy lo mejor que les puedes presentar? Creo que no van a estar muy de acuerdo.

—La verdad es que tú eres lo peor que les puedo llevar. Precisamente; lo que quiero es que se opongan.

— ¡Vaya hombre, gracias! —le dio un pequeño puñetazo en el hombro.

—Ya sabes que no es un insulto. Para mi familia un inconformista intolerable es alguien que se viste de rojo el día del trabajador. Tú serás como un alienígena para ellos. Sophie sabía muy bien a qué se refería Damon.

Había trabajado para él mientras estaban en la facultad y su amistad había comenzado, precisamente, por ese juego que habían

establecido. Continuamente se metían el uno con el otro.

Jamás habían ni tan siquiera rozado una relación romántica, manteniéndose como amigos.

— ¿Por qué no te limitas a decirles que no quieres casarte? Me quedaría callada por una vez y no diría nada de tus dificultades para la fidelidad.

—Venga, Sophie. Nunca te he pedido nada.

— ¿Cómo que no? ¿Y qué me cuentas de las veces que voy a llenarte el plato de ensalada en el restaurante de la facultad?

Damon lanzó una de sus encandilantes sonrisas.

— ¿Y qué me dices de la cita que me preparaste con ese amigo tuyo al que llaman «el hombre pulpo?»

Damon se rió.

—Después de aquello ha decidido meterse a monje.

— ¿Y el día en que te fui a recibir al aeropuerto y me tuviste dos horas esperando por causa de una azafata?

—Está bien, entendido. Pero te aseguro que éste es el último favor que te pido.

Sophie bajó la cabeza. Algunos gitanos habrían pensado que estaba loca sólo por dudar.

—No lo sé, Damon. Había pensado trabajar en lo del carnaval durante las vacaciones. El centro de menores necesita dinero...

El la miró frustrado.

— ¿Cuántas veces te he dicho que no te vas a hacer rica trabajando gratis?

—Tampoco me voy a hacer rica trabajando para ti —dijo ella—. Por eso trabajo para mí misma.

Damon nunca entendió porque trabajaba como voluntaria dando

clases en el centro de menores. Desde el punto de vista de Sophie recibía mucho más de lo que ella les daba a esos chicos. Pero la riqueza tenía distintos significados para gente distinta. Para él, sólo se podía medir en términos económicos directamente relacionados con la cantidad de dinero que obtenía.

Damon levantó una de las cartas del tarot.

— ¿Y la gente realmente te paga por este engaño?

—El dinero es para caridad y, aunque no tengo el talento de mi madre, no engaño a nadie. Tengo un buen ojo para saber cosas sobre la gente.

—Haré un trato contigo. Si tú haces esto por mí, donaré dos mil dólares para el centro juvenil.

Sophie abrió los ojos.

— ¿Dos mil dólares? —aunque su primera reacción fue rechazar la oferta, pensó en todas las cosas que se podrían hacer en el centro con ese dinero. Después de todo, ¿qué mal podría haber en hacer el papel de la prometida de un novio tan poco apropiado?

—Eso aparte de unas gloriosas vacaciones con todos los gastos pagados en Fairfield, Connectica.

Un rayo iluminó el cielo y pronto le siguió un trueno. ¿Era eso un signo de que debía rechazar aquella oferta?

«Vamos, Sophie, no ha sido más que un fenómeno natural con causas ajenas a tu destino», se dijo ella.

—No hay nada gratis en la vida, Damon.

— ¡Vaya! Acabas de parecerte a Alex.

— ¿Quién es Alex?

—Mi hermanastro.

Damon jamás antes le había hablado de un hermanastro. Mala señal. Eso debería haber sido suficiente para hacer sonar todas las alarmas.

—No sé…

—Será un acto de caridad.

—De acuerdo —aceptó ella, a pesar de que su estómago le decía que no era en absoluto una buena idea. ¿Era ése el cruce de caminos que su madre le había predicho?

Capítulo Uno

Sophie se quedó lívida al ver la grandiosidad de aquellos muros. La torre que presidía la construcción fue un motivo más de aprensión.

Había una placa sobre la pesada puerta de hierro en la que se podía leer El Santuario. ¿En qué se había metido aquella vez?

La lluvia empezó a caer con fuerza.

« ¡Que apropiado!», se dijo ella.

La niebla empañaba la visión y daba a la escena un carácter tenebroso.

Se volvió hacia Damon. Apretaba el volante de su porche con fuerza y había en su rostro un gesto desconocido. No parecía el mismo hombre que siempre había conocido.

Por suerte, una ligera sonrisa se aventuró a cruzar su cara.

—Bueno, no es mucho, pero esto es lo que se supone debo llamar mi hogar.

Estaba claro que El Santuario no era un lugar agradable para él.

Sophie miró por la ventanilla y vio kilómetros de tierra extenderse por todos lados. De pronto se dio cuenta de lo poco que sabía sobre su amigo, desde luego, no lo suficiente para comprender los verdaderos motivos de aquella farsa.

—Cuéntame algo sobre tu familia.

El la miró de reojo.

— ¿Por qué?

—Se supone que estamos comprometidos. ¿No debería conocer un poco más de tu vida? —jamás le había dicho que había crecido

en un lugar que ocupaba medio estado. ¿Qué se había olvidado mencionar?

Se encogió de hombros y asintió.

—Tienes razón. Mi madre es una madre típica. Quiere que me case con una buena chica y le dé un montón de nietos.

— ¿Y tú hermano?

—Hermanastro —la corrigió él, con un tono cortante. Respiró profundamente—. Lo raptaron cuando era pequeño y su padre tuvo que pagar mucho dinero para que se lo devolvieran. Pero no menciones el incidente, no quiere hablar sobre eso.

Aunque las historias sobre raptos entre los gitanos se contaban siempre con un aire romántico, se podía imaginar que en la vida real eran algo bastante más traumático.

Una vez más se preguntó porqué jamás le había hablado de su hermanastro.

— ¿Tenéis una buena relación?

—No exactamente —aceleró un poco. Estaba claro que no quería hablar de Alex.

Al llegar ante la inmensa mansión que presidía las posesiones los recibió un mayordomo. Primero le abrió la puerta a ella y después, se dirigió hacia la puerta de él.

—Bienvenido a casa, señor Damon. Espero que haya tenido un buen viaje.

La formalidad de trato que le daba aquel hombre, le provocó a Sophie una risa nerviosa.

—Gracias, William —.Damon la agarró del brazo y juntos, entraron en la casa.

Los pasos se marcaban sobre el suelo de mármol y resonaban con un eco grandioso en la inmensidad del recibidor. Del techo pendía una araña de cristal.

Sophie se sentía completamente fuera de lugar. Por primera vez, entendió lo que debían de sentir sus antepasados cuando iban a actuar a los castillos en tiempos pasados.

— ¿Por qué no me avisaste? —murmuró Sophie furiosa.

—No quería que te prepararas de antemano para interpretar tu papel.

— ¿Es eso lo que estoy haciendo, interpretando un papel?

—Sí. Pero quería que te sorprendieras.

De pronto, se dio cuenta de que había mucho más encerrado en todo aquello de lo que Damon le había contado. Estaba jugando con ella y no le gustaba. Había aceptado interpretar a la prometida de Damon, pero siempre y cuando fuera una acción inofensiva.

William se acercó a ellos e impidió que la conversación continuara.

—Llevaré el equipaje a sus habitaciones. Su madre está en el club. Volverá a la hora de la cena.

— ¿Y Alex? —preguntó Damon

—En los establos.

—Será mejor que vaya a decirle que estoy aquí. Siéntete como en casa —Damon depositó un obligado beso sobre su mejilla—. El salón está al final del recibidor. Puedes esperarme allí. Si te pierdes, no te preocupes. Con una brigada de rescate seremos capaces de encontrarte en un par de días.

Sophie sonrió y se puso en su papel.

—Date prisa, cariño —le dijo con sorna.

En cuanto Damon se marchó, ella inspeccionó una vez más el recibidor. Era opulento, elegante y frío, sin alma. El inmenso tamaño del lugar podía provocar una ilusión de espacio. Sin embargo, ella tenía la sensación de que la habían metido en un armario. ¿Sería capaz de sobrevivir a aquello una semana entera?

Alexander Sinclair se sacudió la tierra de las botas al entrar en la cocina. Miró la hora. La comida tendría que esperar si quería darse una ducha antes de que apareciera su hermano. Agarró una manzana del frutero y la mordió.

Al menos, las vacaciones iban a ser realmente interesantes aquel año. ¿Sería verdad que su hermano estaba dispuesto a casarse? Eso estaba por ver. Damon amaba demasiado su libertad como para atarse si no había una buena razón por medio. ¿Acaso sería su prometida una rica heredera? ¿O había algo más detrás de su decisión de casarse tan repentinamente? No había mencionado a su prometida hasta hacía una semana.

Alex no había podido resistir la tentación de asistir a la presentación de tan misteriosa dama.

Desde el recibidor, le pareció ver la figura familiar de una mujer que entraba en la biblioteca. Se escondió entre las sombras. Se le puso un nudo en el estómago. De pronto, tenía la sensación de haber retrocedido en el tiempo. ¿Qué demonios era aquello?

Había sido la luz. Las sombras pueden jugar malas pasadas.

De pronto, unas notas furtivas llegaron hasta él.

Se dio cuenta de que había tres maletas al pie de las escaleras. Así que Damon y su invitada ya estaban en casa.

Las vigorosas cadencias del *Carmen* de Bizet fueron haciéndose cada vez más nítidas al acercarse a la biblioteca.

Junto a la ventana, había una mujer que se contoneaba deliciosamente al compás de la música. Llevaba un pequeño casete enganchado en el cinturón. Era un cinturón ancho que le marcaba la cintura. La falda larga y fina se le pegaba a las piernas y permitía adivinar el contorno de sus piernas.

Aquella vez, el nudo se le puso algo más abajo del estómago.

Su seductora danza crecía con el tempo de la música. Comenzó a girar sobre el suelo encerado con los ojos cerrados.

Miró el rostro de la mujer y, una vez más, se dio cuenta de que era idéntica a Marie. Sin embargo, carecía de inhibiciones, a

diferencia de su ex prometida.

Marie. No había pensado en ella durante años. ¿Qué cruel plan había tramado Damon esta vez? Alex se negó a aceptar que el parecido de aquella mujer con Marie fuera mera coincidencia.

Oyó un sonido gutural. Dos enormes ojos verdes se centraron en él segundos antes de que aquel cuerpo femenino se topara con el suyo.

Antes de que el choque fuera mortal, la agarró de la cintura.

Durante unos segundos Alex no pudo sentir ni pensar nada. Lentamente, sus sentidos se despertaron de nuevo. Dos senos pujantes se habían instalado sobre su pecho. Alex no pudo evitarlo. Seguro que ella había notado el efecto que acababa de provocar sobre él.

—Lo siento —dijo ella.

—No pasa nada —respondió él. La verdad es que le había gustado la sensación.

— ¿Cuánto tiempo lleva aquí?

Él se rió.

—El suficiente para haber visto el espectáculo entero.

Sophie sonrió, y toda la cascada de rizos se agitó al inclinar la cabeza. Cerró los ojos e inhaló con fuerza.

—Cuero.

— ¿Perdón?

—Que huele a cuero.

—Lo siento —retiró las manos de su cintura y ella se apartó.

—Si me gusta —dijo ella—. Es un olor agradable. Tú debes de ser Alex. Damon me ha hablado de ti.

—Sin embargo, a ti no te ha mencionado para nada —dijo él

mientras le tomaba la mano y se la besaba cortésmente.

—Bueno... Yo soy Sophie —dijo ella completamente ruboriza. Se apartó un rizo de la cara en un gesto nervioso—. Damon ha ido a los establos a buscarte.

—Me echa de menos.

—Eso parece.

Durante la larga pausa que siguió al comentario la observó con detenimiento.

Era realmente hermosa.

—Una casa muy bonita.

— ¿Te lo parece?

—No —respondió ella e, inmediatamente, cerró los ojos—. ¡Oh, no! Lo he vuelto a hacer.

Alex no pudo evitar una sonrisa.

—Hay que acostumbrarse a El Santuario. Mex había odiado y amado aquella casa, dependiendo del momento de su vida en el que se hallara. Pero si Damon tenía previsto instalarse con ella en aquella casa, iba a ser mejor que limitara el número de visitas al lugar. La atracción física que sentía por la prometida de su hermano no era adecuada a las circunstancias.

— ¿Por qué tendría que acostumbrarme?

—Perdón, pero creí que estabas comprometida con Damon.

Sophie se sintió completamente confusa.

—Pero ésta es tu casa, no la de Damon.

¿No sabía nada del hombre con el que se iba a casar?

—Esta es su casa también —o, al menos, lo había sido hasta que Alex había decidido que quería vender. La familia había tomado aquello como un drama.

La puerta se abrió.

Sophie se dio la vuelta y buscó rápidamente sus zapatos. Se los puso mientras se recolocaba la ropa.

¿Parecía tan culpable como ella se sentía? A pesar de su apariencia, calma era lo último que sentía.

Nunca antes había experimentado un compendio de emociones más confuso. Tampoco, nunca antes, sus sentidos habían reaccionado así ante ningún individuo del sexo opuesto. El aroma a jabón a hombre habían sido una combinación explosiva. No sólo se había lanzado, literalmente, a sus brazos, sino que, una vez allí, no había querido que la dejara escapar. ¡Vaya comportamiento para una mujer supuestamente comprometida!

Damon entró en la biblioteca. Se acercó a ella y la agarró por la cintura.

Había sido de esperar que su amigo demostrara su afecto hacia Sophie delante de Alex. Pero, a pesar de todo, ella no pudo evitar apartarse.

—Es que es muy tímida —dijo Damon.

—A mí no me ha dado esa impresión hace un momento.

Sophie sintió un rubor inevitable. Estaba claro que la primera impresión que Alex se había llevado no era demasiado apropiada.

Ella jamás bailaba en público.

—Me da la impresión de que ya habéis tenido tiempo suficiente para conoceros en mi ausencia —dijo Damon.

—Sí, así es —la medio sonrisa de Alex fue muy elocuente.

Sophie sintió calor. Desde luego que sí habían tenido tiempo, quizás demasiado. Conocía casi a la perfección las curvas que la firme musculatura de su cuerpo creaba.

Tendría que hablar con Damon. Debían acortar su estancia allí. Ya había causada una mala impresión en una parte de su familia y

no llevaba ni media hora en la casa.

Debería haber tenido en cuenta la advertencia que había leído en las cartas hacía menos de una semana.

Incluso su madre le había dicho por teléfono que tuviera cuidado.

Cualquier mentira por pequeña y supuestamente inocente podía acarrear serios problemas.

—Bueno, ¿qué te parece? ¿No es preciosa?

Sophie no pudo ocultar su nerviosismo.

—El muchacho necesita gafas —dijo ella.

— Yo creo que tiene una vista perfecta —le aseguró Alex.

Damon le acarició la mejilla con un dedo.

— ¿Te enseño tu habitación?

—Sí, por favor —Sophie necesitaba distanciarse de Alex.

Comprendía a la perfección que Damon tuviera que hacer una exhibición de gestos posesivos. Después de todo, tenía que convencer a toda la familia de que se iba a casar. Pero ante la intensa mirada de Alex, se sentía culpable y la asaltaban unas impresionantes ganas de confesar la verdad.

— ¿Qué habitación le ha preparado mamá? —preguntó Damon.

—La de invitados del ala este —Alex levantó una insidiosa ceja —. A menos que la quieras en la tuya.

— ¡No! —dijo ella sin pensar. Miró a Damon con un grito de socorro en los ojos, pero no obtuvo ninguna ayuda—. Jamás me atrevería a insultar a tu familia compartiendo el dormitorio antes de estar casados.

—Permíteme que te lleve hasta allí —dijo Damon. La agarró del brazo y se la llevó.

Por supuesto, esperaba un furioso sermón de su prometido por sus ambiguas respuestas. No era modo de comportarse. Tenía que seguir el juego.

Sin embargo, el sermón nunca tuvo lugar.

Subieron las escaleras en dirección al cuarto de invitados.

Damon parecía contento con lo acontecido.

No abrió la boca hasta que llegaron a su destino.

— ¿Qué te parece?

— ¡Es maravillosa! —dijo ella.

La habitación estaba toda decorada con antigüedades. Las paredes estaban enteladas en un azul, que combinaba con el de la colcha y las múltiples alfombras.

Se acercó a la ventana. El paisaje era increíble. Un amplio bosque se extendía más allá de lo que la vista podía alcanzar.

—No me refiero a la habitación, me refiero a mi hermano.

—Me da la sensación de que sospecha que hay algo raro en nuestra relación.

—Aparte de eso.

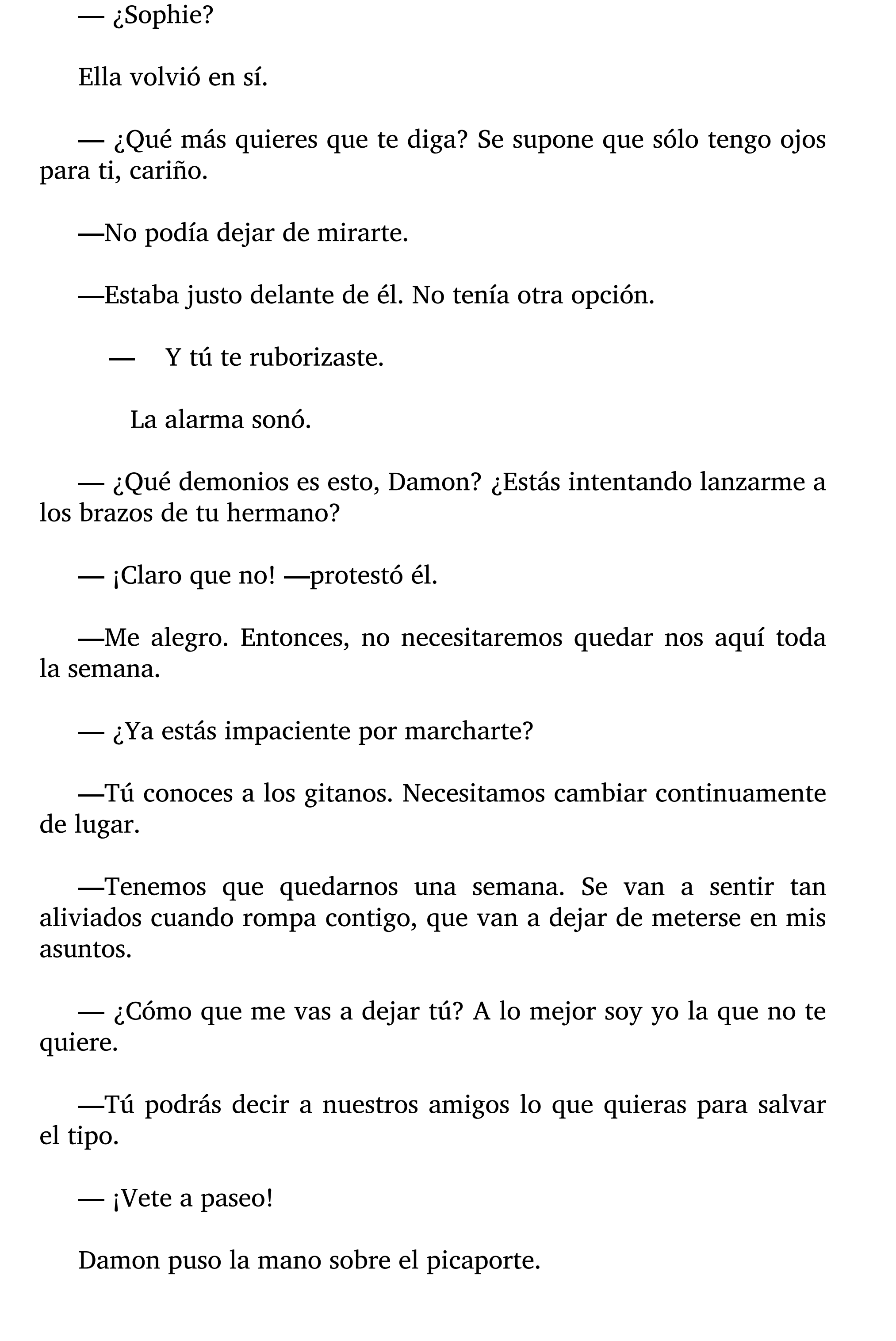
—Es muy educado —teniendo en cuenta que casi lo estampa contra la pared, se había comportado muy correctamente.

Damon se sentó en el borde de la mesa.

— ¿Eso es todo?

También le parecía increíblemente sexy con su camisa de franela y sus vaqueros. Había esperado un encopetado pseudo aristócrata con traje de chaqueta de Armani.

Tenía un cuerpo por el que no habría dudado en morir o matar eso sin hablar de los ojos.



Damon agitó la mano.

— ¿Sophie?

Ella volvió en sí.

— ¿Qué más quieres que te diga? Se supone que sólo tengo ojos para ti, cariño.

—No podía dejar de mirarte.

—Estaba justo delante de él. No tenía otra opción.

— Y tú te ruborizaste.

La alarma sonó.

— ¿Qué demonios es esto, Damon? ¿Estás intentando lanzarme a los brazos de tu hermano?

— ¡Claro que no! —protestó él.

—Me alegro. Entonces, no necesitaremos quedar nos aquí toda la semana.

— ¿Ya estás impaciente por marcharte?

—Tú conoces a los gitanos. Necesitamos cambiar continuamente de lugar.

—Tenemos que quedarnos una semana. Se van a sentir tan aliviados cuando rompa contigo, que van a dejar de meterse en mis asuntos.

— ¿Cómo que me vas a dejar tú? A lo mejor soy yo la que no te quiere.

—Tú podrás decir a nuestros amigos lo que quieras para salvar el tipo.

— ¡Vete a paseo!

Damon puso la mano sobre el picaporte.

—Por cierto, si por la razón que sea decides salir de tu habitación por la noche, ten cuidado. Compartes el baño con Alex que está en la habitación de al lado.

— ¿Que?

—Esta parte de la casa fue originalmente diseñada para el señor y la señora —le dio un beso y se marchó.

Sophie se dejó caer en la cama con un gran suspiro. ¿Qué demonios estaba tratando de hacer Demon? ¿Quería que su hermano y ella...? Entonces, ¿por qué le había dicho a la familia que estaban comprometidos?

No. No era eso. Damon tenía otra cosa en mente.

Lo que estaba claro era que nadie iba a saber qué, hasta que fuera demasiado tarde.

Alex se conectó a Internet y marcó el número de su oficina. Aunque confiaba en su director, prefería estar al tanto de todo.

Un buen intento por su parte, pero se estaba mintiendo vilmente a sí mismo. Lo que necesitaba era algo que lo mantuviera entretenido, que desviase su atención de la exultante belleza que había invadido su casa.

Se habría apostado el negocio familiar a que no había una verdadera relación entre Sophie y Damon. Ella no era ni siquiera capaz de fingir que le agradara su tacto. ¿Qué querían? ¿Acaso su madrastra, Leonora, estaba también compinchada? Con seis habitaciones vacías en la casa, ¿por qué habían tenido que escoger, justamente, la que estaba junto a la suya?

Alex sonrió.

No era Navidad aunque no le habría importado desempaquetar a Sophie bajo un árbol.

Trató de concentrarse en las cifras que aparecieron en la pantalla del ordenador. Imposible. La imagen de Sophie danzando como si hubiera estado haciendo el amor con la música, le dejó con un dolor estomacal, una especie de hambre que no había sentido en mucho tiempo. Si la habían llevado hasta allí con el objeto de

seducirlo, no podrían haber elegido nadie mejor. Pero, ¿con qué finalidad?

—Pensé que estabas de vacaciones —dijo Damon al entrar en la biblioteca.

Alex no apartó la mirada del ordenador.

—El negocio sigue adelante.

— ¿Van bien las cosas?

—Sí —se dio la vuelta y se recostó sobre el respaldo. Miró a su hermano directamente a los ojos—. ¿Cuándo será el acontecimiento?

— ¿Qué acontecimiento?

—La boda.

— ¡Ah! Sophie no ha puesto todavía una fecha.

Alex se rió.

—Es una chica lista.

—No te crees que vaya a ser capaz de llegar hasta el final, ¿verdad?

—No he pensado sobre ello. Tengo demasiado poco tiempo como para emplearlo en ese tipo de cosas.

— ¿Que te parece? ¿Te recuerda a alguien?

Aunque al principio sí le había traído a la memoria cierta persona, Sophie había provocado en él un efecto que ninguna mujer había provocado antes.

Al pensarlo por segunda vez, se dio cuenta de que ambas mujeres no tenían nada que ver.

Frente a la fría belleza de su ex, Sophie era la representación de la pasión

— ¿Debería recordarme a alguien?

— ¿No te parece igual que Marie?

— ¿Quién?

—Tu ex—prometida.

—Querrás decir tu ex—amante.

— ¿Todavía me la guardas? —Damon hizo un gesto de fingido dolor—. Pensé que después de cinco años ya habrías olvidado aquello.

Alex se encogió de hombros, dando a entender que le importaba bien poco el asunto. Estaba agradecido de haber descubierto lo que ocurría antes de la boda, no después. Más tarde se enteró de que su ex—novia iba camino del tercer matrimonio.

—Has sido tú el que la ha nombrado, no yo.

—Tienes razón. Además, Sophie no tiene nada que ver con Marie.

—Quieres decir que no ha hecho cálculos sobre tu riqueza para saber cuánto vales.

Damon se rió.

—Eso es un golpe bajo... pero es verdad. Marie era una mala pécora —estaba claro que había olvidado voluntariamente la parte en la que él, también, fue víctima del engaño.

— ¿Por qué no te ahorras problemas y me dices qué demonios estás intentando hacer? ¿Para qué la has traído?

—Quería que conociera a mi familia.

Nada de amor, ni una sola palabra al respecto.

—De acuerdo. Hazlo a tu modo. ¿A qué se dedica?

—Es diseñadora gráfica, independiente. Pero si eres bueno puede que hasta te lea el futuro. Lo hace bastante bien, tiene un

don especial para ello.

— ¿De verdad? —a Alex no le habría importado que alguien le dijera que iba a pasar de allí en una semana, cuando la farsa saliera a la luz—. Puede que se lo pida.

—Tiene sangre gitana.

Alex sonrió.

—No me cabe la menor duda de eso.

La mujer vibraba y hacía vibrar todo a su alrededor... incluido a él.

— ¿No te importaría que nos viniéramos a vivir aquí después de la boda?

—Eso tendrás que preguntárselo a Elaine. Dos reinas en un castillo pueden dificultar la convivencia. ¿Tú crees que tu gitana estaría muy de acuerdo en vivir con su suegra? —la pregunta era más bien un reto. Estaba buscando algo.

Alex agarró un pisapapeles que había sobre la mesa y lo colocó sobre un montón de folios.

—La casa es grande. Me acostumbraré a vuestra presencia cuando tenga que estar aquí.

—Claro que me gustaría darle a mi esposa su propia casa, pero no podré hacerlo mientras mi dinero esté sujeto a esta mansión.

Alex ya estaba echando de menos que el tema volviera a salir.

—Creo que tu capacidad de administrar fortunas es bastante limitada. Tiendes a gastártelas íntegras. Algún día me agradecerás que haya mantenido intacto un techo bajo el que refugiarte. Especialmente si tienes una esposa de la que ocuparte.

— ¿No crees que ya ha llegado el momento de que dejes de protegerme de mí mismo? El restaurante habría sido un buen negocio. Simplemente, me metí demasiado profundo.

Alex se limitó a callar. No veía la necesidad de recordarle a su

hermano que vivir por encima de sus posibilidades lo llevaría siempre a la más estrepitosa ruina.

Seis años atrás, Alex había comprado las acciones que Damon y Elaine teníán en la compañía. Ninguno de los dos teníán ya ni un sólo dólar de aquella fortuna.

En un momento dado, Alex pensó en vender El Santuario. Pero aquello habría sido sólo un modo de acabar con lo que teníán. Su padre le había hecho prometer que cuidaría de su familia, pero ni su madrastra ni su hermanastro parecían interesados en otra cosa que no fuera gastar.

—Ven a hablar conmigo después de la boda.

Damon se inclinó hacia delante.

— ¿Por qué tenemos que esperar? Siempre dijiste que venderías cuando alguno de los dos se casara.

—Y lo haré, cuando estés casado. Será mi regalo de boda —Alex estaba seguro de que su hermano no tendría boda. Pero, ¿y si por una vez estaba equivocado?

De momento, no estaba dispuesto a contemplar esa posibilidad.

Capítulo Dos

Sophie abrió los ojos lentamente. Miró el techo engalanado con pinturas pasadas y se sintió desconcertada. No era su techo.

Se estiró y se sentó en la cama.

¿Cuánto tiempo llevaba durmiendo? La luz que entraba por la ventana le dio la respuesta. El sol estaba a punto de ponerse. ¿Por qué Damon no la había llamado para la cena?

Se cambió de ropa y optó por unos vaqueros y una camisa amarilla.

Esperaba que su ausencia durante la cena no hubiera sido tomada como una tremenda descortesía.

Salió de la habitación y le sorprendió la ausencia de ruidos. No había música alguna, ni televisión, ni siquiera el murmullo de una conversación. ¿Dónde se había metido todo el mundo?

El sonido que hacían sus sandalias al pisar retumbó por todo el espacio.

Comenzó a bajar la escalera y tuvo que reprimir el deseo de deslizarse por la barandilla de mármol.

Los únicos signos de vida venían de la cocina. Abrió la puerta. Allí estaban el mayordomo y una anciana mujer tomando café. Los dos se levantaron rápidamente.

— ¿Dónde está todo el mundo?

—El señoriíto Damon y la señora se han ido al club. Mi señor Alexander está en los establos.

— ¡Vaya! Bueno, lo siento —se disculpó Sophie—. Me da la sensación de que me he perdido la cena.

—El señor Damon dio órdenes de que no la molestáramos —dijo el mayordomo—. Cook le llevará la cena al comedor.

Ya era lo suficientemente malo el que no hubiera aparecido para cenar a tiempo, como para, encima, hacer que alguien le hiciera la cena específicamente a ella.

—No tengo hambre. Agarraré un par de manzanas y me iré a dar una vuelta.

—Como usted quiera, señorita.

—Sophie —lo corrigió ella.

Tomó dos manzanas rojas y salió por la puerta trasera.

El aire era limpio en aquella parte del mundo. Las primeras lluvias habían refrescado el ambiente.

Se apoyó sobre la barandilla y observó el elaborado jardín. Se comió una de las manzanas y su estómago dejó de rugir.

Descendió la escalera y se coló por entre los caminos de rosas. Se inclinó para oler el penetrante aroma de una de ella.

El establo se recortaba sobre el cielo violeta como una silueta de cartón piedra. Descendió por el camino y llegó hasta allí.

Al abrir la puerta, el olor del lugar le recordó a las caravanas con las que viajaba en su infancia, cuando vivía con su madre. Sintió una extraña sensación, como si alguien le hubiera aplicado una corriente de bajo voltaje en el estómago.

Unas lámparas de aceite iluminaban el interior. Los caballos se agitaron nerviosos al ver a la extraña. Uno de los caballos sacó el hocico.

—Hola, chaval —le acarició las crines que le caían sobre la frente. Relinchó y le quitó la manzana de la mano—. ¡Vaya! Ladrón, ésa era mi cena.

Le dio un cabezazo en el hombro.

—Lo siento pero ya no me quedan nada más —respondió ella—. La otra ya me la he comido yo. ¿Y qué se supone que hacéis para divertiros por aquí? Ya, no mucho si estáis encerrados ahí. Entiendo

lo que sentís.

Descendió por el pasillo hasta el siguiente.

—Hola, campeona. No seas tímida —extendió la mano en espera de que la yegua se acercara a ella. Pero tenía una mirada triste y solitaria.

— ¿Qué te pasa? —miró al otro caballo—. ¿Es por tu novio? Ya, que es sólo un amigo. Así es que tienes los ojos puestos en ese caballo árabe. ¡En fin! Apártate de los más salvajes. Terminarán por romperte el corazón.

El animal levantó las orejas y dio unas coces a la puerta.

—Te sientes inquieta, ¿verdad? ¿Y si abriera todas las puertas y saliéramos todos huyendo de aquí?

—Nunca podríais llegar más allá de la valla.

Al oír la voz de Alex, a Sophie se le cortó la respiración.

Se dio la vuelta. El estaba apoyado en la pared, justo detrás de ella, con los brazos cruzados. Su boca tenía dibujada una sensual sonrisa.

—Mi señor, por favor acepte mis disculpas por haberme perdido la cena.

El no pudo evitar una carcajada.

— ¡Llevo veinticinco años intentando que William deje de llamarme así! Y, respecto a la disculpa, no era necesaria.

—Gracias.

La conversación se detuvo ahí. Un par de frases con aquel hombre y ya no sabía qué más decir.

El pulso se le había acelerado y tenía un cosquilleo impertinente en el estómago.

Algo la impelía a decir la verdad, pero, por otro lado, no podía. El dinero que Damon le daría para donarlo al centro juvenil era un

motivo. El otro era el efecto que aquel hombre provocaba en todos sus órganos y sentidos. La intensa e irracional atracción que sentía la dejó completamente confusa. Tenía que encontrar un modo de sobreponerse a aquello.

De pronto, un hocicazo en la espalda la lanzó a los brazos de Alex. El la recibió con los brazos abiertos y la sujetó por la cintura. —le gritó Sophie a la yegua.

— Deja de hacer de alcahueta, Dalila. Es la prometida de Damon.

— ¿Esta haciendo de alcahueta? —sin duda el animal tenía muy buenos instintos.

Se quedó agarrada a Alex más tiempo del necesario. Su cabeza le decía que no era una situación apropiada, pero su cuerpo la instaba a permanecer allí el mayor tiempo posible.

Por fin, la razón se impuso y se apartó.

—Lo siento.

—Así es que ya estás ansiosa por salir de aquí —metió la mano en su chaqueta y sacó un terrón de azúcar.

Sophie acarició a la yegua.

—Sólo era un tema de conversación.

— ¿Te gusta montar?

—Sí.

— ¿Silla americana o inglesa?

—A pelo.

— ¿De verdad? —dijo él con verdadera sorpresa.

—Sí, claro.

—Estás invitada a montar cuando quieras.

—Gracias, me encantaría —Sophie sonrió con entusiasmo. Alex tuvo que contener la reacción que aquella sonrisa de genuina alegría había provocado en su cuerpo—. Le diré a Damon que me acompañe.

La mención del su hermano fue un vaso de agua fría para su ego.

—El no monta. Pero no permitas que eso te impida disfrutar.

—Nunca lo habría permitido.

Alex se tragó la carcajada. No le resultaba muy difícil adivinar que aquella mujer hacía siempre lo que le venía en gana. Una vez más se preguntó por qué había decidido relacionarse con Damon.

—Me pregunto si mi hermano se ha dado cuenta de en lo que se ha metido.

—Debería —respondió ella—. Me conoce desde hace cuatro años. Nos entendemos.

El frunció el ceño.

— ¿Que tipo de entendimiento?

—Obviamente, no del tipo que estás pensando. Tenemos distintos intereses que perseguimos por separado.

—Eso explicaría porqué l está en el club y tú estás aquí, tratando de provocar una rebelión entre mis caballos.

Ella se rió.

—No parecían muy interesados en mi propuesta. Parece que les gustan las paredes.

—De lo que se deduce que a ti no.

—No tienen porqué gustarme, ¿verdad?

—Mi hermano parece creer que vais a vivir aquí después de la boda.

La expresión de culpabilidad en el rostro de ella era elocuente.

Damon y Sophie no se habían puesto muy de acuerdo en sus respectivas historias.

Ella se encogió de hombros y se apartó un montón de rizos de la cara.

—No lo hemos discutido. Todavía no hemos tenido tiempo de planear cuál será nuestro futuro juntos.

Buena estrategia. Eso justificaría cualquier discrepancia de criterios que surgiera. La chica era lista.

Tendría que intentarlo con su hermano. No era tan ágil.

—Vamos a casa. Te daré algo de comer; Sansón se ha comido tu manzana.

—Sansón y Dalila, ¡qué gracia! ¿Cómo se llaman los otros dos?

—Este es Windancer —dijo al señalar al árabe—. Este otro es Elvis.

— ¡Elvis! —gritó ella con una sonrisa—. ¡Pobrecito!

—Ya se llamaba así cuando lo compré. Juntos salieron del establo y se dirigieron hacia la casa.

— ¿Cómo os conocisteis Damon y tú? —preguntó él para romper el silencio.

—Trabajé para él en el restaurante mientras estaba en la universidad. Después de que vendiera el sitio, seguimos siendo buenos amigos.

Vender el sitio. Así es que eso es lo que él le había contado.

Alex abrió la puerta trasera de la casa y la dejó pasar.

—Siéntate. Te prepararé algo.

—No hace falta...

—La comida ya está hecha. Lo único que voy a hacer yo es meterla en el microondas.

— ¡Qué bien, comida radioactiva! —murmuró ella y se dejó caer en la silla.

Mex puso el plato en el horno y, gracias a la tecnología, ya estaba caliente en menos de dos minutos.

Sirvió dos vasos de vino y se sentó con ella.

—Toda tuya —le dijo, refiriéndose a la comida.

Sophie asintió y atacó el cordero con patatas con la misma vehemencia con que había danzado al son de Carmen. ¿Es que atacaba todos los aspectos de la vida con la misma pasión?

Alex tragó saliva. Pensamientos como aquellos no acabarían sino dándole serios problemas.

—Damon me ha dicho que tienes sangre gitana.

Sophie dejó el cuchillo y el tenedor.

—Sí y somos muy buenos ladrones. Así es que, si yo fuera tú, escondería la plata —respondió ella con una sonrisa maliciosa en los ojos.

— ¿Miraras en tu bola de cristal y me dirás el futuro?

—No uso una bola de cristal y no puedo predecir el futuro. Pero sí tengo cierto instinto para saber cosas sobre la gente.

Alex se inclinó hasta que sus hombros se rozaban.

— ¿Qué me dirías a mí?

Ella sonrió y le agarró la mano. El tacto sensual de sus dedos sobre la palma le aceleró el pulso. Se acercó a él hasta que sus piernas le rozaron.

Levantó las cejas.

—Veo algo.

— ¿Qué?

La miraba ansioso, mientras el calor de las yemas lo inflamaba cada vez más. Corriente eléctrica, eso era, pasaba del uno al otro.

De pronto, ella soltó la mano y lo miró con gravedad. Aquellos grandes ojos de color esmeralda eran hipnóticos.

— ¿Qué ocurre? —preguntó él.

—Tengo la sensación... —dijo ella con seriedad suprema—. Que estás siendo tremendamente paternalista y manipulador conmigo.

Alex parpadeó. Quizás él había estado jugando con ella, pero acababa de devolverle el cambio. Se había quedado tan absorto en ella, que habría podido creer cualquier cosa que le hubiera contado.

—De acuerdo, hablemos de otra cosa.

Ella levantó la copa de vino.

— ¿Jugamos a las veinte preguntas?

— ¿Cómo si no voy a llegar a conocer a mi futura cuñada?

— ¿Cuándo viene la parte de que soy completamente inapropiada para Damon?

—No creo que lo seas.

— ¿No?

Lo que pensaba era que Damon era inadecuado para ella. Era un inmaduro. No le habría sorprendido que su hermano hubiera utilizado todo su encanto para seducir a Sophie y conseguir la casa tras un matrimonio ficticio.

—Estoy deseando que os caséis —consiguió decir las palabras sin atragantarse—. ¿Cuándo vais a poner una fecha?

Sophie comenzó a juguetear con la cadena de oro que llevaba al cuello.

—Pues...

— ¿Será este milenio o el que viene?

—Sólo tengo veintiséis años. No hay prisa. Además, todavía no he conocido a su madre.

Alex sonrió.

—Seguro que tiene algo que decir.

— ¿Es eso una advertencia?

—No, una realidad.

—Damon me ha dicho que está ansiosa de tener nietos.

Mex casi se atraganta.

—Perdón. Se me ha ido por otro sitio.

Elaine debía de estar tan ansiosa de ser abuela como de tener otra arruga que le estropeara el cos toso trabajo de su último cirujano. Odiaba, incluso, tener que admitir que tenía un hijo de treinta años.

Sophie recogió los paltos de la mesa y los metió en el lavaplatos.

—Gracias por la cena. Me imagino que Damon y su madre llegarán tarde, así que me retiraré pronto.

Alex se levantó y la acompañó hasta las escaleras. Puesto que se había pasado toda la tarde durmiendo, supuso que, realmente, estaba poniendo una excusa para evitarlo a él. O mejor dicho, para evitar sus preguntas.

¿Por qué le había mentido tan estrepitosamente a su prometida? O, lo que era más importante, ¿por qué le había mentido a su cómplice?

—Buenas noches. —.dijo, justo antes de subir las es caleras.

Subió sin mirar atrás, entró en su habitación, cerró la puerta y respiró profundamente.

— ¡Maldito seas, Damon! —dijo en voz alta.

«Pero la verdad es que soy yo la que está fingiendo ser alguien que no eres».

Quizás un vistazo a las cartas la ayudaría. Agarró el pequeño bolsito y desató el lazo. Aquel tarot se lo había regalado su madre el día que cumplió dieciocho años. Un trozo de pasado al servicio de su futuro.

Mientras barajaba las cartas, una pregunta se repetía en su cabeza: « ¿Tengo algún motivo para estar preocupada por lo que estoy haciendo?».

Se sentó en la cama, con las piernas cruzadas, y creó un semicírculo de cargas. Las nueve primeras representaba la influencia de todo lo que estaba ocurriendo a su alrededor. La última era la respuesta a su pregunta. Soltó una carcajada nerviosa. El cuatro de bastos, un interludio con un hombre. No necesitaba las cartas para saber eso. Pero, ¿qué tipo de interludio? La siguiente fue el diez de copas que simbolizaba la traición. ¿Damon o Alex? Las cartas no eran claras.

El dos de bastos hablaba de su temor y señalaba a la sota. Un escalofrío le recorrió la espina dorsal. Definitivamente, Alex estaba en la base de sus temores. Tenía un serio caso de atracción incontenible hacia aquel hombre. Pero eso no tenía porqué llegar a ser letal si mantenía la cabeza clara.

El resto de las cartas no resultó, en absoluto, mejor. Las cartas predecían un cambio radical en su vida. Cuanto antes abandonara El Santuario mucho mejor.

Alguien llamó a la puerta y Sophie dio un respingo.

Colocó las cartas de nuevo en un montón.

—Está abierto —dijo ella.

Damon entró.

—Hola, Sophie. Por fin te despertaste de la muerte.

Ella lo miró con rabia.

—Gracias por haberme despertado para cenar.

La miró como si estuviera loca.

—Te he despertado más de una vez por la mañana y sé cómo eres al levantarte. ¿Cómo iba a correr ese riesgo?

—De acuerdo, de acuerdo. Tienes razón —murmuró ella—. ¿Has hablado con tu madre?

Hizo una mueca.

—No está lo que se dice feliz. Sigue insistiendo en presentarme alguna chica del club. Pero le he dicho que te quiero a ti o nada.

—Bien —Sophie se levantó de la cama y se sentó junto a la ventana—. Tu hermano tampoco parece oponerse al matrimonio.

—Hermanastro.

—Tiene gracia, el nunca hace esa distinción.

—Quizá digas que a el no le importa. Pero eso cambiará. No va a ser capaz de resistirse a la oportunidad de estropeármelo todo.

Sophie levantó la cabeza.

— ¿Y como vas a convencerle de que no puedes vivir sin mí, si me dejas sola y te vas al club?

— ¿Estás enfadada? Creí que odiabas ese tipo de sitios.

—Los odio. Y no estoy enfadada. Simplemente estoy poniendo en duda que tus métodos sean los mejores. Ya sospecha algo.

—Mejor. Pensará que vas detrás de mi dinero.

— ¡Fantástico!—dejó escapar un suspiro de frustración—. Ser socialmente diferente no es suficiente, ahora resulta que voy a tener que ser una trepa. Pensé que no me importaría hacer esto por ti, pero me estoy dando cuenta de que no me gusta mentir.

—Déjame que tranquilice tu conciencia —se asentó sobre una rodilla—. Sophie Anders, ¿te quieres casar conmigo? Ya te he

pedido matrimonio. Ya no estás mintiendo.

—Y si te dijera que sí, saldrías de aquí como un rayo.

Damon se rió.

—Después de dejar de reírme a carcajadas. Tú quieres casarte tanto como yo. Esa es la principal razón por la que te he pedido tu ayuda.

—Porque soy la persona más extraña que conoces.

—Exacto —se levantó, se planchó con las manos las arrugas de sus vaqueros de diseño y se dispuso a irse—. ¿Quién, si no, pasaría sus vacaciones con una feria?

—Estaba visitando a mi madre —lo corrigió.

—Y leyendo las cartas en una tienda —le recordó.

Sophie lo apuntó con un dedo acusador.

—Me pagaban mucho dinero de lo que tú lo hacías.

—De acuerdo, tú ganas —dio una vuelta por la habitación—. Bueno, ¿y qué has hecho en mi ausencia?

—Visitar los establos.

— ¿Pasar tiempo con Alex?

Sophie frunció el ceño.

— ¿Por qué dices eso?

—El siempre está allí. Me sorprende que no duerma en el establo —Damon sonrió—. ¿De qué hablasteis?

—Le voy a dar un duro golpe a tu ego, porque no hablamos de ti. Hablamos de los caballos —Sophie se levantó y se asomó por la ventana—. Mex me dijo que podía montar siempre que quisiera.

— Así no tendré mala conciencia cuando me vaya al club. Me he apuntado al campeonato de tenis.

—Jamás habría tenido mala conciencia de cualquier modo.

—Tienes toda la razón —le lanzó una de sus seductoras sonrisas a la que ella no respondió.

Era extraño, todas las cualidades que en otro contexto le gustaban de Damon, empezaban a resultar desagradables.

El era siempre el alma de todas las fiestas: divertido, jovial. Pero siempre tenía que obtener lo que quería.

Por algún motivo, todo aquello comenzaba a parecerle peligroso.., especialmente porque, cuanto más le devolvía la pelota, más temía estar entrando en el mismo juego que él.

Capítulo Tres

Sophie se acercó al comedor. Un suave aroma a canela lo llenaba todo.

Llevaba despierta tres horas. Damon y su madre se acababan de levantar.

Entendía que la familia estuviera de vacaciones, pero dormir hasta las doce les hacía perderse la mejor parte del día.

Tomó aire, se armó de valor y entró en la habitación.

La conversación se detuvo.

Damon sonrió y se levantó.

—Madre, ésta es Sophie.

Sophie miró a Elaine Sinclair. No tenía ni un solo pelo fuera de su elaborado peinado, iba maquillada con toda perfección y vestida con un traje de diseño italiano sumamente elegante. Parecía mucho más joven de lo que ella esperaba. ¿Dónde estaba la venerable abuela ansiosa de tener nietos?

—Es un verdadero placer conocerla —Sophie le ofreció su mano.

—Estoy segura de ello —la mujer a penas si tocó los dedos de Sophie y la miró con desinterés.

Llevaba unos vaqueros, una camiseta blanca y una sudadera atada a la cintura. Le había parecido un atuendo de lo más apropiado para alguien que estaba de vacaciones. ¿Cómo se podía imaginar que para desayunar tenía que vestirse formalmente en El Santuario? Hasta Damon llevaba una camisa de seda y corbata.

Optó por sentarse en una silla junto a Damon.

Una sirvienta pronto entró con una pequeña cesta de croissant y una taza de té que dejó sobre la mesa. Sophie agarró uno de los bollos y se lo metió en la boca.

— ¿De dónde procedes? —preguntó Elaine tratando de fingir un tono normal, pero que debajo ocultaba una navaja afilada.

Sophie se retiró el pelo.

— ¿Originalmente o en estos momentos?

—Ahora.

—Mi madre está en algún lugar de Texas, de gira.

— ¿Es actriz? —preguntó Elaine con desagrado.

—No, es vidente, lee el futuro. Viaja con la feria Vitabel.

— ¿Y tu padre?

Sophie pidió socorro a Damon con la mirada. Lejos de ayudar, se limitó a apoyarse cómodamente sobre el respaldo de su silla.

—Nunca llegué a conocer a mi padre.

—Ya veo. ¿Y tú viajas con ese circo también?

—Feria —la corrigió—. Solía viajar con ella cuando era niña. Luego, el Ministerio de Educación le exigió que me llevara a la escuela y me quedé con mi abuela en Nueva York.

—Una vidente o algo así, supongo... Sophie nunca se había avergonzado de su familia y Elaine Sinclair con su esnobismo no iba a cambiar eso.

— ¿Qué es esto, La Inquisición? —aquella voz familiar le provocó un escalofrío en la columna vertebral.

Elaine se tensó al oír a Alex.

—Alex, querido. Pensé que estabas en los establos.

—He venido con la intención de comer y resulta que vosotros todavía estáis desayunando —iba vestido todo de negro, lo que lo favorecía notablemente—. Buenos días, Sophie. Damon.

Sophie saludó con la mano.

— ¿Cómo está Elvis esta mañana?

—Tiene una crisis de identidad. No deberías haberte reído de su nombre. ¡Está de un humor!

—Iré a hablar con él más tarde.

—Gracias, pero ya has hecho bastante.

Sophie sonrió y le dio un sorbo a su té. Prefirió pensar que el calor que sentía dentro se debía al líquido que atravesaba su esófago y no a la sonrisa de Alex.

Elaine golpeó la mesa con las uñas.

— ¿A qué hora nos vamos al club, Damon?

—Dentro de una hora —Damon agarró la mano de Sophie en un gesto protector—. ¿Te vienes conmigo, nena?

Ella dijo que no con la cabeza.

—Unas cuantas horas con los caballos te dejarán dormida —continuó Damon.

—Y diez minutos viéndote correr a por una pelota también —respondió ella.

—Me quiere —dijo Damon con una gran carcajada—. Vamos. Necesito hablar contigo antes de irme.

Sophie estaba ansiosa por complacerlo en ese punto. Necesitaba salir de allí.

¿Por qué Damon no la había ayudado, mientras Alex sí? ¿Es que realmente pensaba que su madre se iba a creer su relación si no salía en su defensa?

Sophie le clavó las uñas en el brazo y, juntos, salieron del comedor.

Alex bajó la mirada y se dio cuenta de que Sophie iba descalza.

Tuvo que contener el deseo inminente de examinar todo su cuerpo. Prefirió dejar que su imagen real se escapara y ocultara tras la puerta que se acababa de cerrar.

Elaine apartó el plato que tenía delante.

— ¿Y bien?

Alex se echó un poco de café y agarró una tostada.

— ¿Bien qué?

—No puedes permitirle a Damon que se case con esa mujer.

— ¿Desde cuándo tengo yo poder alguno sobre él?

—Es totalmente inadecuada.

—Yo creo que es perfecta para él.

A pesar de sus verdaderos sentimientos se las arregló para mantener su rostro inalterable. Por su puesto que no quería a Sophie como cuñada. La quería para sí mismo. Y, de algún modo, sabía que su hermano había intuido eso.

Elaine abrió la boca.

— ¿Qué?

—Claro que sí. Una de esas chicas del club lo aburriría mortalmente y, encima, acabarían con lo poco que le queda en menos de un mes.

— ¿Y te crees que esa gitana no está detrás de su dinero?

—Si así fuera, se marcharía en cuanto se diera cuenta de que no lo tiene.

—Alex, ¿me estás diciendo que no vas a hacer nada contra ese compromiso?

— ¿Qué quieres que haga?

—Quiero que pases algún tiempo con ella, que te enteres de qué

es lo que quiere.

Lo que realmente quería averiguar él era lo que se proponía su familia. ¿Cómo podía ser que Damon no estuviera dispuesto a dedicarle algún tiempo a su prometida?

—Damon arruinaría su vida casándose con cual quiera, sólo para hacer que vendieras la casa, ¿te das cuenta?

—Sí. Y estoy seguro de que él también —agarró otra rebanada de pan.

¿Cuán lejos estaban dispuestos a llegar para hacer que vendiera El Santuario? Esta no sería la primera vez que Damon probaba alguna estratagema poco limpia. La diferencia estribaba en que sí sería la última.

Sophie entró en los establos, su mano derecha en alto.

—Vamos, Elvis. Te llamaré Rey si vienes conmigo —le puso la brida.

Lo sacó del establo y se acercó a una valla para subirse a ella y poder montar. Lo acarició, hizo un chasquido con la lengua y el animal comenzó a andar.

Pero, muy pronto se detuvo, cuando Alex apareció.

— ¿Dónde vais? —sus bíceps se inflamaron con sólo levantar el brazo para acariciar al animal. Su cabello castaño brillaba intensamente bajo la luz del sol.

—Nos íbamos a dar un paseo, ¿está bien?

—Por supuesto. Ya te dije que podías montar siempre que lo desearas. Pero, ¿no sería mejor que te acompañara hasta que te conozcas todo esto?

La oferta era peligrosa pero tremendamente tentadora. ¿Qué habría hecho falta para que la rechazara?

—Si no es molestia.

Alex se encogió de hombros.

—Voy a ir de todos modos.

— ¡Por favor, controla tu entusiasmo! —bromeó ella.

—No suelo excitarme con nada.

¿Era aquello un reto inconsciente? Lo fuera o no, a sus hormonas no les habría importado aceptarlo y demostrarle que su afirmación era falsa.

Bueno, aquello estaba fuera de su alcance. Al menos lo estaba, mientras él pensara que estaba relacionada con su hermano. ¿Y cuando descubriera la verdad? Seguramente, entonces, la creería aún menos.

—Dame cinco minutos.

Ella asintió y se dirigió con Elvis lentamente hacia la carretera.

Muy pronto Alex se unió a ellos. Cabalgando sobre Windancer tenía el aspecto de un legendario vaquero. Era, sin duda, el hombre más sexy que había conocido.

Un confortable silencio los acompañó mientras cabalgaban el uno junto al otro.

Cuanto más se alejaban de la casa más aliviada se sentía Sophie. ¿Era aquella suntuosa casa la que le hacía sentir una opresión o era su propio sentimiento de culpa?

En cuanto atravesaron las puertas de la muralla que rodeaba el lugar, Sophie echó la vista atrás:

Grandes muros y cámaras por todos lados.

—Mi padre estaba obsesionado con la seguridad —dijo él.

—Hombre, teniendo en cuenta lo que te ocurrió, no es para menos.

La miró con furia contenida.

— ¿Te lo ha contado Damon?

Ella asintió.

—Sí y me pidió que no dijera nada. Pero, como siempre, mi boca va más deprisa que mi cerebro.

—Un hábito frecuente en ti, según me he ido dando cuenta —la miró durante unos segundos

—No es ningún secreto de estado. Si agarras cualquier periódico de aquella época encontrarás la historia completa.

—No me gusta indagar en el pasado de nadie, al igual que no me gustaría que indagaran en el mío. No soy el retrato de Norman Rockwell.

—Mientras que a Damon no le importe...

Ella fingió no haber oído el comentario. Su relación con Damon era un tema que prefería no sacar. Alex ya tenía demasiadas dudas como para añadir información complementaria sobre lo poco que sabía de su prometido.

— ¿A dónde vamos? —preguntó ella. La miró como si estuviera a punto de preguntarle algo, pero se arrepintió.

—Hacia la derecha.

Alex se adelantó ligeramente y la guío por la carretera.

Pronto apareció al oeste un camino de tierra bien trazado. Era como un arco iris al final de una tormenta. Siguieron la senda y se adentraron entre el follaje.

Sophie notó unas gotas de sudor por la espalda. Iba a ser otro caluroso día de julio.

— ¿En donde estamos?

—Todavía en nuestra propiedad. Nuestras tierras se extienden hasta el arroyo.

Al llegar hasta el agua cristalina Sophie descendió de su caballo.

— ¿Te importa que descansemos? —Sophie alzó la cabeza y vio al altivo jinete montado sobre su caballo árabe. Se le cortó la respiración. Cuando Mex le había prometido unas excitantes vacaciones ella no se había imaginado aquel tipo de excitación.

—Por supuesto —desmontó con un grácil movimiento que reveló todos los músculos de su cuerpo.

Sophie respiró profundamente.

— ¿Pasa algo? —le preguntó él.

—No.

—Pensé que sí —una sonrisa de medio lado se dibujó en su rostro. ¿Le habría leído el pensamiento?

Agarró las riendas de ambos animales y las ató a un árbol.

Sophie se sentó en una roca, se quitó los zapatos y metió los pies en el agua. Sacó un cuaderno de la bolsa que llevaba colgada y un carboncillo. Miró el paisaje.

Alex se apoyó sobre un tronco, extendió una de sus piernas y estiró la otra. Aquella era una imagen que no iba a dejar de captar. Se puso manos a la obra.

—Eres diseñadora gráfica, ¿no es así?

Sophie miraba unas veces el papel y otras a su modelo improvisado.

—Sí.

— ¿Tienes mucho trabajo?

—Suficiente para pagar mis facturas. Acabo de terminar un proyecto bastante importante y tengo varias cosas por terminar cuando regrese.

—Yo necesitaría un nuevo catálogo. ¿Hablaba en serio o sólo quería un tema de conversación?

—Ya. ¿Para qué?

—Un catálogo de productos y una nueva lista de precios. ¿Qué me sugerirías para hacer apetecibles un montón de cajas de cartón?

— ¿Aparte de fotografiarlas junto a una modelo en un diminuto traje de baño?

—Nunca había probado eso. ¿Te gustaría ser la modelo?

Ella hizo un gesto burlón.

Levantó la cabeza y lo miró.

— ¿Las cajas están hechas de papel reciclado?

—La verdad es que sí. ¿Es que eres una espía camuflada de Greenpeace?

—Pensaba más en jugar con una imagen ecológica. Pero supongo que una vez más estás en plan paternalista y que, realmente, no quieres para nada mi opinión.

El frunció el ceño.

—Estaba hablando en serio respecto al catálogo. ¿Dónde está tu sentido del humor?

Enterrado bajo un deseo salvaje que había que mantener a raya. Estaba buscando su aprobación, como si fuera una adolescente. Y, lo que era peor, se había sentido herida al pensar que no la había obtenido.

Necesitaba pararse a pensar un poco antes de hacer algo completamente irreparable. En veintiséis años de existencia, jamás había hecho nada estúpido por un hombre. No iba a empezar ahora.

— ¿Hay un gran mercado de cajas de cartón?

—Todas las compañías las utilizan tarde o temprano para sus productos. Es un negocio mucho menos excitante que un restaurante, pero mucho más seguro.

—Nunca entendí porqué Damon vendió el restaurante. Supongo que no le gustaba eso de compartir el negocio con un socio. Ahora

tiene el ojo puesto en un club que hay en el pueblo.

— ¿Sí? —Alex bajó la cabeza y cerró los ojos. De modo que ése era el motivo por el que necesitaba dinero con urgencia.

Inhaló el fresco aire del campo y dejó que el suave susurro del agua lo relajara. Durante unos segundos casi logró olvidarse de que, a unos pocos metros, estaba la mujer que le alteraba todos los sentidos. La camiseta ajustaba que llevaba, insinuaba la redondez de sus pechos con una claridad tormentosa. Le vino a la memoria el suave contorneo de sus caderas cuando la encontró danzando en su salón.

De vez en cuando, abría un ojo para mirarla. Estaba tan absorta en su trabajo que ni se daba cuenta de que la observaba.

— ¿Alex? —dijo, después de un rato. El no respondió, se quedó en silencio a la espera de lo que aquello le pudiera traer—. ¿Estás dormido?

Aunque sabía que debía ser honesto y contestar, no lo hizo.

Sintió la sombra de Sophie moverse de un lado a otro. Se puso detrás de un árbol.

El sonido de la cremallera precedió al de los pantalones cortos al golpear el suelo. ¿Es que pretendía correr desnuda por el bosque?

Al oír el sonido del agua comprendió lo que hacía. Sólo entonces se atrevió a moverse y a abrir los ojos. Por desgracia, había decidido dejarse puesta la ropa interior, aunque los pequeños triángulos de color melocotón dejaban poco a la imaginación.

Su cuerpo era una perfecta combinación de líneas y curvas.

Apartó la mirada. La vista era mucho más de lo que podía soportar en aquellas circunstancias.

Agarró el cuaderno de dibujo y lo hojeó. Sin duda, tenía un gran talento para el retrato. Primero había un niño, el siguiente era una anciana. No sólo había técnica, sino una notable capacidad para captar el alma.

El último retrato era de él. Se sorprendió del parecido pero, de algún modo, le molestó lo que aparecía reflejado. Sus ojos expresaban una mezcla de arrogancia e ira. Su boca se curvaba en una sonrisa irónica. ¡Y él que creía saber esconder sus emociones!

Miró hacia el arroyo una vez más. Sophie descansaba sobre los codos mientras el agua le empapaba la mata de rizos castaños. Alex sintió cómo se excitaba.

Al ver que se movía, Alex volvió a su posición inicial y cerró lo ojos.

Oyó que salía del agua y se estaba vistiendo. No esperó a que terminara.

— ¿Qué tal el baño?

Ella se sobresalió y se subió la cremallera rápida mente.

— ¿Cuánto tiempo llevas despierto?

—No me he dormido.

Sophie se ruborizó.

— ¿Por qué no contestabas?

— ¿Té habrías bañado entonces? Ella se sacudió los pantalones.

— ¡Claro que no!

—Lo ves. No quería que tuvieras que reprimir tu impulso.

—Eres todo un caballero —dijo ella con ironía. El se rió.

—Si fuera un caballero no habría estado mirando. Pero no te preocupes, tu secreto está a salvo con migo.

—Eso me hace sentir mejor —apretó los labios y lo miró con los ojos medio cerrados. Le arrancó el cuaderno de las manos—. ¿También has estado cotilleando mis dibujos?

—No.

—Es un alivio saber que ciertas cosas son sagradas

—se sentó sobre una roca, se sacudió los pies y se calzó. En cuanto se ató los lazos, se puso de pie y se dirigió hacia los caballos.

Alex la siguió y le puso la mano sobre el hombro antes de que pudiera subir al caballo.

—No te molestes en pedir disculpas —le dijo.

—No pensaba hacerlo. Fuiste tú la que se puso a hacer de Lady Godiva.

Lo miró con rabia.

—Llevaba puesto lo mismo que llevaría si hubieras estado en la playa.

—Lo sé. ¿Entonces porqué estás enfadada?

—No lo estoy.

El se rió.

—Si es así, no veo motivo para marcharnos.

Capítulo Cuatro

Claro que no estaba enfadada. Estaba avergonzada. Se había pasado media hora observando a Alex, memorizando cada ángulo de su cuerpo. ¡Eso no era fácil de obviar! Había necesitado un buen baño de agua fría para apaciguar sus hormo La agarró suavemente por la muñeca.

—Quiero preguntarte algo.

Ella respiró profundamente.

—No garantizo una respuesta.

— ¿Por qué Damon nos ha lanzado al uno en brazos del otro?

Sophie se había olvidado por completo de su supuesto prometido; comprensible teniendo un hermanastro que podía hacer que se olvidara de su nombre con sólo mirarla a los ojos.

—Tú te ofreciste a venir conmigo. Eso no tiene nada que ver con él. También me invitó a ir con él al club —se sentía como una auténtica hipócrita defendiendo al indefendible Damon.

—Pero sabía de antemano que dirías que no. Podría haberte llevado a algún otro sitio.

—Se ha inscrito en un torneo de tenis.

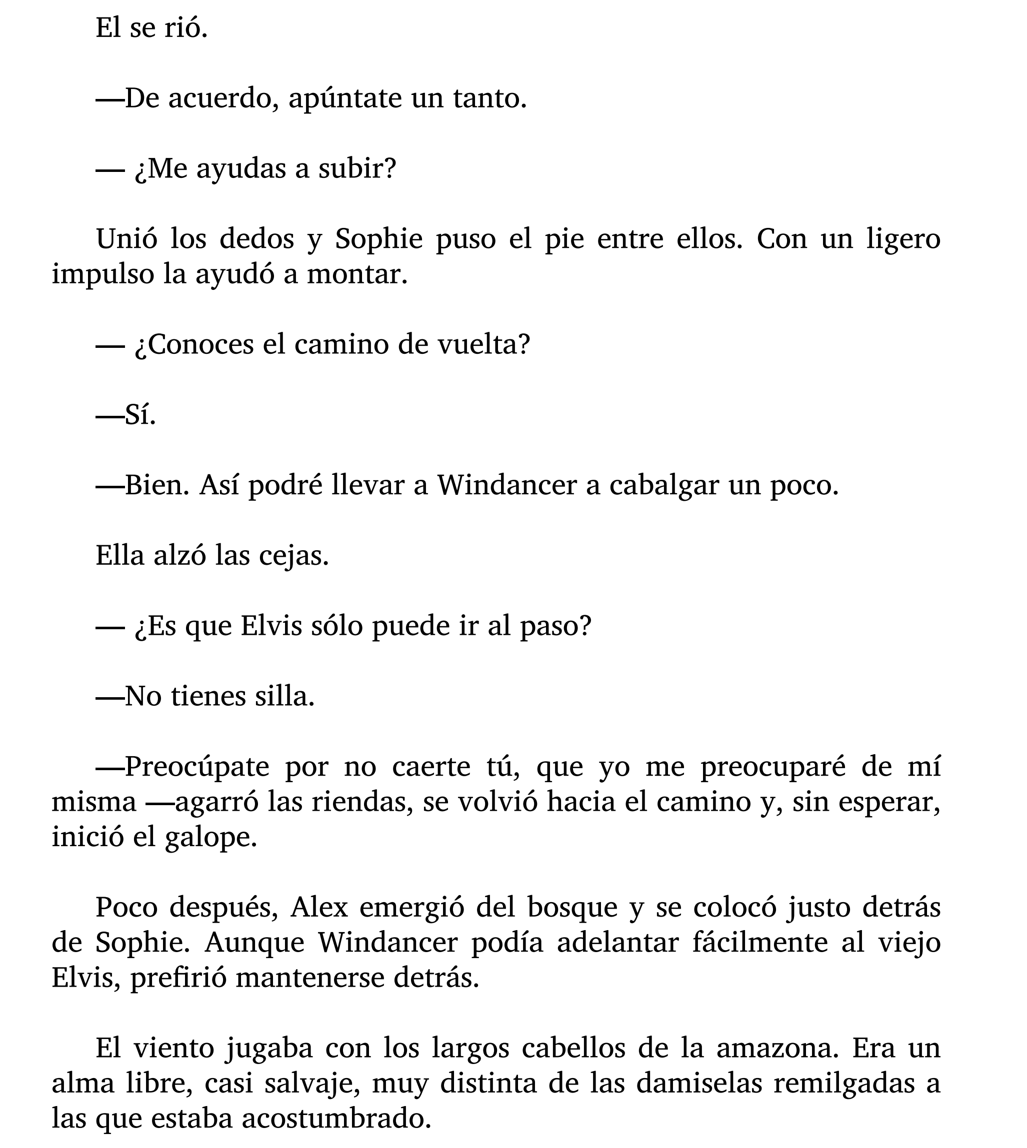
— ¿Para qué os vais a casar si pensáis llevar vidas completamente separadas?

Sophie apartó la mano y retrocedió un paso. Se topó con el hocico de Elvis que le propinó un ligero golpe.

—Casarse no necesariamente significa convertirse en siameses.

—Tampoco que se deba vivir en dos hemisferios diferentes. El matrimonio es un compromiso.

—Si eres un experto, ¿por qué no te has comprometido aún?



El se rió.

—De acuerdo, apúntate un tanto.

— ¿Me ayudas a subir?

Unió los dedos y Sophie puso el pie entre ellos. Con un ligero impulso la ayudó a montar.

— ¿Conoces el camino de vuelta?

—Sí.

—Bien. Así podré llevar a Windancer a cabalgar un poco.

Ella alzó las cejas.

— ¿Es que Elvis sólo puede ir al paso?

—No tienes silla.

—Preocúpate por no caerte tú, que yo me preocuparé de mí misma —agarró las riendas, se volvió hacia el camino y, sin esperar, inició el galope.

Poco después, Alex emergió del bosque y se colocó justo detrás de Sophie. Aunque Windancer podía adelantar fácilmente al viejo Elvis, prefirió mantenerse detrás.

El viento jugaba con los largos cabellos de la amazona. Era un alma libre, casi salvaje, muy distinta de las damiselas remilgadas a las que estaba acostumbrado.

El continuo balanceo sobre el caballo, le hizo imaginar lo que sería hacer el amor con ella. La visión era demasiado sugerente, así que prefirió adelantar a su acompañante.

Inició un galope frenético y la adelantó.

— ¡Chulo! —le dijo.

El agitó una mano y continuó su carrera.

Al llegar al establo, desmontó y esperó a Sophie. Poco después apareció ella. Desmontó y le habló al caballo.

—No te preocupes, Rey, en un par de días seremos invencibles —besó la cabeza del animal—. A algunos les gusta parecer más de lo que son.

— ¿Te refieres a Windancer?

—No. Me refiero a ti.

— ¡Vaya!

— ¿Dónde está el cepillo?

—Déjales que se den una vuelta por fuera antes de nada. Yo me ocuparé de ellos más tarde.

—Te ayudaré.

—De acuerdo. ¿Por qué no sacas a Sansón y a Dalila? Hay que limpiar el establo.

Ella arrugó la nariz.

—Hombre, gracias. ¿No tienes a nadie que se encargue de eso?

—Sí, pero está de vacaciones la semana que paso aquí.

— ¿No vives en El Santuario?

—No. Vivo a las afueras de Stamford. ¿No te lo dijo Damon?

Ella dijo que no con la cabeza.

—Quizás lo mencionara, pero entonces no presté atención.

Le puso el dedo bajo la barbilla y le levantó la cabeza.

— ¿Por qué no lo admites? Damon no te habló de mí hasta el día antes de venir.

—La semana antes —lo corrigió ella, sin poder ocultar cierta tristeza en los ojos.

—Bueno, no te preocupes. Damon y yo tenemos una larga historia.

—A pesar de todo, me gustaría que nosotros pudiéramos ser amigos.

¿Amigos? Él quería mucho más que eso.

—No creo que sea posible.

Ella se sintió herida.

— ¿Por qué?

—Porque me paso demasiado tiempo deseoso de hacer esto —inclinó la cabeza hacia delante y posó los labios sobre los de ella. Su lengua se abrió paso y saboreó todas las sustancias de su boca.

Sin duda, no había sido la mejor de las ideas que había tenido, pero lo había hecho sentir estupendamente bien.

Hundió los dedos en su mata de pelo. Ella gimió. Pero no era una mujer que dejara hacer a los de más. Muy pronto, los papeles se invirtieron. Fue ella la que empezó a depositar besos hambrientos sobre su rostro, su cuello. ¿Tenía idea de lo que estaba haciendo?

No había duda en sus acciones. Su tacto era electrizante

El la agarró por los glúteos y la colocó entre sus piernas. Encajaban el uno en el otro como dos piezas de un rompecabezas.

Quería poseerla allí mismo, en el establo. Y lo peor era que ella no parecía querer oponerse. Ya le había desabrochado el cinturón.

— ¿Todavía piensas que podemos ser amigos?

—No —dijo sin dejar de dar rienda suelta a su pasión. De pronto se detuvo. Se apartó de él, asustada—. Lo siento.

— ¿Lo sientes? ¿De verdad? —no lo podía sentir, de otro modo no habría respondido a él de aquel modo. Lo que no podía comprender era que estuviese comprometida con otro y sintiera por él un deseo tan atroz. ¿Qué le había prometido Damon?

—Gracias, entonces —corrigió ella con sarcasmo.

Alex la miró con frialdad.

Ella se apartó.

— ¿Qué quieres que diga?

—La verdad.

Sophie se metió las manos en los bolsillos, se encogió de hombros y se dispuso a salir.

—No estoy segura de saber ni yo cuál es la verdad.

—Sophie, espera.

Ella ignoró su súplica y exhaló lentamente.

La vio alejarse, todavía tenso por el deseo latente.

O era una actriz increíble o, verdaderamente, era una mujer con un verdadero conflicto.

Lo único que Alex tenía claro era que iba a descubrir la verdad.

Sophie se sentó en el patio trasero, para evitar cualquier encuentro con Alex. Se sentía avergonzada.

Al levantar la vista, vio a Damon. No sabía muy bien si su presencia la aliviaba o la enfurecía aún más.

— ¿Qué tal, Sophie? ¿Qué has hecho hoy? Ella agarró las gafas de sol y se las puso.

—Me fui a montar con Alex.

Damon se sentó en una silla.

— ¿Te aburrió contándote lo terrible que soy con las mujeres?

—Jamás habla mal de ti. Tú, sin embargo, siempre tienes algo que decir de él. Me pregunto cuál es la verdad que hay detrás de

todo esto.

— ¿Estás enfadada por algo? Ella lo miró con ira.

—Sí. Quiero respuestas o me largo en el próximo autobús a Nueva York.

El se inclinó hacia delante.

— ¿Qué te ha contado Alex?

—Absolutamente nada —no necesitaba hacerlo. Sus preguntas eran suficientemente explícitas.

— ¿Haz estado enamorada alguna vez, Sophie?

La pregunta de Damon la tomó por sorpresa.

—No.

—Yo sí. Por muy difícil que te resulte creerlo estuve locamente enamorado una vez —sus ojos reflejaban el dolor del amor perdido.

— ¿Qué tiene eso que ver con que yo esté aquí?

—La mujer era entonces la prometida de Alex. Rompió con él una semana antes de la boda. Por supuesto, cuando descubrió que la mayor parte de dinero de los Sinclair iría a parar a manos de Alex, me dejó. Para entonces ya el daño estaba hecho. Llevo cinco años pagando por aquel error.

Sophie no estaba segura de que le estuviera gustando el curso que estaba tomando aquella historia.

—Sabes, tú eres como un caballo árabe: ligera mente salvaje.

—Hombre, gracias. Si se supone que eso es un piropo, te lo podías haber guardado.

—Sabía que Alex te encontraría irresistible y que su meta sería salvarte de las garras de Damon el terrible. Si consigo hacerle pensar que ha sido la causa de nuestra ruptura, estaremos empatados.

— ¿Estás completamente loco o qué?

—Si no te has dado cuenta de que está interesado por ti, entonces no eres tan inteligente como te su ponía.

—No estamos hablando de eso ahora. Me has mentido —siempre había sabido que Damon era tremendamente egocéntrico, pero siempre, hasta entonces, había sido un amigo honesto y fiel, O, al menos, eso era lo que ella había creído.

—De otro modo, no habrías accedido a venir.

—Por supuesto que no. Ésta es, sin duda, la peor de tus hazañas.

—Simplemente he juntado a dos personas que tienen muchos intereses en común.

—A través de mentiras. Además, no estoy buscando un hombre.

—No es mi intención que acabéis ante el altar —dijo Damon con cierta indignación—. ¿Me estás diciendo que si hubieras conocido a Alex en otras circunstancias no habrías salido con él?

Ella apretó el puño.

—Esto es diferente. El piensa que yo soy tu novia. Y a mí no me gusta que me utilices para saldar las deudas que tienes con tu hermano.

De pronto, Damon pareció realmente preocupado.

—Nunca fue mi intención hacerte daño. No se me ocurrió pensar que pudiera ocurrir nada serio entre vosotros. Creí que os limitaríais a divertiros un poco. Yo haría entonces el papel del hermano herido y el muro que hay entre nosotros se derrumbaría.

¿Tenía ella, de verdad, esa sangre fría que Damon le atribuía? Sí era cierto que nunca le había permitido a ningún hombre que se le acercara tanto como para llegar a herirla. Pero tampoco había hecho daño a nadie intencionadamente.

— ¿Qué te hace pensar que pueda estar interesada en tener un lío con tu hermano?

Damon sonrió.

— ¿Estoy realmente equivocado?

—Estás equivocado si piensas que voy a jugar con él sólo para que tú te apuntes un tanto.

—No espero que lo hagas. Si te sientes incómoda, puedes olvidarlo todo. No quiero que esto estropee nuestra amistad. Relájate y disfruta de las vacaciones, sin presiones.

Lo primero que pensó fue que debía hacer las maletas y largarse de allí a toda velocidad. Pero sin duda, había algo que la incitaba a quedarse.

Se preguntó, además, si Alex la había seducido sólo para marcarse su propio tanto. ¿Es que, después de todo, los dos hermanos tenían un objetivo común?

Sintió un fuerte pinchazo en el pecho. Aquella idea le dolía. Tenía que reconocer que sentía algo más que simple atracción por Alex.

—Venga, Sophie, quédate unos días más.

—De acuerdo —respondió ella, sin querer saber porqué—. Pero no voy a mentir más. Me quedaré aquí en calidad de amiga.

Damon asintió y se levantó. Parecía realmente arrepentido de lo que había hecho. Una mentira en cuatro años era algo perdonable.

—Ahora, si vuelves a mentirme, nuestra amistad es historia.

Le agarró la mano y la besó.

—Eres fantástica.

—Sí, claro —se levantó y se dirigió con él hacia la casa—. ¿La prometida de tu hermano? Un poco excesivo, ¿no crees?

— ¿Qué puedo decir? Cuando hago algo mal lo hago muy mal.

Alex caminó de un extremo a otro del establo. Estaba completamente en silencio. Comprobó que las puertas estaban bien

cerradas. Y había dado de comer a los caballos, pero no tenía prisa por volver a casa. La imagen de Sophie adulteraba su soledad. La había visto, hacía sólo un momento, caminando del brazo de Damon.

Windancer le dio con el morro en el hombro. Mex se volvió.

—Las mujeres sólo traen problemas. Dalila relinchó descontenta.

—Con una única excepción, tú.

¡Maldición! Estaba hablando con los caballos, tal y como hacía Sophie. ¿Realmente le había afectado tanto aquella mujer?

Al oír unos pasos, su corazón saltó de felicidad. Pero fue Damon el que apareció.

—Pensé que odiabas venir aquí —dijo Alex.

—Esperabas a Sophie, ¿verdad? Ya se ha retirado a su dormitorio.

¿Es que, realmente, era tan transparente? ¿O es que su hermano venía en misión de caza?

—Ya me iba para casa. ¿Quieres algo?

—Quería darte las gracias por haberte llevado a Sophie a montar. Me ha dicho que se lo ha pasado muy bien.

— ¿Nada más?

Damon levantó una ceja.

—No. ¿Había algo más?

— ¿Qué tal el torneo?

—Muy bien.

—Me alegro —Mex echó el último cerrojo—. Sobre todo si consideramos que el torneo no empieza hasta el mes que viene.

Damon ni siquiera tuvo la decencia de parecer avergonzado.

— ¿Se lo vas a contar?

— ¿Quieres que se lo cuente, que ocasione un problema entre vosotros dos?

—No—dijo Damon sin ningún convencimiento.

— ¿Por qué le has mentido? Pensé que teníais una buena relación, en la que cada uno perseguía objetivos diferentes. Al menos, así es como ella explica tus ausencias.

—No lo comprenderías nunca.

—Tienes toda la razón —Alex se apoyó en la pared—. Y no estoy muy convencido de querer comprenderlo. Me da la sensación de que has convertido en un hábito lo de mentir.

—Y supongo que es tu amor fraternal lo que te impide contarle la verdad.

—No, es simplemente que no sé cuál es la verdad y, realmente, lo que quiero es mantenerme al margen.

Damon sonrió.

—Eso te va a ser muy difícil.

— ¿Y por qué?

—Porque la gitanilla tiene poderes mágicos sobre los hombres y consigue que quieran protegerla de cualquier mal —Damon se dio media vuelta y se detuvo cuando ya estaba en la puerta—. Lo que, además, es lo último en el mundo que ella desea. Te lo dice alguien que lo aprendió por experiencia.

El tono de angustia con que Damon había pronunciado su última frase no engañó a Alex ni por un segundo. A su hermanastro jamás le había interesado nadie más que él.

— ¿Y ahora qué? —se preguntó Alex en alto.

Damon no había admitido que Sophie no fuera su prometida. ¿Por qué habría de admitirlo ella? ¿Qué ganaba con aquel juego

macabro?

Había demasiadas preguntas sin respuesta.

Capítulo Cinco

Sophie iba caminando de puntillas sobre el bordillo de la acera, tal como lo hacían los equilibristas sobre una cuerda. Siempre había admirado aquella habilidad.

Le gustaba pasear a primera hora de la mañana, una costumbre que no compartía con los habitantes de El Santuario, ni los ciudadanos de Fairfield.

Llevaba veinte minutos haciendo autostop para que alguien la acercara a la ciudad. Imposible.

Tenía la sensación de haber entrado en una dimensión perdida, donde no podría encontrar más que una ciudad fantasma, arrasada por algún extraño fenómeno.

Al menos le quedaba la imaginación. Aquellas vacaciones iban a acabar con ella. Si no lo hacía el silencio, lo haría el aburrimiento. La única diversión con la que contaba era un hombre que debía evitar a toda costa.

Pero salir de la casa, no era la solución. Alex invadía sus sueños sobre todo, sus fantasías.

¿Realmente la estaba utilizando contra Damon? ¿Qué importaba? No estaba buscando un amor eterno. Por experiencia, sabía que los hombres trataban siempre de encadenar a las mujeres y, cuando no podían hacerlo, las abandonaban. Su padre era un ejemplo de ello.

EL sonido de un motor la puso en alerta. ¡Al menos había vida en la tierra! Se colocó el bolso en el hombro y sacó el dedo.

Un Blazer negro se detuvo junto a ella y bajó la ventanilla.

Sophie se inclinó y miró.

— ¡Oh no!—exclamó sin reparos.

— ¿Qué demonios estás haciendo?

—Trato de que alguien me lleve a la ciudad.

—Si querías ir a algún sitio, podías haberlo pedido.

—No sabía que necesitaba permiso para salir.

—No me refería a eso —abrió la puerta—. Entra.

—Esperaré al próximo coche.

—Esto es una carretera privada. Pueden pasar horas sin que aparezca nadie.

— ¿Vas a la ciudad?

—Sí.

—De acuerdo —se metió en el coche y se quedó completamente inmóvil, hasta que Alex optó por ponerle el cinturón de seguridad.

Le rozó las piernas con los dedos y Sophie dio un respingo.

El sonrió.

—Podrías haberme pedido el coche si querías ir a algún sitio.

—No sería capaz.

— ¡Si es sólo un coche, por favor!

Al parecer, Alex no tenía una relación amorosa con sus coches, como la tenían la mayoría de los hombres. Había que reconocer que aquel hombre era diferente a la mayoría en muchas cosas.

— ¿Qué haces levantado tan pronto? —preguntó ella mientras fingía un verdadero interés por lo se veía por la ventanilla.

—Voy a comprar cereales.

— ¿Necesitas fibra?

Alex se rió con ganas.

—Es para los caballos. Yo no necesito comer fibra. Aquella era una situación increíble. Estaban hablando de sus hábitos intestinales. Pero, sin duda, era mejor que recordar el incidente de los establos.

Estaba claro que Alex se había arrepentido de lo sucedido, pues la había evitado durante la cena y el resto de la noche.

— ¿A qué hora se levanta la gente en esta ciudad? Me da la sensación que está habitada por vampiros que sólo salen de noche.

—Así es que, desde tu punto de vista, somos unos chupópteros de sangre.

Sophie hizo un gesto de derrota.

—Será mejor que me calle. Hoy no hago más que meter la pata.

—Lo siento, pero si me encuentro a nuestra invitada haciendo autostop en mitad de la carretera y vestida de ese modo...

— ¿Qué tiene de malo mi ropa?

—No es tu ropa el problema, sino los vecinos de esta ciudad. Aquí nadie mayor de doce años puede llevar pantalón corto.

— ¡No me lo puedo creer!

—Pues es así. ¿Quién te enseñó a vestirte así?

—Mi madre.

—Me encantaría conocerla.

Sophie se rió.

—Ten cuidado con los deseos que formulas. Podría decirte cosas que no querrías escuchar. Tiene un don especial.

— ¿De verdad?

— ¿No me crees?

—Claro que sí —Alex no podía apartar la mirada de aquellos

ojos verdes. Aquella gitana tenía algo de encantadora de serpientes... o de hombres. Ya se lo había advertido su hermano.

«Admítelo», se dijo. «La curiosidad te ha robado todo el sentido común. Quieres conocerla a pesar de saber que le estás siguiendo el juego a tu hermano».

— ¿Qué te parecería si nos paráramos a desayunar en algún sitio y luego te diera una vuelta por la ciudad?

—Seguro que tienes cosas que hacer.

—Ninguna mejor. ¿Para llevar o nos sentamos?

—Para llevar. El Golden Arches servirá.

Alex se encogió de hombros y tomó la antigua carretera hacia el pueblo.

Había poco tráfico aquel domingo por la mañana. En menos de diez minutos llegaron a su destino. Hicieron su pedido.

—Son seis dólares con treinta y dos centavos.

Sophie rebuscó en su monedero.

—Yo invito.

—No.

—No seas ridículo. Estoy pasando mis vacaciones en tu casa. Lo mínimo que puedo hacer es pagar el desayuno.

— ¿Damon te permitiría pagar? Sophie sonrió de medio lado.

—Tendría que hacerlo. Nunca lleva un centavo encima.

A Alex no le resultaba sorprendente escuchar aquello. Conocía a Damon.

Muy pronto, una adolescente les sacó un paquete con su desayuno. Sophie le dio el dinero, antes de que Alex pudiera ni sacar la billetera. Sacó medio cuerpo por la ventanilla para agarrar la bolsa.

El movimiento puso como protagonista a su trasero. Los pantalones cortos dejaban ver las piernas musculosas y adivinar los glúteos bien formados de Sophie.

Al volver a sentarse, se dio cuenta de que él es taba mirando su trasero.

— ¡Te gusta el paisaje!

—Pensé que era el desayuno —respondió Alex con una sonrisa, para nada avergonzado de haber sido cazado in fraganti.

—Eres un grosero y un mal perdedor —Sophie hizo un gesto de cubrirse, sin ocultar una sonrisa.

—Y tú juegas sucio.

—Juego sólo para ganar.

No le cabía duda de que así era. Además, jugaba un juego que él también quería que ganara, lo cual le daba mucha ventaja.

Lo que no llegaba a entender era qué tipo de vinculación había entre ella y su hermano. Sin duda, el día anterior, algo había impedido que le contara la verdad.

—Hay un paraje natural maravilloso muy cerca de aquí. ¿Qué prefieres: un paseo campestre o un museo?

—Voto por lo primero —sacó un sándwich de la bolsa se lo dio a él.

—Gracias.

—De nada —sacó otro para ella y se dedicó a devorarlo mientras él conducía.

Alex aparcó en un rellano de la carretera, junto al bosque.

Sophie agarró su bolsa y salió, mientras él buscaba algo en la parte de atrás.

—Toma, ponte esto —le dio una sudadera.

— ¿No te gusta mi camiseta de tirantes? ¿Es que te avergüenzas de mí? —dijo ella con rabia.

—No. ¿Es que nunca has oído hablar del mal de Lyme? No puedo hacer nada por tus piernas, más allá de comprobar que no se te ha enganchado ninguna garrapata cuando nos marchemos.

— ¡Vaya! —murmuró ella.

Se puso la sudadera y, al sacar la cabeza, toda la mata de pelo le enmarcó el rostro de nuevo.

Le gustaba verla con su ropa... tal vez demasiado.

— ¿Yale?—preguntó ella y pasó el dedo por las letras impresas.

Alex sintió envidia de la Y y la E: habían escogido el mejor lugar de todos.

— ¿Algún problema con Yale?

—No. Supongo que te resultaba fácil ir y venir.

—Vivía en el campus de la Universidad. Necesitaba salir.

Sophie echó a andar.

—Así que tú también tienes problemas con las paredes.

—Sólo cuando me permito tenerlos.

Pasó a un pequeño puente que atravesaba un riachuelo. Se apoyó en la barandilla de piedra y estiró las piernas. El tuvo que pasar por encima.

—Debe de estar bien eso de controlar las emociones. En mi familia no tenemos ese hábito. Solemos ser... ¿espontáneos, diría yo? Todo es muy dramático.

Alex sonrió. Había tenido el placer de experimentar esa espontaneidad.

— ¿Estás muy unida a tu familia?

—Sí. No veo a mi madre todo lo a menudo que quisiera, pero voy a visitar a mi abuela al menos una vez por semana; En verano es cuando menos estoy con ella. Suele pasar unos meses viajando con la feria.

—Debe de ser mayor.

—Sólo tiene sesenta y pocos años. Mi madre me tuvo con dieciséis. La mayoría de la gente piensa que es mi hermana mayor y, generalmente, se comporta como mi hermana pequeña.

Alex le pasó el brazo por los hombros.

— ¿Te molesta?

Ella se quedó pensativa unos segundos antes de responder.

—Antes, sí. Ahora me gusta como es y la acepto por ser quien es.

— ¿Quien es para ti?

—La mujer que me dio la vida, quien me enseñó el valor de libertad y la importancia de creer en uno mismo. Además, me dio la infancia que todo niño sueña, viajando con un circo. Eso fue hasta que un juez metió sus narices donde no debía.

— ¿Y tú padre? ¿Qué opinaba él?

Sophie no pudo ocultar una rabia contenida.

—No se preocupó en absoluto por reclamar sus derechos.

Continuaron andando por la senda que se internaba en el bosque.

—Debe de ser muy duro crecer sin tener un lugar estable.

—Para mí fue una infancia maravillosa. Me encanta mi gente. Sabe vivir la vida, no pasan por ella sin más. Lo que aprendí en la carretera no me lo podrían haber enseñado en ningún colegio. Los libros no te cuentan muchas cosas.

—Supongo que no tengo ningún derecho a opinar.

—No, no lo tienes. Es algo que un payo no puede entender. Todavía me gusta viajar con la feria de vez en cuando, leer las cartas, dibujar a los lugareños y bailar al anochecer.

—Dejarás sin aliento a todo el mundo.

Sophie le dio una suave patada a una piedra y miró hasta dónde había llegado.

—No bailo para el público, sólo para mis amigos.

—Entonces debería considerarme afortunado.

Ella sonrió.

— ¡Menuda forma de romper el hielo! ¿Verdad?

—Más bien de derretirlo...

El no podía dejar de hacerle preguntas sobre su infancia, sobre su vida con los gitanos. Aunque no tenía problema en responder, Sophie nunca añadía más información de la requerida.

En ningún momento sacó el tema de Damon. No quería ponerla en una situación en la que tuviera que mentir.

Por fin, llegaron a una pequeña cascada que desembocaba en un lago cristalino.

Sophie se acercó a la orilla, se subió a una piedra y comenzó a lanzar piedras al agua. Le gustaba ver las ondas que se formaban en el claro líquido.

—Bueno, ya sabes todo sobre mi infancia. ¿Algo más?

No sabía ni la mitad de lo que quería saber.

Se sentó junto a ella.

— ¿Te gustaría que nos quedáramos aquí un rato?

—Seguramente tendrás un montón de cosas que hacer.

La agarró de la sudadera y la sentó en su regazo. A Sophie se le cortó la respiración.

—Si tuviera algo que hacer te lo diría. Por cierto, no estaba interrogándote. Simplemente, siento curiosidad.

Sophie le pidió a su cuerpo que mantuviera la calma, pero era difícil. Sentía el incesante movimiento de su pecho varonil y el aroma a hombre. Era demasiado para sus alteradas hormonas.

Alex la deseaba, de eso no cabía duda. No había hecho el más mínimo esfuerzo para ocultárselo. Tampoco le ocultaba la desconfianza que sentía.

Lo único que podía hacer Sophie en aquel momento era culpar a Damon por haberla colocado en aquella posición.

Giró la cabeza y lo miró directamente a los ojos. Ya era libre de decir lo que quería, podía contarle la verdad. ¿Qué se lo impedía?

La cruda realidad era que sólo estaría allí una semana. ¿Quería que la relación fuera más lejos? Si sus sentimientos eran algo puramente físico, no le sería difícil salir de aquello. Pero, ¿y si había algo más? Por desgracia, Mex la había tocado en un lugar al que nadie había accedido antes: su corazón.

Apoyó la cabeza sobre su hombro.

—Obsession

Mex se rió.

— ¿Es una afirmación?

—No. Es tu colonia.

Sabía muy poco de Alex, sólo lo que Damon le había contado. Pensó en su compromiso con otra mujer y sintió celos. ¿Por qué? Tenía treinta y dos años. Era normal que hubiera tenido otras relaciones. Ella las había tenido.

Pero lo que le dolía es que hubiera amado a alguien lo suficiente como para proponerle matrimonio.

— ¿Qué te pasa?

— ¿Por qué lo preguntas?

—Estás tensa.

—Tengo demasiadas cosas en la cabeza —como culpabilidad, confusión, miedo... y no necesariamente en ese orden.

—Quizás necesitas algo que te distraiga —metió la mano por debajo de la sudadera y se la puso sobre el vientre. Los músculos se contrajeron—. ¿Distraída?

—Sí —dijo ella—. Pero ése no es modo de relajarme.

Subió la mano hasta agarrar uno de sus senos. Comenzó a juguetear con el pezón.

Ella contuvo la respiración para contener el hambre. Pero no pudo.

Se dio la vuelta y lo abrazó con furia.

El respondió con la misma intensidad. Cubrió sus cálidos labios y acalló un gemido.

Tenerlo, sentirlo, olerlo, era más de lo que podía controlar.

Metió los dedos por entre su pelo negro.

La ropa no era más que una incómoda barrera de la que ambos querían liberarse. Sophie comenzó a desabrocharle los botones de la camisa.

De pronto, un silbido exagerado resonó en el aire.

Alex y Sophie reaccionaron. Se apartaron y, se colocaron la ropa, se peinaron con las manos.

Un grupo de adolescentes llevaba un buen rato observando el espectáculo. Comenzaron a aplaudir.

Sophie se levantó y sin recato se dirigió a ellos.

—Lo siento, chicos. El próximo pase será para una audiencia privada —hizo una reverencia exagerada y los chicos se marcharon —. Supongo que lo del parque público no ha sido una buena idea. Al menos, está claro que no es el mejor sitio.

—Está claro que no habría sido una buena idea en ningún caso —respondió Alex, realmente arrepentido de lo sucedido.

Sophie se esforzó en disimular lo que su cortante respuesta le había afectado.

—Tienes razón. Deberíamos marcharnos.

Alex se puso de pie.

—Escucha, Sophie, no te estoy culpando a ti. Lo que quería decir es que...

—Lo que querías decir lo has dicho con una claridad infinita.

—Dime que estoy equivocado —que la culpara a ella o a sí mismo no era importante—. Dime que no tengo ningún motivo para sentirme culpable.

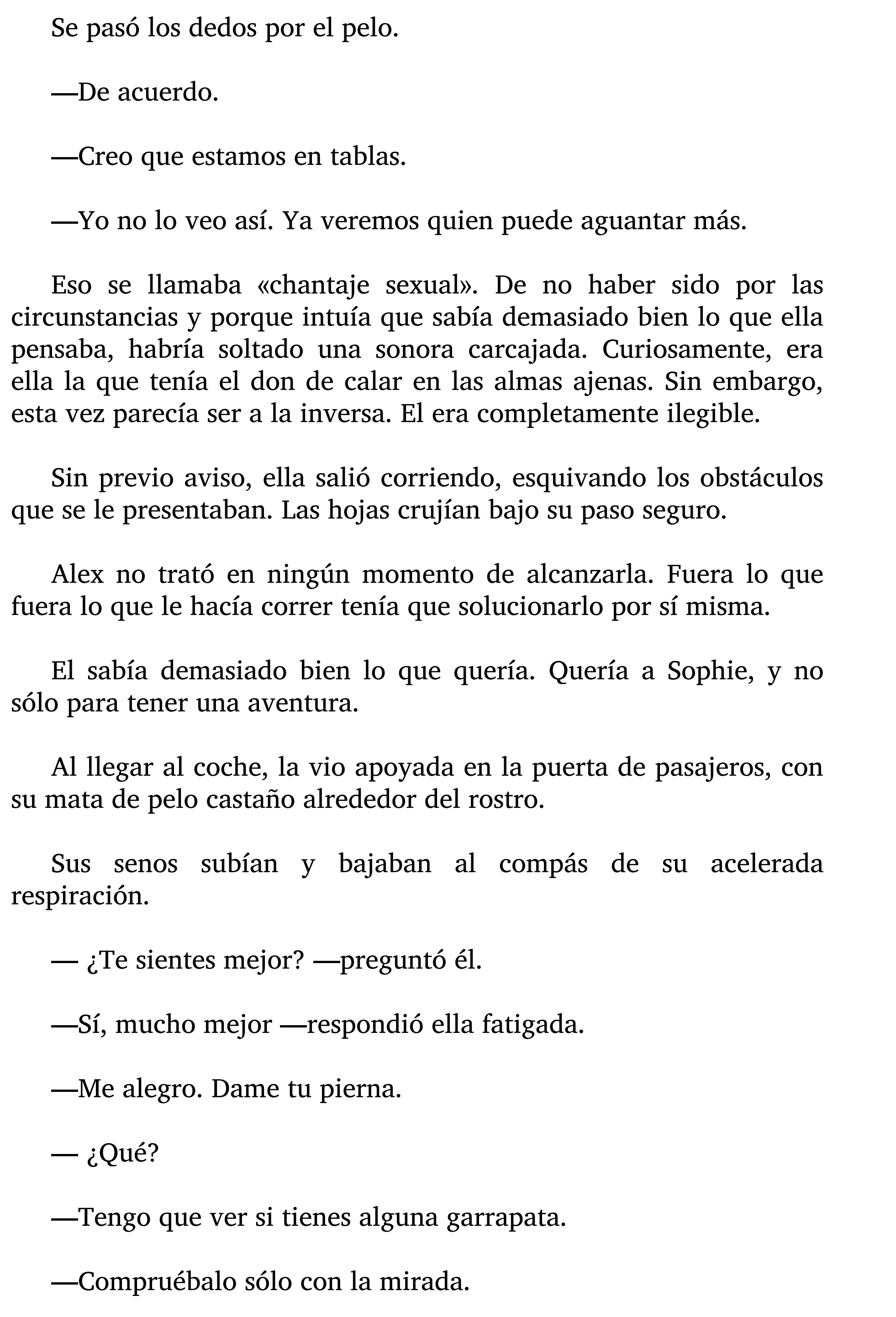
¿Cómo podría ella decirle lo que debía sentir? Lo único que sabía era que jamás había deseado algo con tal vehemencia. Tampoco recordaba ningún deseo que le hubiera provocado tanta desazón. ¿Cómo podía haberse enamorado de un hombre que era la antítesis de todo lo que ella perseguía en la vida?

Alex tenía sus raíces muy bien plantadas en la tierra, su vida planeada hasta el más mínimo detalle.

Ella, sin embargo, jamás se habría atrevido ni a pedir una hipoteca. El terror de verse atada a algo durante más de un año la volvía loca. Ni siquiera tenía una tarjeta de crédito. Lo único a lo que se había comprometido había sido a terminar sus estudios.

—No me has respondido.

—No has formulado ninguna pregunta tal y como yo las entiendo.



Se pasó los dedos por el pelo.

—De acuerdo.

—Creo que estamos en tablas.

—Yo no lo veo así. Ya veremos quien puede aguantar más.

Eso se llamaba «chantaje sexual». De no haber sido por las circunstancias y porque intuía que sabía demasiado bien lo que ella pensaba, habría soltado una sonora carcajada. Curiosamente, era ella la que tenía el don de calar en las almas ajenas. Sin embargo, esta vez parecía ser a la inversa. El era completamente ilegible.

Sin previo aviso, ella salió corriendo, esquivando los obstáculos que se le presentaban. Las hojas crujían bajo su paso seguro.

Alex no trató en ningún momento de alcanzarla. Fuera lo que fuera lo que le hacía correr tenía que solucionarlo por sí misma.

El sabía demasiado bien lo que quería. Quería a Sophie, y no sólo para tener una aventura.

Al llegar al coche, la vio apoyada en la puerta de pasajeros, con su mata de pelo castaño alrededor del rostro.

Sus senos subían y bajaban al compás de su acelerada respiración.

— ¿Te sientes mejor? —preguntó él.

—Sí, mucho mejor —respondió ella fatigada.

—Me alegro. Dame tu pierna.

— ¿Qué?

—Tengo que ver si tienes alguna garrapata.

—Compruébalo sólo con la mirada.

Le agarró la pierna y la levantó.

—Este es un método mucho más efectivo.

Sophie se agarró con fuerza a la puerta.

Alex recorrió toda su pierna con movimientos lentos y sensuales, hasta la pernera de sus pantalones cortos de lycra.

Había un pequeño bulto en la parte interior de su pierna.

—Es un lunar.

—Muy provocativo —sonrió él y comenzó con la otra pierna.

— ¿Has terminado? —preguntó ella cuando la liberó.

—Lo cierto es que has tenido la tripa al aire durante un rato...

— ¡Olvídalo!

El se encogió de hombros.

—Sólo quería ayudar.

— ¡Si, claro!

Alex se rió. Estaba claro que ella no iba a poder resistirse mucho más. Pero, a pesar de todo, admiraba su determinación. Aún más, respetaba esa extraña fidelidad a Damon. Pero, a menos que ella admitiera la verdad, su relación no podría ir más lejos, pues estaba basada en la mentira.

Durante el trayecto a casa, Sophie fingió estar dormida.

Alex se detuvo a comprar comida para los caballos y ella parecía estar dormida. Pero, en cuanto llegaron a los establos de la casa, abrió los ojos.

—Voy a sacar a Elvis a dar una vuelta —anunció ella, abrió la puerta y salió sin esperar a Alex.

Este la siguió.

—Sería mejor que montaras a Dalila. Hace mucho que no da un buen paseo.

—De acuerdo.

— ¿Quieres que vaya contigo?

—No. Necesito estar sola un rato.

La agarró de la muñeca e hizo que se volviera hacia él. Ella lo miró sorprendida.

La besó suavemente, como una caricia de labio contra labio y la soltó.

—Intenta no echarme mucho de menos mientras esté lejos.

Capítulo Seis

Sophie se envolvió en una toalla.

El paseo con Dalila y la ducha habían hecho algo para aplacar la frustración de su cuerpo enardecido.

«Trata de no echarme de menos». Como si hubiera tenido elección.

Agarró todos los abalorios de plata que había dejado sobre el lavabo y se los puso.

Aquella era una de esas circunstancias en las que necesitaba hablar con su madre. Natalie Anders, Madame Natalie como ella quería que la llamaran, le daba siempre a Sophie una curiosa perspectiva de las cosas. No es que fueran a estar de acuerdo en absoluto.

¿Qué le diría Natalie? Que se tomara la vida tal y como venía, que el futuro no se podía cambiar, sólo esperar. Su madre jamás habría entendido sus dudas, sus miedos.

Natalie había tenido más amantes que días de cumpleaños y, jamás, le había entregado su corazón a ninguno de ellos.

Sophie creyó durante mucho tiempo que ella era igual. Por eso, siempre había buscado hombres emocionalmente fríos. No quería que sufrieran cuando los abandonara.

Pero, ¿qué ocurriría con Alex? ¿Es que iba a ser capaz de escapar de él sin que le dejara ninguna cicatriz?

¿Qué ocurriría en el momento en que le contara a Alex la verdad? ¿Dejaría de desearla? ¿Y después de que ella se marchara?

Tenía demasiadas dudas. A pesar de todo, tenía decidido cuál sería su próxima acción.

Se puso un ligero toque de aceite perfumado sobre las muñecas, un exótico olor que las gitanas usaban para encandilar a los

hombres.

Se puso una camiseta que había robado poco antes en la habitación de Alex. El aroma de aquel hombre la perturbaba.

Damon y su madre estaban en el club. La cocinera se había marchado. Sólo quedaba en la casa el viejo mayordomo. No sería difícil evadirlo.

Salió de su habitación, bajó las escaleras y salió por la puerta trasera en dirección a los establos. No había ni rastro de Alex, pero su coche estaba allí. No podía andar lejos y, tarde o temprano, vendría a investigar porqué todos los caballos estaban fuera.

Sophie abrió las puertas y las sujetó para que no se cerraran. A cada movimientos sus pulseras tintineaban como un coro de campanas.

Por fin, llegó Alex y la vio.

— ¿Qué hacen los caballos fuera? —Alex la miró desconcertado —. ¿Qué haces?

—No estoy comprometida con Damon. Realmente, no tenemos ningún tipo de relación amorosa.

Hubo un silencio. ¿Por qué él no respondía? ¿No era eso lo que quería oír?

Comenzó a juguetear nerviosa con un trozo de cordón de piel que llevaba en la mano.

— ¿Me vas a atar? —le preguntó él.

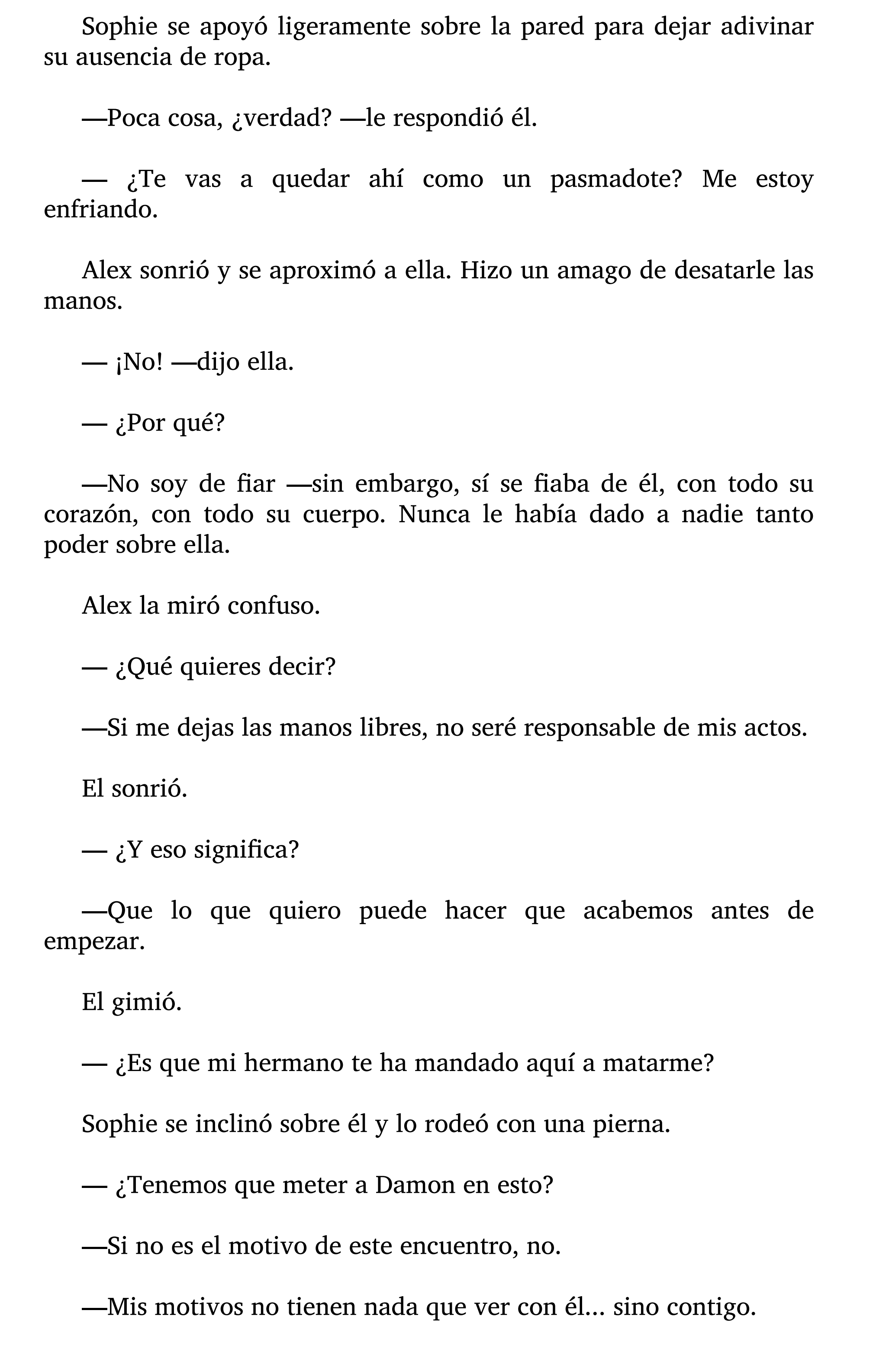
—No —agarró el cordón y se ató a sí misma.

—Llevas puesta mi camiseta.

—Ya te he dije que los gitanos somos ladrones.

Alex carraspeó.

— ¿Llevas algo debajo?



Sophie se apoyó ligeramente sobre la pared para dejar adivinar su ausencia de ropa.

—Poca cosa, ¿verdad? —le respondió él.

— ¿Te vas a quedar ahí como un pasmadote? Me estoy enfriando.

Alex sonrió y se aproximó a ella. Hizo un amago de desatarle las manos.

— ¡No! —dijo ella.

— ¿Por qué?

—No soy de fiar —sin embargo, sí se fiaba de él, con todo su corazón, con todo su cuerpo. Nunca le había dado a nadie tanto poder sobre ella.

Alex la miró confuso.

— ¿Qué quieres decir?

—Si me dejas las manos libres, no seré responsable de mis actos.

El sonrió.

— ¿Y eso significa?

—Que lo que quiero puede hacer que acabemos antes de empezar.

El gimió.

— ¿Es que mi hermano te ha mandado aquí a matarme?

Sophie se inclinó sobre él y lo rodeó con una pierna.

— ¿Tenemos que meter a Damon en esto?

—Si no es el motivo de este encuentro, no.

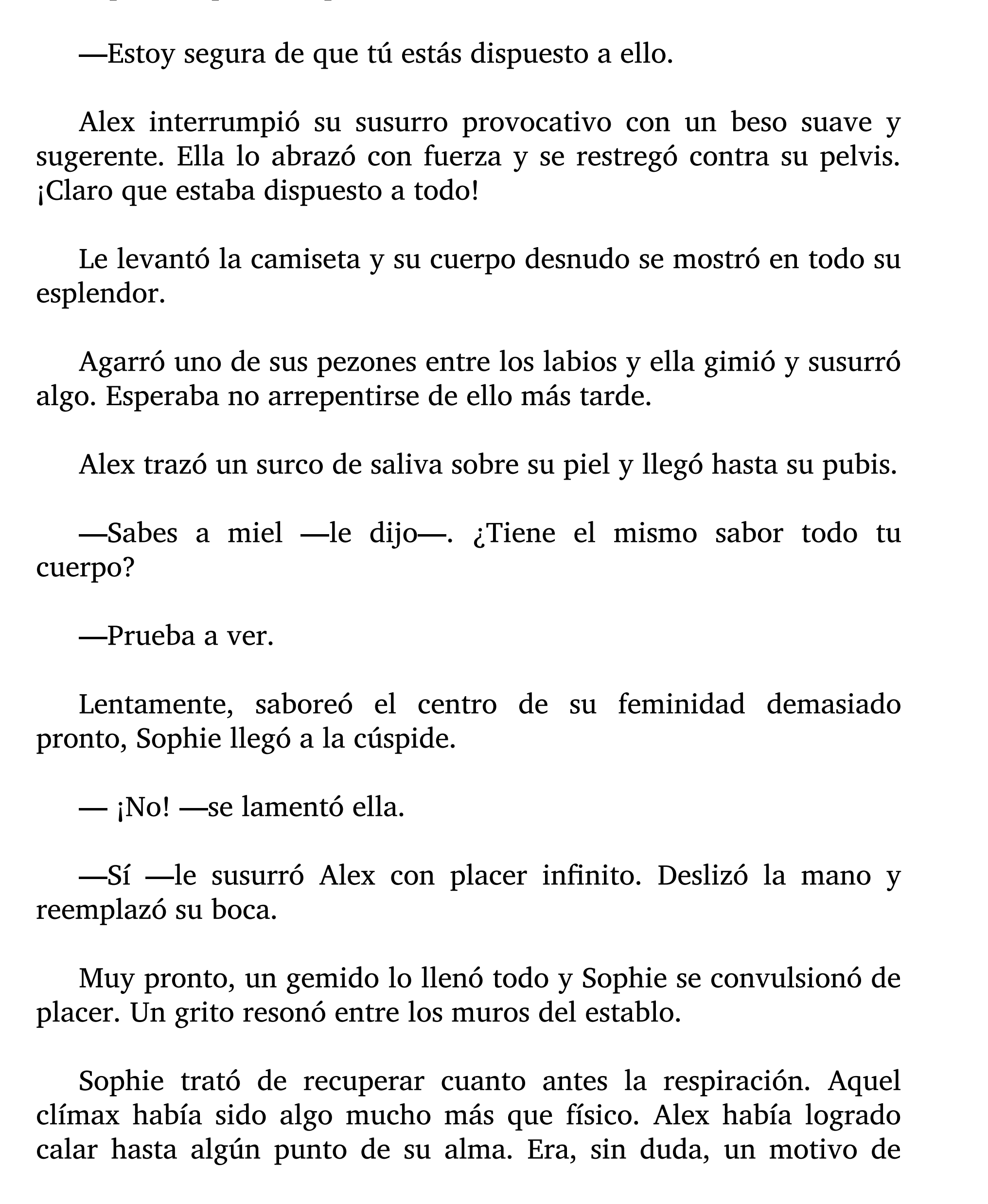
—Mis motivos no tienen nada que ver con él… sino contigo.

Aquella respuesta le había sido francamente Satisfactoria.

— ¿Qué quieres que haga? —preguntó él.

—Todo.

—Eso es mucho pedir, ¿no crees? —deslizó la mano por debajo de la camiseta y agarró uno de sus senos.



Sophie suspiró complacida.

—Estoy segura de que tú estás dispuesto a ello.

Alex interrumpió su susurro provocativo con un beso suave y sugerente. Ella lo abrazó con fuerza y se restregó contra su pelvis. ¡Claro que estaba dispuesto a todo!

Le levantó la camiseta y su cuerpo desnudo se mostró en todo su esplendor.

Agarró uno de sus pezones entre los labios y ella gimió y susurró algo. Esperaba no arrepentirse de ello más tarde.

Alex trazó un surco de saliva sobre su piel y llegó hasta su pubis.

—Sabes a miel —le dijo—. ¿Tiene el mismo sabor todo tu cuerpo?

—Prueba a ver.

Lentamente, saboreó el centro de su feminidad demasiado pronto, Sophie llegó a la cúspide.

— ¡No! —se lamentó ella.

—Sí —le susurró Alex con placer infinito. Deslizó la mano y reemplazó su boca.

Muy pronto, un gemido lo llenó todo y Sophie se convulsionó de placer. Un grito resonó entre los muros del establo.

Sophie trató de recuperar cuanto antes la respiración. Aquel clímax había sido algo mucho más que físico. Alex había logrado calar hasta algún punto de su alma. Era, sin duda, un motivo de

alarma. Pero se encontraba tan bien que no estaba dispuesta a arruinar aquellos instantes por un ataque de sentido común.

Mex se levantó y la besó. Le solió las manos y, rápidamente, la abrazó.

— ¿Estas bien?

—Mejor que eso —respondió ella.

—Volvamos a la casa.

—Ni hablar. Te toca pagar por lo que has hecho.

—No sabía que eras tan vengativa.

Sophie le desabrochó el cinturón.

—Mentiroso. Contabas con ello.

Alex cerró los ojos. Sólo la idea de sentir su mano lo excitaba. Nunca había conocido una mujer a la que le gustara tanto que la acariciaran. Era fácil excitarla y fácil complacerla. Se preguntó si sería tan fácil mantenerla cerca, porque sabía que ya no sería capaz de dejarla marchar.

Lo agarró con fuerza por la camisa y acercó sus labios a los de él.

—No tenemos protección, está en la casa.

—Sí, en mi bolsillo —le susurró suavemente al oído—. Cuando planeo una seducción lo hago teniendo el cuenta hasta el último detalle. No dejo nada a la fortuna.

Lo agarró de la mano y lo condujo hasta un montón de paja. El la miró desconfiado.

—Déjate llevar —lo convenció ella mientras lo desnudaba. El trató de ayudarla, pero ella se lo impidió—. ¡Eh! Es mi turno. Déjame hacer a mí.

Estaba ya demasiado excitado.

—No es necesario...

—Claro que sí... siempre lo es...

Impaciente, se quitó un zapato y luego el otro.

—Despacio... —insistió ella. Deslizó suavemente un dedo por su torso desnudo, hasta encontrarse con la cremallera del pantalón.

Aquella mujer era mucho menos peligrosa con las manos atadas.

Como una gata en celo, Sophie era un curioso contraste entre dulzura y explosión salvaje. Su dulce rostro nada tenía que ver con la ansiedad con que trataba de arrancarle los pantalones.

—Por favor, ahora soy yo el que te pide que vayas un poco más despacio.

— ¿He hecho algún comentario yo sobre tu técnica?

— ¿Algo que objetar?

Por fin, le quitó los pantalones. Lo empujó lentamente hasta que estuvo tumbado. Se puso a un lado y comenzó a besarle sensualmente el torso.

— ¿Es esto algún tipo de tortura gitana?

—Por supuesto.

Descendió la mano hasta su sexo y la agarró con destreza. El dio un pequeño salto y pronto se relajó.

Mientras lo acariciaba las pulseras resonaban insistentemente. Había llegado la Navidad en pleno julio y había venido con un regalo muy especial.

—Estás jugando con fuego —le advirtió él.

— ¿Quieres que pare?

—Ni hablar —cerró los ojos y trató de mantener el control, lo que se le hizo casi imposible cuando ella le acarició con los labios. Lentamente deslizó la lengua hasta que el placer era casi

insoportable.

—Quiero estar dentro de ti.

—Adelante —sacó un paquetito del bolsillo de la camiseta y lo abrió.—. ¿Me permites?

—Siéntete en casa —le parecía oportuno dejar que ella hiciera y deshiciera. Los nervios podían ponerle en una situación difícil.

Pero, cuando ya habían pasado unos segundos y ella continuaba tentándolo peligrosamente con un lujurioso roce, se arrepintió de la decisión.

— ¡Ya basta!

Ella se rió. Se subió sobre él lentamente, dejó que se hiciera paso dentro de ella.

Muy pronto, él se puso sobre ella y comenzaron a moverse. Ella se adaptó a su ritmo. No, mejor dicho, ella lo marcó: rápido, intenso, furioso, más allá de lo que cualquier habilidad de control puede soportar

Alex sentía que el corazón le latía a toda prisa. La besó tiernamente, con la esperanza de distraerla momentáneamente. Pero en el momento en que su lengua comenzó a explorar las cavidades de su boca, la sintió contraerse.

Lo abrazó con fuerza y su clímax precipitó el de él.

Alex se movía con tanta furia que, por un momento, temió poder hacerle daño. Pero no ocurrió.

Ambos se elevaron por encima de todo placer conocido.

Entonces, mientras el fuego llegaba a la cúspide y comenzaba a desvanecerse, Sophie sintió una lágrima rodando por su mejilla.

El sol ya se había ocultado más allá del horizonte y una brisa húmeda corría por el establo.

Alex la acarició.

Había ocurrido algo que iba mucho más allá de lo puramente sexual.

Alex recordó los pocos sucesos de su vida que realmente le habían provocado algún tipo de emoción: su secuestro, la repentina muerte de su padre. Aquel encuentro era uno de ellos, emocionante e intenso…, esperaba que con un mejor final.

Sentía ganas de proteger a Sophie, de tenerla siempre junto a él. Ya se lo había advertido Damon. Era lo último en el mundo que ella quería.

¿Cómo podría sujetar a un espíritu libre sin construir una jaula?

¿Cómo iba a dejarla marchar?

Sophie sintió que el brazo de Alex se tensaba. También vio cómo fruncía el ceño. ¿Se estaba arrepintiendo de lo sucedido?

La había sorprendido francamente y dos veces, además. Siempre había creído que el placer múltiple sólo ocurría en las novelas. No volvería a tener prejuicios respecto a nada.

También había esperado que un hombre como Alex fuera conservador y agarrotado cuando se trataba de hacer el amor. Sin embargo, aquel era el único hombre que la había hecho llorar.

Le acarició la frente.

— ¿Dónde estás, Alex?

Durante unos segundos continuó ausente. Luego, volvió una vez más la vista hacia ella y sonrió.

—Sigo dentro de ti.

Ella sonrió.

—Típicamente masculino. ¿Qué te parece si nos levantamos y nos vamos a la casa?

—De acuerdo. Nos veremos allí dentro de cinco minutos. Tengo que meter los caballos en sus cuadras.

—Te ayudo.

—No hace falta.

—De acuerdo —dijo ella, tratando de disimular su decepción. Al parecer, quería distancia.

Agarró la camiseta y se levantó. Cuando estaba a punto de ponérsela, él se acercó por detrás y la abrazó.

—Necesito cinco minutos para volver a situarme. No empieces nada sin mí —le rogó él con un beso en el cuello.

¡Cómo podía leerle el pensamiento de aquel modo!

Sophie se dirigió a la casa, entró por la puerta trasera, subió las escaleras hasta su dormitorio.

A través de la ventana se veía el atardecer, un atardecer que manchaba el cielo.

Abrió la maleta y buscó una vela. Salió de su habitación y se dirigió a la de Alex.

Una vez allí entró en el baño, encendió la vela y abrió el agua y echó un chorrito de aceite espumoso. El aroma a lavanda llenó la habitación.

No pudo esperar. En cuanto la bañera estuvo llena se metió dentro. La espuma acariciaba su cuerpo mientras chorros de agua lo masajeaban.

— ¿No te había dicho que no empezaras nada sin mí? —dijo Alex desde la habitación.

—Cuando uno tiene una bañera como ésta, ¿para qué necesita un hombre?

Alex entró en el baño con una botella de vino y dos copas.

— ¿Puedo hacer algo por resultarte interesante?

Ella miró de arriba abajo el escultural cuerpo de su acompañante. Sin duda, desnudo estaba todavía mejor.

—Inténtalo.

Se metió dentro y le rodeó la cintura con las piernas.

— ¿Estas cómoda?

—Sin duda, me malcrías.

—Me alegro, eso hará más fácil que me respondas a unas cuantas preguntas. ¿O pensabas que tu numerito de seducción me distraería completamente?

—Tenía la esperanza de que así fuera —dio un sorbo al vino que le acababa de ofrecer—. Quizás prefieras beberte toda la botella antes de que empiece. Me temo que no te va a gustar mi historia.

—Nada de lo que hace Damon me sorprende ya.

—El y yo somos amigos desde hace mucho tiempo —Sophie respiró profundamente para infundirse valor—. Me pidió que le hiciera el favor de fingir que era su prometida. Se suponía que no le íbamos a hacer daño a nadie.

— ¿Por qué tú?

—Según me contó su madre y tú insistíais continuamente para que se casara. Así que quería presentaros a alguien que, desde vuestro punto de vista, fuera totalmente inadecuado. Yo era la mejor candidata.

Alex se rió.

—Yo más bien diría que es él el inadecuado para cualquier mujer.

—No es tan malo —lo defendió Sophie—. Está claro que no está hecho para el matrimonio, pero siempre ha estado ahí cuando lo he necesitado. Me ha ayudado a mudarme varias veces y me dio mi primer cliente. Después, ése me trajo todos los demás.

—De modo que sientes que le debes algo, ¿no es así?

—Es más que eso. Se ofreció a hacer una donación para el centro

de jóvenes en el que trabajo como voluntaria, si lo ayudaba.

— ¿Viniendo aquí y seduciendo a su hermano?

—No lo culpes de eso. Esa parte ha sido exclusivamente idea mía. Si hubieras sido el snob insoportable que esperaba encontrarme, no habría s esto.

— ¿Estas segura?

Ella se encogió de hombros.

—Yo lo dudo —continuó él.

Tendría que haber estado muerto para no sentir la reacción que aquella mujer provocaba en todo su cuerpo. Su olor, su sabor volverían loco a cualquier hombre. Alex estaba seguro de que Damon tenía un plan del que no le había dicho nada a Sophie. Su hermano no tenía dinero para hacer ningún tipo de donación... a menos que hubiera logrado convencer a Alex para que vendiera.

— ¿Sophie?

— ¿Si? —respondió ella que yacía, su cuerpo bajo el agua, y los ojos cerrados. ¿Estaba cansada o quería evitar más preguntas?

Alex se puso de pie, la agarró en brazos y la sacó de la bañera.

— ¿Es esto un castigo por algo que he dicho?

Agarró una toalla y se la puso alrededor.

—Simplemente pensé que estaríamos más cómodos en la cama

—Tú sí —agitó la cabeza y su pelo disparó un torbellino de agua.

— ¿No te vas a quedar conmigo esta noche?

—No estoy acostumbrada a dormir con nadie. Te voy a tener despierto toda la noche.

El levantó una ceja.

—Cuento con ello.

—No lo digo en broma.

—Yo tampoco, Sophie —la secó con la toalla que la envolvía.

— ¿Por qué?

—Puede que pienses que soy un anticuado, pero no te habría hecho el amor si mi idea, desde el primer momento, no hubiera sido pasar la noche contigo.

—Ronco y doy patadas.

—Me arriesgaré.

Ella dudó unos segundos en la puerta, como si su cabeza y su cuerpo hubieran entrado en clara contradicción.

—De acuerdo. Pero si mañana te sientes fatal por no haber podido pegar ojo, no me culpes a mí.

Aquella costosa aceptación fue una auténtica victoria para Alex.

Sin duda, la educación que Sophie había recibido le había enseñado todo sobre independencia y autoestima, pero había dejado de lado un punto importante: compartir. Tendría que aprender.

Sophie señaló a la cama.

— ¿Qué lado prefieres?

—Me da igual. Soy fácil de complacer.

—Eso es lo que tú te crees.

—Estás haciendo una montaña de un granito de arena —dijo él mientras se metía en la cama. Abrió las sábanas—. Ven.

Ella se metió dentro, pero se removió nerviosa unas cuantas veces.

¿Qué le ocurría? No podía tener miedo de él. Desde luego no lo había tenido en el establo.

— ¿Quieres que ponga la televisión? —le preguntó Alex.

Ella se encogió de hombros.

—Si tú quieres.

—Lo que quiero es que te relajes y me des una oportunidad. Puede que te guste más dormir conmigo que dormir sola.

—Lo sé.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Ese es el problema.

La abrazó y, pese a su inicial reticencia, por fin se relajó. Cerró los ojos y se dejó envolver por su calor.

Muy pronto, la cercanía de aquel cuerpo masculino causó una vez más estragos en su virilidad.

Sintió la sonrisa de ella. Después de todo, ¿quién tenía razón?

Capítulo Siete

Se envolvió en una sábana y se aproximó a la ventana con el cuaderno de dibujo en las manos.

Le dolían músculos que ni siquiera sabía que tenía. Pero era un dolor placentero, agradable, producto de un deseo satisfecho más allá de lo físico.

Comenzó a hacer un esbozo sobre el papel: aquel magnífico cuerpo que había yacido junto a ella toda la noche.

Sonrió. Al fin y al cabo, no había hecho sino servir a sus deseos. El quería que durmieran juntos.

Por desgracia, había obtenido mucho más de lo que le había pedido: un sentimiento desconcertante. Miedo. Deseo no físico. ¿Amor? Alex le había tocado el corazón.

Pero, ¿dónde encajaba ella dentro de su ordenada vida?

Además de pertenecer a estados distintos, también pertenecían a mundos diferentes.

Ninguno de los dos había pedido ningún tipo de compromiso al otro.

«Despacio, Sophie, vete despacio. Actúa con precaución», se dijo. «Esto es lo que te sucede por no hacerle caso a tu madre».

Se sentía inquieta. Cerró el cuaderno. Necesitaba montar un rato. Eso la relajaría. Sacó una rosa amarilla del florero que había sobre la mesa y la puso sobre la almohada, junto a Mex.

Salió de la habitación y se dirigió a la suya.

Se puso unos vaqueros y la sudadera de Yale que Alex le había prestado el día anterior.

Bajó las escaleras y salió de la casa por la puerta trasera, al de la cocina.

El aire fresco le alivió la pesadez que sentía en la cabeza.

Se subió las mangas y atravesó el patio hasta llegar a los establos.

Un sonido de llaves captó su atención. Damon estaba a la entrada del garaje. Sophie levantó una mano y lo saludó. El se aproximó a ella.

— ¡Hola, Sophie!

Era muy extraño ver a Damon despierto antes del mediodía.

— ¿Acabas de llegar?

—No. Me llevo a mi madre a un desayuno benéfico en el club.

Menos mal que no se le había ocurrido la descabellada idea de romper la rutina y pasar un día con ella.

—Me alegro de que estés disfrutando de tus vacaciones.

Damon sonrió con malicia.

—Creo que tú también estás disfrutando.

— ¿Qué quieres decir?

—Anoche, cuando llegué, subí a charlar contigo un rato y ¿sabes qué?

— ¿Qué? —preguntó ella realmente interesada.

—Que no estabas en tu habitación.

— ¿No? Deberías haber mirado en el salón. Había una película estupenda en la televisión.

— ¡Vamos. Sophie! ¿No esperarás que me crea que una mujer como tú que por principios no tiene una caja boba en su casa, va a perder su tiempo en ver una película cuando hay millones de cosas que hacer. Además, fui a ver, por si acaso. De hecho, el único sitio en el que no miré fue la habitación de Alex.

Sophie se encogió de hombros y no respondió.

—Venga, Sophie, si llevas hasta su ropa puesta. Ella se metió las manos en los bolsillos y se recostó sobre la puerta del establo.

—Resulta que ahora eres tú el que ejerce las artes adivinatorias.

—Supongo que le contaste que no estábamos comprometidos.

Ella asintió.

— ¿Se enfadó conmigo?

—Ni siquiera se sorprendió —Sophie no pudo con tener una ligera risa—. ¿De verdad pensaste que lo habíamos engañado ni un segundo?

—No —dijo él decepcionado.

—Damon, de verdad que siento mucho que las cosas no salieran como tú querías. Pero suele ocurrir cuando alguien se dedica a armarla como tú lo has hecho.

— ¿Y ahora qué? ¿Te vas a quedar por aquí una temporada?

—Me voy a ir con mi madre una temporada. Además, tengo un piso y un trabajo al que volver la semana que viene.

— ¿Y Alex?

—No hemos hablado de ello. Pero él tampoco vive aquí.

Damon miró el paisaje con ojos críticos.

—No sé porqué tiene tanto empeño en conservar este maldito lugar. Cuesta una fortuna mantenerlo y, excepto por los caballos, dudo de verdad que le guste.

—Quizás quiera conservarlo para ti y para tu madre.

—Nosotros no lo queremos. Mi madre prefiere Florida y yo soy una rata de ciudad.

—Díselo.

— ¿Sophie? Esta era la casa de su padre y la verdad es que se portó muy bien con mi madre. Soy un egoísta, pero no tengo ciertos límites.

—Ya. Bueno, no está mal tener un lugar al que poder llamar hogar.

Hizo un gesto de asco.

—Esto no un hogar, es un mausoleo. Por eso me paso el día en el club.

La verdad era que tenía toda la razón. El lugar era ciertamente Siniestro.

—No sé qué decirte.

—El sabrá si quiere trabajar veintidós horas diarias para mantener este sitio. Pero seria muchísimo más feliz si llevara una vida menos estresada y dejara de preocuparse por nosotros. ¿Por qué no se dedicará a vivir su propia vida?

—Es una parte de él, Damon —y la parte que más la preocupaba a ella.

—Bueno, me largo. Mi madre me está esperando —Damon le dio un amistoso beso en la frente y se dirigió a la casa.

Sophie se dio cuenta de que estaba hecha un lío.

Había algo de posesivo y controlador en Alex. Pensó sobre el juicio, sutil pero tajante, que había hecho sobre su ropa, luego en sus insistencia en que durmiera con él, su furia al verla haciendo autostop en un lugar que él sabía era seguro.

¿Qué era lo que esperaba Damon? ¿Acaso pensaba que Alex acabaría por marcharse con ella y dejaría en paz al resto de la familia?

¿Podría vivir ella con las restricciones de libertad que su estilo de vida le impondría?

Durante su vida, ni siquiera en su infancia, jamás había tenido el peso de una mano masculina que controlara sus actos. Se había criado con tanta libertad que había aprendido muy pronto a ser auto— suficiente.

Alex, por el contrario, procedía de un mundo lleno de normas y estructuras, de rutinas y paredes.

No cabía duda de que los contrarios se atraían, pero eso no quería decir que crearan una conjunción armónica.

Se restregó los ojos y agitó la cabeza. ¿Por que pensaba en el mañana?

—Buenos días, Elvis. ¿Qué te parecería una vuelta matutina para desgastar el exceso de energía?

El caballo comenzó a darle coces a la puerta.

Sin duda, el animal tenía tanta necesidad de libertad como ella.

Alex estiró el brazo, aún con los ojos cerrados. Pero no encontró el cálido cuerpo de su amada.

Abrió los ojos y vio la rosa sobre la almohada. Sus pétalos de terciopelo eran un mal sustituto de una piel de seda.

Se levantó y se dirigió a la ventana.

En ese instante, vio a Damon dándole un beso a Sophie. Sintió celos y el estómago se le contrajo.

«Vamos», se dijo. «Eran amigos mucho antes de que te conociera a ti».

No iba a permitir que una infundida sospecha le nublara la vista.

Se dio la vuelta y vio el cuaderno de dibujo abierto sobre el escritorio. Había un dibujo de él completamente desnudo y hecho con todo lujo de detalles. Alex sonrió y cerró el cuaderno no sin cierto rubor.

Se vistió y bajó hacia la cocina. Pero antes de entrar escuchó voces y se quedó paralizado a la entrada.

—Créeme. Está funcionando como si fuera un encantamiento —dijo Damon.

— ¿Estas seguro de que no lo va a fastidiar todo? No me fío de ella —dijo Elaine con escepticismo.

—Es perfecta… —el sonido iba y venía, según entraban o salían —. … Mucho mejor de lo que yo había planeado.

— ¿Y si te equivocas? Alex no es ningún necio.

—No te preocupes. Dentro de una semana…. deseará haber…. —las voces se esfumaron.

Alex apretó los puños con rabia. ¿Es que Sophie no le había dicho que el juego se había acabado? ¿O simplemente había mucho más que no le había contado? ¿Acaso Sophie estaba compinchada con su hermano y Elaine? Nada de lo que le había dicho probaba que ella pudiera tener nada que ver con los planes de su hermano. Pero Damon no tendría ningún reparo en utilizarla con o sin su consentimiento.

Alex estaba cansado. ¿Qué más tendría que soportar? Le había prometido a su padre que cuidaría de su segunda familia. Pero cinco años de mentiras de Damon y de continuas quejas de Elaine lo habían endurecido incluso más de lo previsto.

Pensó sobre Sophie. ¿Podría haber dado tanto de sí misma si realmente sólo estuviera fingiendo? Prefería pensar que no. Pero, también debía admitir que ya se había equivocado con respecto a las mujeres antes. ¿Es que el amor le ponía una venda en los ojos?

¿Amor?

Así es que le estaba haciendo el juego a su hermano. Si Alex quería un futuro con Sophie, tendría que vender El Santuario…

Sophie cepilló a Elvis. Había sido una buena idea para ambos cabalgar a primera hora de la mañana.

El caballo le dio con el hocico en el hombro. Ella le acarició el cuello yl o dejó entrar en su cuadra.

De pronto, sintió un escalofrío. Alex estaba allí.

— ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Mex se acercó a ella y la abrazó por detrás.

— ¿Cómo sabías que estaba?

—Te he sentido.

— ¿De verdad? —la agarró con fuerza por la cintura y presionó los dedos sobre su estómago.

—Ummm.... estás mucho más delicioso en persona —se relajó sobre su pecho—. Damon y su madre se acaban de marchar.

— ¿haz hablado con él esta mañana?

—Sí.

— ¿Sobre qué?

Ella frunció el ceño. ¿Era curiosidad o sospecha lo que escuchaba en su voz?

—Me preguntó porqué no estaba en mi habitación ayer por la noche. Le dije que eso no era asunto suyo.

— ¿Nada más?

Ella se volvió y lo miró a la cara.

— ¿Tienes algo en mente, Alex?

Alex la miró intensamente antes de encogerse de hombros.

—No. ¿Qué vas a hacer hoy?

—No sé. Me daré una vuelta por la ciudad, iré de tiendas... Si tienes algo que hacer ya me buscaré alguna diversión.

Alex se inclinó sobre ella y la acorraló contra la puerta.

—Lo mejor que tengo hoy por hacer es entretenerte

personalmente.

A pesar del tono intrascendente y lúdico que trataba de adoptar Alex, Sophie notó cierta tensión en su cuerpo.

—Tal vez deberíamos hablar antes.

—Vamos a dar una vuelta primero. Hablaremos después.

—De acuerdo —aceptó ella, sin ocultar su inquietud.

Algo lo preocupaba y, seguramente, Damon era el origen de todo. Pero hasta que Alex no quisiera, no podrían discutir de ello.

Alex miró a Sophie. Estaba sentada en el asiento de al lado, con las manos cruzadas sobre el regazo. Parecía, enteramente el vivo retrato de la inocencia, nada que ver con la mujer que hacía sólo unos instantes casi lo saca de la carretera por causa de una mano juguetona.

Todavía sentía la presión de sus pantalones.

— ¡Mira! Una casa en venta. Vamos a verla —se inclinó hacia delante y señaló el cartel que ponía Se Vende.

— ¿Para qué?

Ella sonrió.

—Así estiramos las piernas. Me da la sensación de que estás un poco tenso.

Tenso no, excitado, ese era el adjetivo apropiado.

Detuvo el coche.

— ¿Quieres comprarte una casa?

—No, de momento no. Pero me encanta mirar —lo miró con un brillo particular en los ojos—. Si no quieres venir, puedo ir sola.

—Iré contigo.

En cuanto llamaron a la puerta salió una mujer.

—Buenos días —extendió su mano—. Soy Melinda Durning de New England Realty.

Les dio una tarjeta.

Sophie se presentó.

—Hola, soy Mindi Su McMurphy y éste es mi marido Norman.

— ¿Están buscando una granja?

Alex abrió la boca para hablar, pero Sophie se adelantó.

—Alex quiere uno de esos adosados, pero después de vivir tres años en un apartamento, le he convencido de que los niños necesitan espacio para jugar.

El no salía de su asombro. La habilidad de aquella mujer para imitar el acento sureño era increíble. No podía evitar cierta preocupación ante su capacidad para interpretar un personaje.

— ¿Cuántos niños tienen?

—Tres —dijo Sophie.

—Dos —murmuró Alex al mismo tiempo.

—Dos y medio —añadió Sophie, mientras se señalaba la tripa.

Melinda sonrió.

— ¡Cómo me habría gustado haber tenido tan buen aspecto cuando estaba embarazada!

—Sí, la verdad es que Mindy Sue se está portando muy bien —forzó una sonrisa mientras mantenía la mano sobre su estómago completamente plano—. El segundo pesó cuatro kilos y medio, ¿verdad, cariño?

—Sí. ¿Cuánto mide el terreno?

La mujer comprobó los datos en un cuaderno.

—Seis acres. Tiene una casa colonial, el ala de los trabajadores, un establo y un invernadero. ¿Les enseño la casa?

Mex siguió a las dos mujeres a través de la vieja casa. La una continuaba preguntando cosas, la otra seguía inventando historias sobre su vida ficticia.

El prefería no escuchar la conversación y se centró en observar la casa.

A pesar de haberse criado en los lugares más sofisticados, le atraía notablemente aquel lugar rústico y algo desvencijado.

Subieron las escaleras que rechinaban como almas en pena.

Melinda abrió una de las puertas.

—Los dormitorios son un poco pequeños, pero se puede hacer mucho con ellos. Este y el de al lado se podrían unir y hacer una habitación más grande.

Sophie abrió los ojos en un exagerado gesto de horror.

— Siempre y cuando nos quepa una cama de matrimonio será suficiente. Nunca me gustaron las camas esas enormes. Además, podríamos dormir en habitaciones separadas.

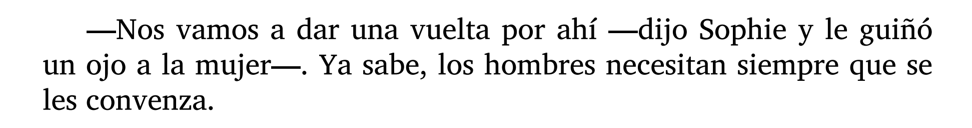
—Lo que explica a la perfección que tengamos tres hijos en un tiempo récord —le susurró él al oído.

— ¡Mira, Norman! —continuó ella—. Esta habitación sería perfecta para la pequeña Becky.

Mex la agarró del brazo y se la llevó, antes de que le contara a la vendedora toda su inexistente vida.

Su habilidad para mentir convincentemente era motivo de preocupación. ¿Debía creer todo lo que le había contado en los últimos dos días?

En cuanto acabaron de ver la casa, otra pareja se presentó. La vendedora estaba, sin duda, bastante tensa, ante la necesidad de atender a los nuevos visitantes y la posibilidad de perder una venta aparentemente segura.



—Nos vamos a dar una vuelta por ahí —dijo Sophie y le guiñó un ojo a la mujer—. Ya sabe, los hombres necesitan siempre que se les convenza.

Melinda asintió.

—Muy bien. Estaré aquí si me quieren hacer alguna pregunta.

Sophie agarró a Alex de la mano y lo condujo fuera.

El resopló aliviado.

—Bueno, «Mindy Sue», ¿qué tienes que decir en tu defensa?

Ella lo miró con una sonrisa burlona en los ojos.

—«Norman», pareces un poco perturbado...

Mex la agarró del brazo lentamente, se dirigieron al coche.

—Eres demasiado buena en esto. ¿Lo haces muy a menudo?

—Lo siento. No me pude imaginar que te molestaría. Sólo me estaba divirtiendo un poco.

¿No estaba sacando las cosas de quicio? Después de todo, él le había seguido el juego.

Mex le abrió la puerta del coche.

— ¿Nos vamos?

Sophie se metió en el coche y lo miró.

—Será mejor que volvamos a casa y te meta en la cama con una botella de agua. Ya has tenido demasiadas emociones por hoy.

— ¿Es ése tu modo de decirme indirectamente que soy aburrido?

—No te consideraría precisamente aburrido —su boca carnosa se curvó en una sonrisa sugerente—. Pensándolo mejor, dejamos lo de la botella de agua caliente y nos limitamos a lo de la cama. Quizás lo que necesitas, en realidad, es un poco más de emoción en

tu vida.

Alex se rió. Por un lado, aquella mujer lo ponía furioso, pero tenía la habilidad de decir o hacer siempre algo que hacía imposible que se enfadara con ella.

— ¿Qué voy a hacer contigo?

Cerró la puerta y se dirigió al lado del conductor. Antes de abrir la puerta, miró una vez más la granja. Comprendía perfectamente que a Sophie le gustara aquel lugar. Era en parte salvaje, con unas pequeñas vallas de madera que delimitaban vaga mente la propiedad: espacios abiertos y pocas paredes, lo contrario de lo que ella pensaba que era el mundo de Alex.

Y él no tenía mucho tiempo para convencerla de que estaba equivocada en la imagen que se había hecho de él. Sus vacaciones estaban a punto de terminar.

Capítulo Ocho

Alex entró en el estudio antes de subir con Sophie. Tenía que comprobar su correo electrónico. Iba a ser muy rápido.

Pero no lo suficiente para Sophie.

Le dio cinco minutos de paz antes de encender el casete y ponerse a bailar por la habitación. Sus sensuales movimientos hacían imposibles cualquier intento de concentración.

Se acercó al escritorio donde Alex trataba de teclear algo, se curvó hacia atrás, arqueando la espalda, y comenzó a deslizar la mata de pelo oscuro por encima del teclado del ordenador.

—Pensé que estabas de vacaciones —le susurró. Al tratar de levantarse él la agarró de la falda y la obligó a sentarse en su regazo.

— ¿Qué es eso que suena?

Ella bajó el volumen.

—Sherezade.

—La mujer que narró todos los cuentos de las Mil y Una noches. ¿Fue amiga tuya en otra vida?

—Quizás —respondió ella mientras apoyaba la cabeza en su hombro.

—Dime entonces, contadora de cuentos, ¿qué vas a hacer cuando te vayas de aquí?

— ¿En general?

Alex asintió.

—Tengo unos cuantos trabajos que completar y un par más de ellos en perspectiva.

— ¿Y si no te va bien?

Se encogió de hombros.

—Algo saldrá. Siempre ocurre. Sé cómo cuidar de mí misma.

— ¿No he dicho que no fuera así?

Ella inclinó la cabeza hacia la derecha con una medio sonrisa.

El le acarició suavemente el hombro.

—De cualquier forma, podrías trabajar en cualquier parte, ¿no es así?

—Sí, supongo que sí. Pero no es tan fácil agarrar mi ordenador y mi impresora y echarme a la carretera.

—No me refería a eso.

—Lo sé —se levantó, se puso tras él y comenzó a darle un masaje—. Estás demasiado serio. No trabajes tanto.

Alex reconoció rápidamente la táctica de desviar la atención cuando alguien no quería hablar de algo. ¿Qué trataba de evitar? ¿Es que suponía lo que le iba a preguntar o simplemente no se había dado cuenta de por dónde iba?

—Es difícil cambiar un hábito que lleva en mí toda la vida.

—Sí, supongo que es difícil. Pero yo te podría dar unas cuantas lecciones... privadas.

Le quitó el casete que llevaba en la cadera.

— ¿Cuándo podrías empezar?

—Ya —se dio la vuelta y se sentó sobre él. Alex miró hacia la puerta.

—Podría entrar alguien.

—Lección número uno: las cosas son infinitamente más excitantes si hay un elemento de riesgo en ellas.

Deslizó delicadamente sus dedos por el torso musculoso, hasta llegar al cinturón. Lo desató con habilidad y bajó la cremallera del pantalón.

Luego, se levantó la camisa y le cubrió la cabeza. Él devoró sus pechos turgentes y un gemido resonó por todas partes.

— ¿Tú le llamas a esto relajarse?

—Bueno, puede que la transición conlleve cierto tipo de tensión. Pero, después de un rato, uno se siente mucho mejor.

La agarró de las piernas y la sentó en el escritorio.

Le quitó la ropa interior y se despojó de los pantalones.

—Aprendes rápido —le dijo ella.

Entró en su calidez y sintió la humedad de su deseo, su impaciencia.

Se agarró a la mesa con fuerza.

—Esto es maravilloso —dijo ella en un susurro sensual.

—Mucho más que eso —añadió él. Era lo más cerca que había estado jamás del cielo.

Se movieron al unísono, con un mismo tempo. Poco a poco el ritmo fue incrementando hasta que, al fin, con el nombre de él en los labios, Sophie llegó al clímax y lo arrastró a él.

Se quedaron en silencio, unidos en un sólo ser, ¿durante cuanto tiempo?

Cuando ya habían logrado recobrar la respiración y ella sonreía llena de vida, la pregunta todavía estaba en el aire.

Después de cenar, Sophie y Alex decidieron cabalgar antes de que anocheciera.

Alex había estado relativamente callado durante la cena y Sophie sabía que ella era la única responsable de su estado de

ánimo.

Se había pasado todo el día evadiendo preguntas que implicaran pensar en el futuro. ¿Por qué? ¿Acaso tenía miedo?

Con el cielo tintado de rojo y bajo el sol adormilado ya, el ruido de los cascos de caballos resonaba peligroso al chocar contra los muros de El Santuario.

Mex la miraba curioso.

— ¿Qué ocurre?

Sophie mantenía la vista fija en el gran edificio.

—Estudiaba sus muros. Son muy gruesos —pero a pesar del aspecto casi de fortaleza que tenía el lugar, ella no se sentía segura allí. Tenía siempre la sensación de que algo malo podría ocurrir en cualquier momento.

Alex desmontó.

—No está tan mal pasar unos pocos días al año aquí.

—No parece que le tengas verdadero aprecio a este sitio.

—No se lo tengo.

—Entonces, ¿por qué tienes tanto empeño en conservarlo?

— ¿Otra sugerencia?

— ¿No has considerado la posibilidad de venderlo?

—Has estado hablando con Damon, ¿no es así?

—Me comentó lo difícil que era mantener este sitio con lo grande que es, cuando resulta que nadie vive realmente aquí.

Alex se cruzó de brazos.

— ¿Y qué más te ha dicho mi preocupado hermano?

Había mucha amargura en aquella pregunta. Estaba claro que se

había equivocado completamente si había pensado, ni por un segundo, que podría interceder entre los dos hermanos. Además, con Alex en aquella postura sólo lograría que mal interpretara sus motivos.

—Nada. Olvida lo que he dicho.

—No. Estoy realmente interesado.

—Escucha, parece ser que yo estaba en un error…

— ¿Sobre qué?

—Sobre vuestro pasado…. Entendí que él se sentía culpable por lo de … —ese era un tema que ella no quería tocar.

— ¿Mi ex—prometida?

—Pues sí.

Su mirada se oscureció.

— ¿Qué fue exactamente lo que te contó?

— ¿Podemos dejar esto?

—No —dijo él con dureza.

—De acuerdo. Me contó que había tenido algo con tu ex y que se sentía muy mal por ello. Eso era lo que había abierto una grieta en vuestra relación. Según me dijo, me trajo aquí como su prometida, para que te ocurriera lo mismo que le había sucedido a los dos y así estar en las mismas circunstancias. Cuando descubrí cuáles eran sus motivos, me negué a seguir adelante.

— ¡Qué grande eres! —dijo él con sarcasmo.

Ella lo miró con rabia.

— ¿Perdona?

—Y mientras Damon te abría su alma y su corazón, ¿te dijo algo de que Marie ya era su novia antes de que se comprometiera conmigo? Le prometió un montón de dinero si me llevaba al altar.

—No —le recorrió el cuerpo un escalofrío.

—Y tampoco te ha dicho que te pareces muchísimo a ella y que, por eso, te eligió, seguramente.

De pronto, tenía la certeza de que así había sido. ¿Acaso Alex la había elegido también por la misma causa? ¿Había hecho el amor con ella mientras pensaba en la otra? Sophie sintió náuseas.

—Si uno de nosotros se casara, habría que vender este lugar y repartir el dinero que lo mantiene en pie.

Sophie estaba atónita. Una vez más, Damon la había tratado como una necia, la había engañado.

—Creo que se le olvidó mencionar todo eso...

— ¿Quieres decir que no te ofreció a ti algo parecido?

Sophie sintió un nudo en el estómago.

— ¿Crees que me he acostado contigo por dinero?

—No he dicho eso.

—Lo has insinuado —dijo con las palabras atragantadas en la garganta.

—Admitiste que te había ofrecido dinero.

—Pero era una donación benéfica. Eso es diferente.

—Ponte en mi lugar. ¿Qué pensarías?

«Creería en ti, en lo que hemos compartido». Estaba claro que para él no había sido más que sexo.

—No puedo ponerme en tu lugar. Yo creo en lo que siento. Tú sólo crees en lo que has decidido considerar como la verdad.

—Damon y tú me mentisteis desde el principio.

— ¡Por supuesto! Y puedes pensar y hacer lo que te plazca.

Puedes mantener esta monstruosa casa. Pero yo no puedo evitar preguntarme porqué lo haces. Creo que ése no es más que un modo de controlar a la familia.

—Seguro que eso es lo que Damon te ha contado.

—No, esa deducción la saqué yo solita.

Se sintió vacía, perdida. Le estaba empezando a doler la cabeza. ¿Qué le pasaba? ¿Es que se había atrevido a soñar que Alex estaba realmente interesado en ella? Un gran error. Ya sabía que los hombres, tarde o temprano, buscaban una vía de escape por la que eludir sus responsabilidades. Su padre había sido el primer ejemplo de ello. Ni siquiera había esperado al nacimiento de su hija.

De pronto, se dio cuenta de hasta qué punto le había afectado aquello en sus relaciones con los hombres. La única diferencia en lo que le había sucedido con Alex era que no había sabido reaccionar a tiempo. Se había enamorado sin remisión.

— ¿No tienes nada más que decir?

— ¿Para qué? Tú ya has decidido que yo tengo algo que ver con los planes de Damon. Lo creías así incluso antes de haberte acostado conmigo. Nunca has confiado en mí——dijo con la voz temblorosa por la tensión.

—Claro que confié en ti.

No se podía imaginar hasta que punto quería creerlo. Pero no podía. Se acababa de dar cuenta de que llevaba todo aquel tiempo esperando a que dijera algo para culparla.

—No. Sobre lo último que me preguntaste ayer, después de hacer el amor, fue sobre Damon, lo primero que me preguntaste esta mañana fue sobre Damon y lo que estamos hablando ahora, ídem de ídem. No hace falta ser un genio para darse cuenta de que jamás has confiado en mí.

—Espera un momento —Alex respiró profundamente, como tratando de recuperar el control de la situación. Acababa de darle la vuelta a todo y de conseguir que él se sintiera culpable.

Sophie se dio la vuelta con el caballo.

— ¿A dónde vas?

—De vuelta a casa. ¡Arre! —sin darle tiempo a responder nada más, agitó las riendas y emprendió la carrera en dirección al establo.

Alex la vio alejarse. Se sentía mal. No sabía dónde estaba la verdad y dónde el engaño. Tal vez Sophie tenía razón. ¿Estaba utilizando la casa para mantener el control sobre Damon y Elaine? Creía estar actuando en su beneficio, pero seguramente no tenía motivos para hacerlo. Ellos sabían cuidar de sí mismos. No lo necesitaban.

Elaine conseguiría otro marido rico en cuanto acabara con su fortuna y su hermano…

¿Hermano? Eso sí que era una broma pesada. Damon jamás había querido formar parte de la familia Sinclair. Siempre rechazó la idea de que su padre lo adoptara.

Alex puso el pie en el estribo y montó a Windancer.

Quizás había llegado el momento de aceptar que no tenía una familia. ¿Para qué necesitaba, entonces, una casa familiar?

Sophie metió toda su ropa en la bolsa de lona.

Aunque había tenido tiempo para calmarse, había llegado a la conclusión de que, sin duda, lo mejor que podía hacer era largarse de allí.

La única culpable de todo lo sucedido era ella. No podía salir nada bueno de un montón de mentiras. Damon la había manipulado porque ella se lo había prometido.

A pesar de todo, estaba furiosa con Damon.

Pero lo peor habían sido las acusaciones de Alex. Si la creía capaz de acostarse con él por dinero, no la valoraba en absoluto. ¿Para qué se iba a molestar en convencerlo de lo contrario?

Miró la hora. El taxi llegaría en cinco minutos y prefería esperarlo fuera.

Escribió una nota dando las gracias por la hospitalidad prestada y la dejó junto al teléfono.

Cerró la maleta y salió del dormitorio.

Cuando ya estaba en el corredor, oyó unos pasos.

— ¿Sophie?—Damon levantó una ceja—. ¿Dónde vas?

—Creo que está más que claro.

Le agarró la maleta y la puso sobre el suelo.

— ¿Alex y tú habéis discutido? —parecía realmente preocupado. Pero eso ya no la impresionaría más. Sabía de la capacidad de Damon para fingir. ¡Si lo hubiera sabido antes! Estaba claro que carecía de ningún tipo de capacidad para leer en las mentes de aquella familia, pues Alex también la había engañado. Tal vez eran todos demasiado turbios.

Sophie respiró profundamente y contó hasta diez.

—No sé a qué estáis jugando, pero yo no quiero formar parte de ello ya más.

—Ya te lo dije.

—Sí, claro, me lo dijiste —respondió ella con rabia—. Un montón de mentiras diseñadas para poner en marcha todos los motores que sirvieran a tus objetivos.

— ¿Qué te ha contado?

—Me contó todas las partes de la historia que a ti se te habían olvidado, «querido amigo». Sobre todo aquellas en las que se explican tus motivos.

— ¿Te contó también que controla nuestro dinero como si fuera un dictador del tercer mundo? Necesitamos su permiso para cada centavo que usamos.

— ¡Quizás tu padrastro sabía quién eras demasiado bien! Tienes treinta años no eres capaz de enfrentarte a Alex por ti mismo. Pues

bien, lo estás haciendo mal y no vas a conseguir lo que te propones. Además, creo que has confiado demasiado en mi capacidad de no sé qué muy bien.

Damon sonrió.

—No te creas.

—No lo has engañado. Jugó hasta darse cuenta de cuáles eran tus intenciones —se colocó el bolso al hombro y agarró la maleta—. Consíguete un trabajo, Damon. No va a vender la casa.

— ¿Cómo te vas?

—No te preocupes por eso —de pronto, se rió de medio lado y soltó una carcajada irónica—. ¡Qué digo! se me había olvidado de con quién estaba hablando. Tú única preocupación eres tú.

— ¡Te has enamorado de él! Nunca pensé que llegaría el día en que vería esto.

Sophie levantó la barbilla con orgullo.

— ¿Todavía sigues buscando algo a lo que sacarle partido? Siento decirte que piensa que estoy en el mismo barco que tú. Y de algo estoy convencida, antes de dejarte ganar, nevará en el infierno...

—No estés tan segura de eso.

—Lo estoy. Y me voy antes de hacer más daño.

Le tocó el brazo y ella se soltó rápidamente.

—Lo siento Sophie. Te estimo de verdad.

Ella prefería no pensar que habría sido capaz de no haber sido así.

— ¿Qué lo sientes? Eres un maldito bastardo, cínico y sin escrúpulos.

—Si hubieras crecido siendo el pariente pobre de un niño rico también habrías acabado siendo una cínica.

— ¡Oh! Me conmueve profundamente tu terrible historia —dijo con ironía—. Pero él no es sólo dinero para ti. Estás tan celoso de él que harías cualquier cosa para herirlo, aún a expensas de tus amigos. ¿Por qué no pruebas a madurar un poco? Es tu «hermanastro», como tú sueles decir continuamente con inmenso desprecio. No te debe nada. Todo lo que haga lo hace porque él quiere —comenzó a bajar las escaleras sin mirar atrás—. Que disfrutes de tu vida en El Santuario. Desde luego, si hay una persona adecuada para este lugar, ése eres tú. Eres complemente siniestro.

Sophie salió y cerró la puerta con fuerza. Sacó una pequeña linterna que llevaba en el bolsillo. Llegó hasta la puerta de acceso a la posesiones de los Sinclair.

Después de unos minutos apareció el taxi.

Alex oyó a su madrastra dando órdenes al personal de la casa con la soberbia que ya era habitual en ella.

Era la única noche que habían llegado antes de las doce.

Ya no podía ocurrir nada peor de lo sucedido hasta entonces.

Taciturno y abrumado por los acontecimientos no hacía sino darle vueltas a su historia con Sophie. Ella se había ofrecido a enseñarle a relajarse. Una sonrisa curvó sus labios.

Realmente, era su familia la que le causaba tensión.

—Hola, hermano —lo saludó Damon.

— ¿Qué quieres?

—Lo has estropeado todo con Sophie —Damon se sentó en la silla con una actitud desenfadada.

— ¿No era eso parte del plan?

—No exactamente.

—Piensas que me podría creer nada de lo que me digas.

Damon se encogió de hombros.

—Probablemente no.

Alex miró a su hermano. Estaba encantado con el curso que habían llevado los acontecimientos.

— ¿Que demonios querías sacar con todo esto?

—Quería que supieras lo que es que alguien esté manipulando tu vida. Has visto lo que querías ver, Alex. Estabas tan predispuesto a pensar que ella estaba metida en todo esto, que no te has dado cuenta de lo que realmente ha sucedido.

— ¿Qué ha sucedido?

—Que esa mujer se ha enamorado de ti. No sabía qué estaba haciendo yo. La verdad es que yo planeé que tú fueras el que se enamorara, no ella. Debo decir qué no me siento muy feliz con el resultado. La has herido y mucho.

— ¿Cuándo vas a dejar de intentar hacer daño?

—Tú sabes la respuesta a eso. Alex se levantó impaciente.

— ¿No te molesta utilizar a una amiga? Damon sonrió.

—Tú también la utilizaste. La única diferencia estiba en que yo no me tuve que acostar con ella para sacarle información.

—Yo tampoco —estaba claro que esta vez había ido demasiado lejos.

—Entonces, supongo que estás enamorado de ella.

Alex se aproximó a la ventana y miró al horizonte.

—Eso no es asunto suyo.

—Lo es si quieres volver a verla.

— ¿Qué quieres decir con eso?

—Se ha ido. Ha agarrado un taxi y se ha largado. De eso hace

una hora exactamente.

Alex se volvió hacia él, completamente furioso.

— ¿Le has permitido que se marchara sola?

— Yo no tengo ningún control sobre ella. Tú tampoco. Hace lo que quiere, cuando quiere. Quería irse antes de que empezaras a culparla de todo lo sucedido.

— ¿A dónde se ha ido?

Damon sonrió una vez más.

— ¿Quieres encontrarla? ¿Qué me das a cambio? Alex se aproximó a su hermanastro con una actitud amenazante.

— ¿Es que crees que te voy a permitir que me hagas chantaje?

—No serás capaz de encontrarla sin mi ayuda. No tiene contrato de alquiler de casa, no utiliza tarjetas de crédito, no tiene facturas de televisión por cable, sólo un apartado postal en Nueva York y un contestador comercial —se frotó las manos—. Lo quieras o no, tendrás que negociar conmigo.

—Conozco a alguien que sabrá cómo encontrarla.

— ¿Quién?

— ¿No pensarás que te lo voy a decir? —se dio media vuelta y se dirigió a la puerta—. Por cierto, te quiero fuera de esta casa antes de que vuelva.

—No dirías eso si no tuvieras en mente venderla.

—Cierto. Pero ten en cuenta que podría vendérsela a alguna sociedad benéfica o a una ONG por prácticamente nada. Con eso lograría dejarte sin nada.

Salió de la habitación sin mirar atrás.

Damon se quedó boquiabierto y desconcertado.

En el pasillo, Alex se encontró con su madrastra. Sin duda, había

estado escuchando detrás de la puerta.

—Me marcho mañana a primera hora. Dile a la cocinera que no se preocupe por mi desayuno.

No era una mujer a la que le gustara recibir órdenes. Frunció el ceño y torció el gesto.

— ¿Dónde podría localizarte en caso de emergencia?

¡Emergencia! En el infierno.

—Llama a la oficina.

Tras decir esto, subió las escaleras y se metió en su dormitorio.

De todo lo ocurrido, sólo quedaba en su cabeza Sophie. Seguramente, encontrarla sería sin duda un reto, pero convencerla para que lo escuchara lo sería aún más.

Llevaba tanto tiempo encerrado en aquel lúgubre mundo con su supuesta familia, que se había olvidado de vivir su vida.

Ahora, necesitaba rehacer su relación con el mundo. Quizás había estropeado cualquier posibilidad de compartir algo con Sophie. Pero, de cualquier modo, le debía una disculpa...

Capítulo Nueve

Sophie caminaba por el paseo central, entre la noria, el tiovivo y un par de aparatos escabrosos.

En una mano llevaba algodón dulce. Con la otra saludó a Cecille, la taquillera de ochenta y seis años que aún conservaba toda su lucidez intacta.

Después de treinta y seis horas de autobuses varios, había llegado a la feria.

Cientos de niños entraban ansiosos por disfrutar de lo que, cada año, se les ofrecía.

Aunque ya llevaba una hora allí, aún no había ido a visitar a su madre. Había una cola de quince personas, esperando ante un cartel que anunciaba a la incomparable Nadia y su tarot.

La mitad de los visitantes eran hombres que venían a ver a la hermosa y exótica gitana.

A sus cuarenta y dos años todavía cortaba la respiración a casi todos los hombres que se cruzaban con ella.

Sophie trató de aliviar su atormentada cabeza montándose en los más diversos inventos. Pero siempre prevalecía la imagen insistente de Alex, por muchas vueltas de noria que diese.

Superaría fácilmente lo de Damon, por muy duro que fuera. Pero, ¿y Alex? Lo que le había dado, se lo había dado libremente, a pesar de lo que su instinto le dictaba. Si algo de lo sucedido hubiera significado algo para él, se habría dado cuenta de que ella lo amaba. ¿Cómo podía haber pensado ni un segundo que lo había seducido por dinero?

Suspiró. ¿Cómo se iba a imaginar que la primera vez que le confiaba su corazón a un hombre, la actitud no iba a ser recíproca?

A eso de las diez y media se acercó, por fin, a la tienda de su madre. Retiró la cortina que cubría la entrada y un suave aroma a

incienso de jazmín le llenó los sentidos.

—Ya era hora de que aparecieras por aquí —le dijo su madre, aún de espaldas.

—Estabas muy ocupada. No quería interrumpir.

— ¿Piensas que yo no tengo siempre tiempo para mi niña, cuando sé que viene con el corazón roto? —Natalie se volvió con un aire dramático, se levantó y atravesó la tienda. Agarró el rostro de Sophie y la besó tiernamente en las dos mejillas—.¿Cuántas veces te he dicho que no te enamoraras? ¿Es que nunca vas a escuchar a tu madre?

Sophie se encogió de hombros.

— ¿Qué te dice que me he enamorado?

—Tú. He sentido una profunda tristeza durante unos cuantos días. Sabía que era algo que tenía que ver contigo.

Sophie sabía que no podía negar lo que su madre intuía.

Sí, se había enamorado. ¿Y qué obtenía a cambio? Un golpe en la cabeza.

—No puedo culpar a nadie más que a mí.

—Eres demasiado confiada. Nunca me gustó Damon, desde el primer momento que lo conocí.

Una vez más, su madre la sorprendía.

— ¿Cómo sabes que tiene algo que ver en el asunto?

Natalie agarró a su hija por la cintura.

—Aunque no tuviera un don, lo habría sabido. Cuando me dijiste que ibas a conocer a su familia, ya te advertí de que no era una buena idea.

Sophie se sentó.

—Sí, lo sé. Pero la verdad es que no te escuché. Ahora ya es muy

tarde.

—No puedes fiarte de un payo. Lo único que quieren es encerrarte en una caja. No entienden nuestro modo de vivir.

—Tú modo de vivir, mamá, no el mío. A mí no me importa viajar de un lado a otro de vez en cuando. Pero pasarme la vida en la carretera es otra cosa. Yo no quiero eso tampoco.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

Sophie le contó a su madre todo lo sucedido c Alex en El Santuario, el modo en que éste la había culpado de las manipulaciones de Damon.

—Me encantaría utilizar a esa rata como alimento de las boas de Ursula.

Sophie se rió.

Natalie le acarició la cabeza.

—Todavía te puedes reír. No te preocupes, todo irá bien. Si te quedas unas cuantas semanas con tu mamá...

—No puedo quedarme, tengo que volver este fin de semana.

A pesar de lo confortables que resultaban los brazos de su madre, Sophie se sentía inquieta. Cerró los ojos y una extraña sensación la recorrió, la misma que tenía cuando Alex estaba cerca.

— ¿Qué te sucede?

—Nada.

—Conozco esa mirada, mi niña. Estás... —le apartó el pelo—. Estás embarazada.

—No puede ser —respondió Sophie con absoluta certeza.

Natalie arqueó una ceja.

— ¿No puede ser? ¿Tú y Mex nunca...?

— ¡Mamá!

—Soy tu madre. ¿Es que no te das cuenta de que he estado en esta situación antes que tú?

—Tuve cuidado.

—Yo también, pero resulta que ahora mismo estoy teniendo esta conversación con mi hija... piensa en ello.

—Esta vez estás equivocada.

—Puede ser —murmuró poco convencida.

Sophie no quería ni considerar la posibilidad de que su madre tuviera razón.

Pero, por otro lado, era posible que ese sentimiento de cercanía con Alex se lo diera un pequeño ser que estuviera dentro de ella.

— ¡Estoy agota! —dijo Sophie, sin querer pensar más—. Ha sido un viaje largísimo.

—Puedes descansar en mi caravana. Tengo una cita con un sheriff, pero puedo cancelarla fácil mente si me necesitas.

—No. Me apetece pasar un rato con la gente de la feria —Sophie sonrió—. Además, conozco tu debilidad por los hombres con uniforme.

— ¿Estarás bien?

Sophie asintió y se levantó. De camino hacia la caravana, se detuvo unos instantes ante el barco de vapor. De niña se pasaba horas ahí montada, soñando despierta.

Una suave brisa de verano le refrescó la mejilla. Levantó la vista y se encontró con un cielo repleto de estrellas.

De pronto, todo empezó a girar. Le dolía el estómago y un río de lágrimas recorrió su rostro.

¿Tendría que pagar por una pequeña mentira el resto de su vida?

Alex atravesó la feria. Era de noche y, con la excepción de un hombre que recogía papeles del suelo, no había nadie alrededor.

Desde que había llegado a Kansas City, hacía cinco horas, había estado conduciendo de pueblo en pueblo a la busca y captura de una feria ambulante.

La madre de Sophie tenía que saber dónde vivía. Era su única baza disponible.

Lo que no sabía era lo que le diría cuando la viera.

Con un poco de suerte la increíble Nadia estaría todavía por allí. Desde luego, no tenía muchas ganas de pasarse toda la noche en el coche, esperando a que abrieran la feria al día siguiente.

Al final del caminillo, vio un brillo de luces procedentes de una de las tiendas. Al aproximarse oyó, también, el sonido de vasos.

Sin pensárselo dos veces entró.

Y allí, de espaldas, vio algo que le cortó la respiración. Era una mujer, con el mismo pelo que Sophie, delgada y bien formada. Vestía una falda de múltiples colores y una bufanda de color escarlata.

—Ya he cerrado —dijo antes de volverse. Al girar y ver a su visitante, su sonrisa se iluminó—. Claro, que podría hacer una excepción en su caso.

Sophie no había exagerado. Natalie podía perfectamente parecer su hermana mayor y, como su hija, era una mujer realmente atractiva.

—Necesito su ayuda para encontrar a alguien.

—Siéntese —él empezó a decir algo, pero ella lo interrumpió con un gesto de la mano—. No me diga nada. Me gusta sacar siempre una primera impresión sin saber nada. Me ayuda.

—Seguro que…

—Se lo ruego, déjeme a mí…

Alex decidió no discutir. Si la mujer había hablado ya con su hija, podría no querer decirle absolutamente nada.

Le agarró la mano y siguió sus líneas.

—Está buscando a una mujer, alguien muy especial, ¿verdad?

—Sí —dijo él sin sorprenderse en exceso. Podía haber sido sólo una casualidad.

Miró la palma de su mano con detenimiento. Frotó una de las líneas, como si tratara de borrarla.

— ¡Qué extraño!

— ¿Qué ocurre? —le preguntó.

Lo miró directamente a los ojos. Su sonrisa había sido reemplazada por un gesto grave.

—Viene desde muy lejos y ese viaje lo ha motivado un sentimiento de culpabilidad.

Esta vez no pudo negar la capacidad de aquella mujer. Eso no podía haber sido sólo un golpe de suerte.

—Bueno, no sólo.

Natalie se separó de la mesa.

— ¿Algo más?

—No necesito nada más —las sombras que creaba la luz de la tienda acentuaba el dramatismo de su gesto triste—. Has venido a buscar a Sophie, ¿verdad, Alex?

Se quedó boquiabierto. Estaba claro que Sophie le había hablado a su madre de él, pero eso no explicaba cómo podía haber sabido quién era tan rápidamente.

—Sí, pero ¿cómo...?

—Tenéis la misma línea cruzando la de la vida...

—Me dijo que era usted muy buena...

—Pero no la creíste —el comentario tenía un significado mucho más profundo que el que aparentaba tener—. Te advierto que no te recibirá cálidamente.

—Son palabras de Sophie o una impresión personal.

La mujer se rió sonoramente.

—Las dos cosas. Me contó lo que había ocurrido.

—Tu error fue confiar en tu cabeza en lugar de en tu corazón.

—Lo sé y tengo intenciones de rectificar. Natalie se levantó.

— ¿Piensas que te será tan fácil? Los gitanos amamos apasionadamente pero no perdonamos con facilidad. Seguramente nuestro rencor es mucho más intenso que nuestro amor.

—Necesito hablar con ella. ¿Me daría su dirección?

Natalie se quedó pensativa.

Por supuesto que Alex comprendía a la perfección su necesidad de proteger a Sophie, pero no estaba dispuesto a perder.

—Te daré su dirección, pero, no te va a servir de nada pues esta aquí. Ha venido a visitarme

Alivio, un gran alivio fue lo que él sintió. Estaba allí. Tal vez habría necesitado otro día para componer lo que debía decirle, pero era un peligro. Con la extraña habilidad que Sophie tenía para intuir su presencia, podía salir huyendo. No estaba dispuesto a correr ningún riesgo innecesario.

— ¿Dónde está?

—O en mi caravana o entorno al fuego, con unos amigos. Les gusta juntarse allí después del trabajo.

— ¿Va usted hacia allí?

—No. Tengo una cita.

El se levantó y le tendió la mano.

—Gracias por su ayuda.

Natalie lo miró con una curiosa sonrisa.

—Yo no te he ayudado, Alex. Sabes demasiado bien lo que hacer por ti mismo...

Sophie comenzó a tocar la caja y a marcarle el ritmo a la guitarra. Una música hipnótica resonaba bajo las estrellas. Era la nana Romaní que tantas veces había escuchado Sophie durante su infancia.

La hoguera crujió al prender uno de los troncos más grandes.

Sophie se quedó absorta en el agitar de sus llamas.

No podía disfrutar de la fiesta por mucho que quisiera estar con amigos. Seguramente el cansancio le estaba jugando una mala pasada, eso era todo.

Lo que necesitaba era una ducha caliente y un colchón, no necesariamente en ese orden.

Se levantó, se despidió de todos y dio las buenas noches.

La luna llena iluminaba la carretera que conducía a las caravanas. A lo lejos, vio la silueta de un hombre. ¡Vaya! Parecía que buscaban a su madre.

Pero, al acercarse, sintió el aroma de Obsession. Se quedó paralizada. ¿Por qué estaba tan sorprendida? Había sentido su presencia durante una hora. Se tocó el estómago. Le dolía. Debería haberse sentido aliviado, sin embargo, lo que sentía era vacío.

— ¿Que estás haciendo aquí?

—Hola, Sophie —Alex salió de entre las sombras. Se metió las manos en los bolsillos del pantalón y se encogió de hombros, como un niño al que hubieran pillado haciendo una travesura.

—Estoy muy cansada.

—Necesitamos hablar.

— ¿Para qué? No me dijiste todo lo que tenías que decir la última vez que hablamos.

—Te debo una disculpa.

Sophie se rió con amargura. Echó a andar sin mirarlo a la cara. Se sentía mal, dolida y necia. No se sentía capaz de hablar con él de un modo tranquilo y racional. ¿Racional? ¿Es que había habido algo racional en su relación con Alex en ningún momento?

— ¿Como me has encontrado?

—Un amigo me ayudó a buscar la feria.

—Bueno, pues gracias por la visita. Perdona, pero no tengo tiempo ahora mismo de quedarme a charlar.

—Te he pedido disculpas.

Ella se detuvo en seco y se volvió llena de rabia.

—No, no me has pedido disculpas. En un gesto típicamente masculino me has dicho que me debías una disculpa, del mismo modo que me podrías deber un par de dólares. Pues bien, no las quiero. No me debes nada, todo fue gratis. Buenas noches me voy a dormir.

Alex no respondió. Menos mal, porque ella no tenía ánimos para discutir.

Sophie se dirigió directamente a la caravana subió las escaleras y abrió la puerta. Cuando ya estaba dentro oyó ruidos en el pequeño tejadillo de aluminio que había fuera. Asomó la cabeza.

— ¿Qué se supone que haces ahí?

—Necesito algún sitio para dormir. Supongo que éste es un buen lugar.

—Te devorarán los mosquitos. ¿Por qué no regresas a tu Santuario?

El sonrió.

—Un buen golpe bajo. Pero no me doy por vencido. No me marcharé hasta que no hablemos.

No estaba dispuesta a que le hiciera chantaje emocional.

—Allá tú. Que duermas bien.

Se metió para dentro y se sentó en el sillón. Rasputín, el gato de su madre, vino rápidamente a restregarse contra sus piernas.

¿Qué demonios quería Alex? Se negaba a pensar que sintiera remordimiento alguno. Eso implicaría algo más profundo en su corazón.

Grandes gotas de agua comenzaron a resonar fuera. La lluvia golpeaba los cristales.

Alex comenzó a silbar Cantando bajo la lluvia.

—I'm singing in the ram... —continuó tarareando. Sophie no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer. No se iba a sentir culpable.

Apoyó la cabeza sobre el respaldo y cerró los ojos. El insistente sonido de la lluvia perseveraba en su intento de lograr su compasión.

Finalmente, se levantó y abrió la puerta.

Alex estaba sentado en los escalones y trataba de protegerse de la lluvia a toda costa, pero sin demasiado éxito.

—Entra. Puedes dormir aquí.

— ¿Estas seguro de que a tu madre no le importará?

— ¡Cómo si realmente le importara! Sabía de sobre que ella lo iba a dejar pasar de todos modos.

—Lo habrá leído en las cartas.

Sophie miró al cielo y se dio cuenta de que no era un temporal. Quizás debería haber esperado un poco más antes de sucumbir a la tentación de invitarlo a entrar.

—Gracias —dijo él y, sin esperar más, entró. No quería darle opción a que cambiara de opinión.

El roce de su cuerpo masculino provocó en Sophie la reacción esperada. Ella cruzó los brazos para contener mejor su emoción.

—El sofá está en un estado lamentable y tiene un muelle salido.

—Suena muy bien.

—No opinarás lo mismo cuando Rasputín trate de echarte de su cama.

—Asumo que Rasputín es un gato. — Ella se rió.

—Un inofensivo y dulce gatito.

Alex miró de arriba abajo el pequeño espacio.

Tenía dos partes: un pequeño salón y una habitación separada por una cortina.

—Ahora vuelvo —dijo Sophie y cerró la cortina.

Al sentarse en el sofá, lo que él creía ser un cojín de piel de leopardo comenzó a removerse.

El dulce gatito resultó ser un ocelote adulto al que no le había parecido oportuno que lo desplazaran de su cama

—Mira, no es culpa mía Si tienes alguna queja dísela a Sophie.

Ella salió de nuevo de detrás de la cortina.

—Si no te gusta el sitio, puedes marcharte.

— No soy yo el que se está quejando, es Rasputín.

—El puede dormir conmigo —agarró al felino y comenzó a

acariciarle la cabeza.

—¡Que suerte tienen algunos! Ten cuidado no te dé un zarpazo.

Ella lo miró intensamente.

—Confío en él —se dio media vuelta y se metió de nuevo en el dormitorio.

Sin embargo, ya no confiaba en él. No podía culparla. Se consideraba a afortunado por haberlo permitido entrar.

Se tumbó en el sofá y trató de buscar una postura en la que el muelle no le atravesara la tripa. Por fin encontró una postura medio cómoda.

Pero, a pesar de todo, no podía dormir. Aunque sólo había una ligera cortina que los separaba, Sophie había levantado un muro insondable.

Sólo cabía una duda: ¿Estaba realmente tan enfadada como quería hacerle creer a él?

Capítulo Diez

Alex abrió los ojos somnolientos y vio a Sophie en la cocina. Estaba de pie, junto al fregadero.

Llevaba puestos unos pantalones cortos que le marcaban los glúteos apretados y una camisa blanca anudada a la cintura.

—Buenos días —dijo él.

Ella se limitó a responder con un incomprensible sonido gutural. No estaba de mejor humor que la noche anterior.

Alex se estiró.

— ¿Qué haces?

La silenciosa respuesta tuvo pronto forma de taza de café humeante. Lo ignoraba.

El se levantó con el café en la mano y se unió a ella en la cocina. Deliberadamente, se colocó más cerca de lo que la tensión de la situación parecía requerir.

Muy pronto, su olor lo transportó a días mejores.

—No podrás ignorarme eternamente —le murmuró al oído.

Ella se apartó.

— ¿Hacemos una apuesta?

—Lo ves. Ya me has respondido, eso quiere decir que te has dado cuenta de que estoy aquí.

Sophie echó la cuchara dentro del fregadero con desprecio.

—No puedo enfrentarme a esta situación en este momento preciso.

—No lo hagas. Te invito a desayunar.

— ¡Eres tú lo que me impide enfrentarme a esta situación! —se enfrentó a él—. ¿Qué te ha hecho venir hasta aquí?

—Necesitaba aclarar una serie de cosas. Tuve una interesante charla con Damon.

Ella lo cortó.

—No tengo interés alguno en discutir nada de lo relativo a tu hermano.

—No es mi hermano.

Ella se quedó en silencio unos segundos y bajó l cabeza.

—Lo siento.

Alex se quedó desconcertado ante aquella expresión. Todavía tenía la capacidad de preocuparse por lo que pudiera suceder entre Damon y él.

— ¿Por qué?

—Porque antes de que apareciera yo sí era tu hermano.

Alex la agarró de la barbilla y dejó la mano sobre su mejilla.

—No, nunca lo fue desde su punto de vista.

— Esta celoso.

—Pero ha ido demasiado lejos. Me odia.

—Ese no es tu problema, sino el suyo.

—No estoy de acuerdo —dijo él—. Yo sabía de lo que era capaz y le permití que me manipulara.

Sophie volvió a sentir una bocanada de resentimiento.

—Tú quisiste creer lo peor sobre mí. No puedo luchar contra eso —se apartó bruscamente.

Alex trató de sujetarla, pero ella se desprendió de su mano.

— ¿Crees que estás siendo realmente justa, Sophie?

Lo miró con una llama de ira.

— ¡Claro! No dejes de recordarme que yo fui la primera en mentir. La diferencia es que yo jamás quise hacerte daño.

—No me refería a eso —dijo él con frustración—. Quería decir que a ti también logró engañarte Damon.

—Sólo hasta donde yo quise que me engañara. —El frunció el ceño.

— ¿Y por qué querías que te engañara?— Ella apartó la mirada.

—Eso ya no importa.

—Yo creo que sí.

Sophie se encogió de hombros, indiferente ante su necesidad. ¿Cómo podía explicar algo que ni si quiera ella entendía realmente? La primera vez que descubrió que Damon había mentido, debería haber salido de aquella casa y no haber vuelto. Sin embargo, había querido una excusa para permanecer en El Santuario.

—Los dos hemos jugado un papel en la obra y la representación ya se ha acabado.

—No creo que sea eso.

— ¿No es de eso de lo que me acusas?

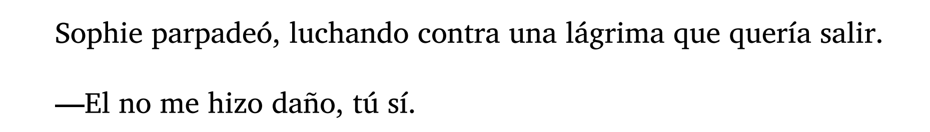
El se acercó a ella y la acorraló en una esquina.

—Eso fue antes de que tuviera la información completa.

Ella se puso en jarras.

— ¿Y cuál es esa información?

—Que el resentimiento y el odio de Damon son tan grandes que ha sido capaz de herirte a ti para herirme a mí.



Sophie parpadeó, luchando contra una lágrima que quería salir.

—El no me hizo daño, tú sí.

—Lo sé, pero necesito una oportunidad para enmendar ese mal.

— ¿Por qué? ¿Porque te recuerdo a Marie?

Alex arrugó el ceño.

—Si me recordaras a ella, no estaría aquí.

—Sin embargo, estuviste a punto de casarte con ella.

—Fue un error.

— ¿No la querías? —necesitaba saberlo. Desde que Alex le había contado cómo se parecían, había sido incapaz de quitarse de la cabeza que todavía quería a su ex—prometida.

—Me gustaba la idea de tener una familia estable. Después de la muerte de mi padre, todo empezó a derrumbarse. De algún modo, creí que si me casaba, todo volvería a su sitio. Parecían llevarse tan bien Damon y ella…, tiene gracia —Alex apretó los puños—. No me di cuenta de lo que estaba sucediendo hasta que un día, al volver pronto de trabajar, me los encontré juntos.

— ¿Qué hiciste?

—La verdad es que me eché a reír. Marie no dejaba de preguntarle a Damon si obtendría su dinero a pesar de todo. Damon trataba, desesperadamente, de que ella se callara. Fue bastante cómico. Supongo que no la amaba puesto que no sufrí por lo sucedido. Me dolió mucho más lo que Damon me había hecho.

Se acercó a ella para que notara aún más su presencia.

Sophie notó que el corazón se le aceleraba. Estaba claro que su cabeza no podía controlar su cuerpo.

— ¿Qué me dices? ¿Podríamos intentarlo de nuevo?

— ¿Qué te hace pensar que quiera volver a verte en mi vida? —

lo retó. Su confesión no cambiaba el hecho de que no hubiera confiado en ella.

Alex sonrió.

—Me has dejado dormir aquí esta noche.

Ella se ruborizó de rabia.

—Sólo porque creí que iba a llover.

—Así es que te importaba que me mojara.

—No.

— ¿Querías compañía? —Lo miró con ira.

— ¿Qué quieres?

—Hubo algo especial entre nosotros. —Sophie abrió los ojos desconcertada.

—Perdona, ¿estuviste allí? Fue sexo, nada más. No había confianza, ni compromiso, ni emoción. No veo que puede haber de especial en todo eso.

—Ni tú ni yo nos creemos eso, ¿verdad? Por supuesto que ella había sentido a Alex. Pero su concepto de lo que significaba algo especial no correspondía con lo que pensaba Mex. Al menos, eso es lo que dijeron sus acciones.

En cualquier caso, no estaba dispuesta a discutir sobre aquello. Estaba confusa y no podía plantearse ninguna decisión sobre el futuro de su relación.

—No me hagas esto, Alex.

—Sólo te estoy pidiendo una oportunidad.

— ¿Para qué? Ni siquiera vivimos en el mismo estado.

Esa no era una excusa.

— Stamford está a una hora de la ciudad. ¿Algún otro

inconveniente?

—Estoy furiosa contigo.

—Lo sé —dijo él—. Y tu madre me avisó de que los gitanos sois muy rencorosos.

— ¿Por qué no le hiciste caso?

El se inclinó sobre ella hasta que sus labios casi se rozaban. —

—Porque tenemos una línea común que atraviesa nuestra línea de la vida.

—Mi madre le dice a sus clientes lo que quieren oír.

—Yo no era un cliente. Vamos Sophie. Nuestro punto de partida ha sido muy doloroso, pero eso no significa que tenga que seguir siéndolo.

—Me lo pensaré —dijo ella. Le puso las manos sobre los hombros y lo empujó.

Su voluntad flaqueaba cuando lo tenía cerca y no se lo podía permitir.

Alex sonrió a pesar de sus esfuerzos por disimular su alegría.

— ¿Podemos vernos esta tarde?

—No, yo no puedo. Me voy a pasar la tarde haciendo retratos a la gente —se acerco a la cocina y apagó el fuego.

— ¿Esta noche? —preguntó él.

Ella se encogió de hombros en un gesto de indiferencia.

—Ya veremos.

Alex ya estaba en la puerta. Antes de salir se volvió.

—Te recogeré a las seis.

—Todavía no he dicho que sí.

—Pero tampoco has dicho que no.

Aquella confianza en sí mismo estaba muy cerca de la arrogancia. Salió de la caravana con una carcajada ligera y juguetona.

Por supuesto que no había dicho que no. Por que no podía.

Sophie dejó el cuaderno de dibujo sobre la silla y se vació los bolsillos de monedas.

Había hecho ocho retratos y veintidós caricaturas, bastante para una sola tarde. Le había venido muy bien mantenerse ocupada, eso le impedía pensar en quien no debía.

No es que se hubiera podido escapar totalmente del influjo. Había sentido su presencia muy intensamente un par de veces al menos.

Cuando se estaba cambiando para la cita, Natalie apareció, precedida por el sonido de su abundante bisutería.

Se quitó la bata roja de trabajo y la puso sobre la lámpara.

— ¿Esta él aquí? —susurró. Sophie dijo que no con la cabeza.

— ¿Qué tal tu cita? Natalie suspiró.

— ¡Extraordinaria! Y por suerte para ti, sino podría haber aparecido por aquí.

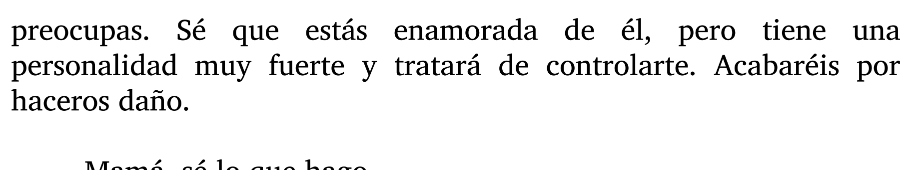
—Lo único que te habrías encontrado era a un hombre durmiendo en tu sofá… solo.

—No conseguí nada cuando vino a verme. Le advertí del riesgo, pero… Lo he sentido por la feria todo el día. No me harías caso si te dijera que te apartaras de él, ¿verdad?

Sophie se puso una minifalda negra.

— ¿Por qué le dijiste dónde encontrarme?

—Porque ya te había encontrado. Ten cuidado mi niña, me


preocupas. Sé que estás enamorada de él, pero tiene una personalidad muy fuerte y tratará de controlarte. Acabaréis por haceros daño.

—Mamá, sé lo que hago.

Natalie posó la mano sobre el vientre de su hija.

—Yo no estoy tan segura.

—Te equivocas respecto a eso.

—Si tú lo dices. De cualquier forma, quiero que sepas que saldré de nuevo esta noche.

Sophie levantó la ceja sorprendida.

—Dos noches con el mismo empieza a sonarme como algo muy serio. Creo que eres tú la que tiene que cuidarse.

—Somos viejos amigos. Lo veo cada vez que vengo por esta parte del país.

—Interesante. ¿Cómo es que nunca me habías hablado de él?

Natalie le colocó el cuello de la blusa.

—No estamos hablando ahora de mi vida sentimental. Fuiste tú la que vino hasta aquí con el corazón partido.

—No vine por eso. Ya te había dicho que vendría a verte.

Natalie besó a su hija.

—Bueno, sé que no me vas a escuchar.

—Sólo voy a cenar con él.

—De acuerdo, de acuerdo. Comete tus propios errores. Estaré aquí cuando me necesites otra vez. Sophie frunció el ceño.

La verdad era que su madre no se había equivocado nunca. ¿Sería verdad que estaba cometiendo el mayor error de su vida?

Un golpe en la puerta le dijo que ya era demasiado tarde para echarse atrás. Alex había venido a buscarla.

Alex aparcó el coche en el aparcamiento del hotel.

Sophie no había abierto la boca en los quince minutos que llevaban de trayecto. Estaba claro que pensaba seguir castigándolo.

— ¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó ella en cuanto él apagó el motor.

—Vamos a cenar.

— ¿En un hotel? —lo miró con el ceño fruncido. Tenía una extraña mueca, una mezcla de enfado y humor—. Si lo que esperas es obtener algo más que comida, me temo que te vas a quedar con hambre.

—Quería un lugar en el que pudiéramos hablar tranquilamente. No va a ocurrir nada a menos que tú así lo quieras.

—Pierde toda esperanza.

El se rió, salió del coche y se dirigió al lado del copiloto para abrirle la puerta a Sophie.

Sabía que, si se lo proponía, podía conseguir lo que quería. Ella reaccionaba de inmediato a su tacto, con una pasión que le resultaba muy difícil controlar.

Sin embargo, sabía que la próxima vez que estuvieran juntos debía de ser ella la que marcara. Ella necesitaba su confianza mucho más allá, quería su corazón.

La agarró suavemente de la mano y la ayudó a salir del coche.

Con la calidez de su cuerpo cerca, empezó a dudar de su capacidad de mantener las distancias.

Eso sí que iba a ser un verdadero gesto de caballerosidad.

Alex le sirvió una copa de champán y se la dio.

Ella se recostó sobre el respaldo y dio un sorbo. Las burbujas le

subieron por la nariz y el líquido le suavizó la garganta.

Miró de un lado a otro de la gran suite. Por suerte, había una puerta que separaba aquella pequeña estancia. Le habría resultado muy difícil estar en la misma habitación con Alex y una gigantesca cama de matrimonio.

El se sentó a su lado. El calor de su cuerpo la envolvía a pesar del aire acondicionado. La sensación que tenía en la cabeza no estaba relacionada con el champán, sino con la compañía.

Sin duda, el haber aceptado una cena con él en la habitación de un hotel no había sido una buena idea.

Si seguía así ya se habría desnudado antes de que la comida hubiera llegado.

Ella miraba insistentemente.

— ¿Querías hablar? —le recordó ella, como la única vía de escape.

—Directa al grano.

—Ya hemos perdido demasiado el tiempo en juegos tontos. Y, como yo soy la primera culpable de eso, también soy la primera en querer enmendar el error.

—No estoy de acuerdo en lo de culpable pero sí en dejarnos de jueguecitos —dio un sorbo de champán y dejó la copa sobre la mesa —. Quiero que te vengas a Stamford conmigo

—No pueda tener más vacaciones. Debo volver al trabajo.

—Me refiero a que te vengas a vivir conmigo. Trabajas desde casa. Puedes poner tu oficina en mi casa. Es muy grande.

Ella se quedó literalmente boquiabierta. Tenía que admitir que, en más de una ocasión, había soñado con que el mostrara un cierto grado de compromiso, pero más en la línea de verse todos los sábados por la noche. De todas las cosas que se hubiera esperado escuchar, aquella era la única en la que no había pensado.

— ¡Madre mía! ¡Eso sí que es ir directo al grano!

—Quería que fuera completamente honesto en mis intenciones.

—Quería tu confianza —se quedó pensativa, sin poder evitar un nervioso movimiento de la mano, que ponía en danza las monedas de su pulsera—. ¿Por qué?

—La confianza no es algo que surge porqué sí.

Tiene que construirse a partir de algo. Creo que si pasamos tiempo juntos, es el mejor modo de llegar a tener esa confianza.

Su punto de vista era lógico, pero lo que ella necesitaba era una respuesta más emocional. ¿Qué era lo que lo impulsaba a hacer esa petición? ¿Deseo o la necesidad de controlar a alguien?

Nunca había sentido aquello por nadie. Pero vivir con él era algo diferente.

—No soy una buena compañera de piso. Me gusta ser independiente.

—No te estoy ofreciendo una condena en una cárcel.

—Ya, pero muy pronto empezarás a decirme qué me tengo que poner, a qué hora tengo que llegar a casa, con quien puedo o no puedo salir...

El se rió.

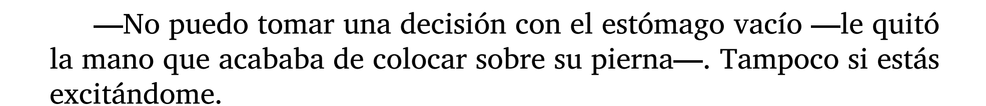
—Sophie...

— ¿No piensas que podríamos empezar un poco más despacio? Podríamos salir juntos, incluso hacer algún viaje juntos, de ésos en que se agarra un coche y un mapa. Si sobrevivimos podremos plantear nos algo más.

— ¿Es eso lo que tú quieres?

—No lo sé —se apartó un mechón de pelo de la cara—. ¿Dónde está nuestra cena?

—Estás cambiando de tema.



—No puedo tomar una decisión con el estómago vacío —le quitó la mano que acababa de colocar sobre su pierna—. Tampoco si estás excitándome.

—Perdón —de él sin mucho convencimiento.

—Deberías pensarte dos veces lo que me estás pidiendo.

—Ya lo he hecho.

— ¿Durante cuánto tiempo? Hace dos días parecía que no querías volver a verme en tu vida.

Alex se acercó más a ella. Deslizó la mano por el interior de su muslo. Sophie estaba perdiendo toda su voluntad de mantenerse fría y analítica.

Lo único que tenía que hacer era decir que no. El le había asegurado que ella decidiría. Pero, por algún motivo, no podía apartarse.

En lugar de eso, se acercó a él y lo besó. El efecto fue demoledor.

Por suerte, alguien llamó a la puerta en ese mismo instante.

— ¡Salvada! —murmuró ella. El se rió.

— ¿Es que necesitabas que te salvaran? Ella respiró profundamente.

—Eres un hombre peligroso.

— ¿Y eso?

«Porque estoy perdidamente enamorada de ti», pensó Sophie, pero no estaba dispuesta a admitirlo ante él.

Después de todo no le había ofrecido nada más que un techo, un acuerdo que podría acabar en el momento en que él quisiera. Le daba el control absoluto sobre la relación. Le estaba pidiendo que confiara en él sin ofrecer lo mismo a cambio.

—Será mejor que abras la puerta. La comida fría no sabe igual.

Capítulo Once

Durante la cena, Sophie a penas si comió.

Normalmente, él no le habría dado importancia, pero hasta entonces, jamás se había mostrado tímida comiendo con él.

Había hecho la oferta demasiado pronto. Y es que la paciencia no había sido nunca una de sus virtudes.

Pensó sobre la conversación.

El no quería citas esporádicas y salidas nocturnas como remedio a sus sentimientos por ella. Por otro lado, Sophie no parecía muy dispuesta a aceptar un compromiso más profundo. Desde su punto de vista, vivir juntos parecía el término medio adecuado. Pero, a juzgar por su silencio, no había sido la propuesta adecuada.

— ¿Te ocurre algo? —preguntó él.

—No. Me he comido dos perritos calientes a medio día y todavía los tengo en la boca del estómago —se tocó el vientre.

—Pensé que quizás había otra cosa que te preocupaba.

Sophie dejó la servilleta sobre la mesa.

A pesar de lo pronto que era, estaba muy cansada. Se levantó al mismo tiempo que él.

—Lo mejor será que me vaya.

— ¿Por qué? —le noche no estaba saliendo como él había esperado.

El la tomó de la mano.

—Porque no puedo tomar una decisión tan importante basándome sólo en un deseo sexual.

— ¿Quién ha dicho que esto es sólo Sexo? Ella alzó las cejas

confusa.

— ¿Entonces?

¿Es que ella pensaba que lo único que había entre ellos era sexo? O peor, ¿es que pensaba que eso era lo único que quería de ella?

—Puedes dormir aquí.

Sophie se rió nerviosamente.

— ¡Cómo si pudiera ser capaz de dormir contigo al lado!

Él sonrió.

—Si no te fías de ti misma, lo comprendo...

Le puso las manos sobre el torso y lo distanció.

—No trates de invertir los términos...

Deslizó la mano por el brazo de ella y le agarró los codos.

— ¿Preferirías un método más persuasivo?

— ¿Por qué, simplemente no intentas pedirme que me quede?

—Te lo he pedido.

—No. Sólo me has preguntado porqué me iba.

El hizo un gesto de desesperación.

—De acuerdo. ¿Te quieres quedar conmigo?

—Tú propuesta era que empezáramos de nuevo. Nunca me acuesto con un hombre en la primera cita.

—Sólo quiero tenerte cerca, nada más.

Ella se quedó en silencio durante un largo rato, respiró profundamente.

—De acuerdo, pero sólo en alas de un experimento científico.

Quiero decir, si voy a plantearme la posibilidad de vivir contigo, tendré que habituarme a tus ronquidos y a luchar por las sábanas.

Alex exhaló con fuerza.

—Siempre tienes una respuesta inteligente y apropiada para evitar afrontar lo que no quieres. No puedes admitir que te quieres quedar.

La sonrisa enigmática de aquellos ojos verdes era lo más endurecedor y atractivo que había visto jamás.

—Creo que, después de todo, acabaré de cenar.

Puede que hubiera conseguido una victoria parcial. Pero todavía quedaban muchas tortuosas batallas por ganar.

A pesar de todo, no tenía el convencimiento de que aquella hermosa y apasionada gitana fuera capaz de echar raíces jamás.

Sophie metió sus cosas en la bolsa de lona. ¿Qué estaba haciendo? Estaba confusa y perdida.

La noche anterior, Alex había cumplido su palabra, lo que le había provocado una profunda frustración. En más de una ocasión se había restregado contra él con la esperanza de obtener algo.

El había respondido, pero no había tratado de aliviar, en ningún momento, su excitación. Admiraba su voluntad, sobre todo porque ella no tenía ninguna.

Se sentó en una silla de la cocina. Tenía que admitirlo de una vez por todas: jamás sería capaz de decirle que no. Quería decirle que sí. Pero, también sabía que no podría funcionar jamás. Eran demasiado diferentes. ¿Cuánto tiempo pasaría antes de que empezaran a echarse en cara cosas?

Por muchas razones, debía alejarse. También sabía que, en el instante en que él se aproximara ya no tendría capacidad de análisis. El poder que ejercía sobre ella a veces era demasiado poderoso.

Pensó en mirar el tarot, ver lo que el futuro le deparaba. Decidió que no. Independientemente de lo que estuviera escrito, haría lo

que había decidido.

Alex anduvo por el caminillo de tierra. Ya estaban recogiendo la feria. Muy pronto aquello no sería sino un recuerdo pasado.

Entró en la tienda de Natalie, donde había quedado con Sophie.

La adivina estaba metiendo toda su parafernalia en un gran baúl de madera.

—Te llevas a Sophie.

— ¿Se lo ha contado?

—No.

Alex ya había dejado de preguntarse cómo aquella mujer lo sabía todo. Simplemente ocurría.

—No le parece bien.

—Es mayor. No necesita mi permiso para hacer lo que cree oportuno. Ha tomado una decisión.

— ¿Es eso una advertencia?

Se volvió y se sentó sobre el baúl, con los brazos cruzados.

— ¿Te lo parece?

—No le gusto, ¿verdad?

—Muy al contrario, Alex. Me pareces un hombre estupendo, pero no estoy segura de que seas adecuado para mi hija. Necesitas controlar a la gente y ella necesita ser libre.

Sophie había aceptado la propuesta. Obviamente, estaba dispuesta a darle una oportunidad.

—Oyéndola a usted parece realmente que la voy a encerrar.

Natalie se retiró el pelo de la cara.

—No intencionalmente. Pero hay muchos tipos de prisión. Alex,

tú has vivido en muchas, algunas sin darte cuenta de que lo eran.

Era cierto. Sus palabras le habían traído a la memoria tantas prisiones, tantas cadenas en su vida, algunas impuestas desde fuera, otras impuestas por él mismo.

Pero había aprendido de su pasado y estaba dispuesto a darle a Sophie la libertad que necesitaba.

—Nada va a cambiar más allá de su dirección.

—Siempre que le des espacio para respirar...

—Lo tendré siempre en cuenta.

—Mejor que lo hagas. Puede que no haya sido siempre la mejor madre del mundo, pero si alguien le hace daño a mi pequeña, lo paga.

El sonrió.

—Todo irá bien.

—Siempre que nos entendamos...

— ¿Qué tipo de entendimiento tenéis? —preguntó Sophie al entrar en la tienda.

— ¿Ya tienes el equipaje hecho?

Sophie hizo un gesto dolorido.

— ¿Es que ya te quieres librar de mí? ¿Tienes otra cita?

Natalie dijo que no con la cabeza y le puso a su hija un amuleto en la mano.

—Para que tengas un viaje seguro. Llama a tu abuela en cuanto llegues y dale tú número de teléfono. Te llamaré el lunes.

Alex se dio la vuelta. Se sentía un intruso.

Las dos mujeres querían despedirse a solas.

A pesar de lo poco ortodoxo de su forma de vida, Natalie quería a su única hija y quería lo mejor para ella.

Sophie recorrió lentamente el salón. Tenía una decoración moderna, algo fría.

Se arrodilló sobre el sofá de piel para mirar por la ventana. Se veía la bahía Long Island. El estómago se le encogió.

Habría preferido haber ido antes a su apartamento, aunque sólo hubiera sido para pasar unas cuantas horas en un entorno familiar. Estaba muy nerviosa.

¿Por qué quería que viviera con él? La primera respuesta había sido la necesidad de cercanía para construir confianza. Eso también podía decir que no confiaba en ella y la quería cerca.

Si empezaba a pensar siempre en lo peor acabaría por obtenerlo.

Alex dejó las llaves sobre la mesa. Lo vio reflejado en el cristal Su calida sonrisa la tranquilizo

Aunque, en realidad, ése era el problema: cada vez que la veía cerca se olvidaba de todo.

—Bienvenida a casa.

—Tardaré en considerar ésta como mi casa —si es que alguna vez lo llegaba a conseguir.

—Dale tiempo —se aproximó a ella y le rodeó la cintura—. ¿Por qué estás tan tensa?

—No lo estoy —no el tipo de tensión a que se refería él. Lo deseaba, todo su cuerpo ardía de deseo, más de lo que quería admitir.

— ¿Quieres ver el resto de la casa?

Habría preferido que le hubiera enseñado directamente el dormitorio, pero no iba a ser capaz de decirlo.

—De acuerdo.

Ella trató de soltarse y él la agarró con más fuerza.

—Cuando quieras hacer algo, hazlo. No tienes que pedir permiso. Vives aquí —hizo una pausa—. ¿Qué estarías haciendo ahora mismo en tu apartamento?

—Depende —se relajó sobre su sólido torso—. ¿Contigo o sin ti?

—Estoy aquí.

—Bueno, no estaría perdiendo el tiempo con preguntas hipotéticas.

Alex sonrió y le acarició la mejilla.

— ¿Qué quieres decir?

Sophie cerró los ojos y suspiró.

—Me vas a obligar a pedírtelo...

—Sí.

— ¿Y si no lo hago?

—Podemos pasar otra noche como la de ayer: tú intentando excitarme y yo fingiendo que dormía.

Sophie se ruborizó. Alex era demasiado listo y demasiado sexy.

La agarró con firmeza de la cintura, se dio impulso y, juntos, cayeron sobre el sofá.

Se enzarzaron en un apasionado subir de camisetas y roces provocadores.

Alex deslizó la mano sobre sus pechos, pero al tocar el pezón ella saltó.

— ¿Estas bien?

—No lo sé. Supongo que tengo la piel un poco irritada ahí.

Continuó acariciándola pero más suavemente. Muy pronto la molestia se convirtió en placer.

—Dime qué quieres, Sophie.

Dejó a un lado sus reservas y confesó su objeto de deseo.

—Tú —susurró ella—. Te quiero a ti.

— ¿Has visto qué fácil?

Alex no podía ni imaginarse cuánto le había costado admitir eso. Introdujo la mano por el elástico del pantalón y encontró su cálida humedad. Su tacto era pura magia. Ella guiaba su mano con insistente vehemencia.

—Impaciente —le dijo él—. Quizás debería ir un poco mas despacio

—No pares —le rogó ella.

Le acarició la oreja con los labios.

—Me encanta cuando te pones así.

—Pues entonces, ¿a qué esperas para desnudarte?

Alex sonrió.

—Aquí o en la habitación.

—Aquí.

Antes de hacer caso a sus peticiones depositó un beso en sus labios.

Después, se quitó la camisa y la despojó a ella de todo.

—Tus vaqueros.

—Tranquila. Cada cosa a su tiempo.

Recorrió las líneas de su cuerpo y disfrutó de su sabor, de su tacto, de su aroma.

Para Sophie ya habían desaparecido todas las barreras que los separaban.

Incapaz de soportar más aquella tortura, comenzó a bajarle la cremallera de los pantalones.

—No más juegos, Alex.

Alex escuchó el sonido confuso de aquel susurro. No había juegos para él. La quería allí eterna mente.

—Sophie…

Sophie enredó las piernas alrededor de su cintura y lo hizo suyo. El balanceo creció de cero a cien hasta que juntos alcanzaron el paraíso.

El tiempo se había detenido y lo único que importaba era aquella mujer que gritaba su nombre.

Capítulo Doce

Sophie abrió los ojos y miró al techo.

A pesar de llevar diez horas durmiendo, todavía se sentía cansada.

Por suerte, Alex ya se había ido a trabajar. No tendría que aguantar un día más su mal despertar.

Sophie pensaba que su estado de ánimo se debía al aburrimiento. Cuatro días a la semana tenían a alguien que limpiaba la casa y, casi siempre, comían fuera.

Tenía la sensación de ser la mantenida de un hombre rico, nada que ver con lo que ella había considerado siempre que debía de ser su relación.

Alex no había hecho ningún comentario sobre sus cambios de personalidad. Por el contrario, siempre era agradable y considerado. Aparentemente, había logrado dominar su necesidad de control sobre los demás de un modo milagroso. Tanto que era difícil de creer. La realidad era que Alex no había cambiado. Lo único que estaba haciendo era interpretar un papel.

Pero, después de todo, ella estaba haciendo lo mismo.

Todas aquellas bonitas palabras sobre mantener su independencia, etc., etc., no habían significado nada.

Se levantó de la cama y se dirigió a la cocina. Abrió la secadora y sacó sus pantalones.

Le dolían todos los músculos. La noche anterior, se había pasado tres horas bajo la lluvia. Esperaba que Alex le hubiera dicho que no, pero no fue así.

Cuando llegó, le ofreció una toalla, pero no hizo ningún comentario.

¿Se habría arrepentido ya de tenerla en su casa? Cada día lo

quería más, pero cada vez estaba menos segura de él. ¿Por qué no podía saber lo que sentía aquel hombre?

Se dirigió al salón. El aroma a café invadía la casa y Sophie tenía que luchar contra una incomoda sensación en el estómago. Náuseas, cansancios y cambios de estado de ánimo: eran síntomas que habrían enorgullecido a cualquiera de sus congéneres Romanís. Si a eso le añadía el hecho de que llevaba dos semanas de retraso en el período, pocas dudas quedaban al respecto

Un bebé. El bebé de Alex, además. ¿Qué efecto tendría aquello en las relaciones, aún precarias, que mantenían?

Se puso los pantalones y se subió la cremallera. Después metió la cabeza por el cuello de la camiseta. Sintió un escalofrío que sólo podía significar una cosa. Se volvió lentamente y lo vio. Era Alex, estaba sentado en una silla en el comedor y la observaba con una amplia sonrisa.

—Un número muy excitante.

Estaba increíblemente sexy, con aquel traje gris de corte clásico. Aunque nada comparable con cuando no llevaba nada encima. Si no fuera por lo cansada que se sentía, haría lo propio por recapitular lo excitante de su desnudez.

—Pensé que estarías trabajando.

—Tengo que hacer una serie de cosas —se levantó y se aproximó a ella—. Estás pálida.

—Me has asustado.

—No creo. Sabías que estaba aquí, siempre lo sabes —le acarició el pelo.

—Seguramente me está empezando una gripe —esperó a que él le diera una charla sobre la inconveniencia de pasar tres horas bajo la lluvia. Pero no lo hizo.

—Te debería llevar al médico.

Sí, claro que debía ir, pero no con él. No podría soportar que se sintiera obligado a hacer lo correcto. Peor aún sería si él llegara a la

conclusión de que se había quedado embarazada como parte del plan de Damon...

Tenía que dejar de pensar así. Ya le había pedido disculpas por lo sucedido.

—Estoy bien.

Alex no respondió pero la furia se transparentó en sus ojos.

— ¿Qué pasa?

El se encogió de hombros.

—Nada.

Frustración, eso fue lo que ella sintió.

Antes de que ella tratara de forzarlo a darle una respuesta, sonó el timbre de la puerta.

—Debe de ser para ti. Me voy a dar una ducha. Alex la vio alejarse en dirección al baño.

Aquella mujer sería su perdición. Durante dos semanas, había estado irritable y cansada. Lo de la noche anterior, no había sido más que el culmen de una serie de acciones completamente necias y sin sentido.

No iba a invadir su espacio y, por tanto, no iba a darle su opinión sobre nada.

Pero, aparentemente, ella estaba buscando pelea no iba a ser capaz de aguantar más.

¿Era infeliz viviendo con él?

El timbre sonó otra vez y se encamino hacia la puerta.

Al abrir, se encontró a Damon.

— ¿Qué demonios quieres? Damon sonrió.

— ¿No me vas a dejar pasar? Alex se echó a un lado y lo dejó

entrar.

Su hermanastro tomó control del espacio y se sentó cómodamente en el mejor sillón.

— ¿Qué quieres? Me tengo que ir a trabajar.

—He recibido una carta de tu abogado. Dice que tienes una oferta por la casa.

—Lo sé —afirmó Alex—. Fui yo el que le pedí que te enviara esa carta.

— ¿Eso significa que la vas a vender?

—Sí. Eso era lo que querías, ¿no?

Damon subió las cejas en un gesto de sorpresa.

—Pensé que sólo importaba lo que tú querías —los dos se miraron con rabia—. Asumo que no has podido encontrar a Sophie. ¿Es ése el motivo de tu decisión?

Alex se apoyó sobre la mesa y se cruzó de brazos.

— ¿Tu sabes dónde está?

—Tengo su dirección.

—Calle Bleeker. Pero ya no vive allí —aunque seguía pagando su renta.

Damon lo miró confuso.

—Seguramente estará con su madre.

—Ya no. He seguido el rastro de la feria. —Damon se sonó todos los huesos de la mano.

— ¿Eso va a afectar a la venta de la casa? Alex soltó una amarga carcajada.

—Siempre tan preocupado por los demás —dijo con ironía—. Cuanto antes me libre de esa casa y de ti, mejor.

—Si quieres, puedo tratar de encontrarla...

—Alex, ¿tienes...? —Sophie entró en la habitación. Se detuvo en seco al ver a Damon. Estaba todavía mojada y el pelo había creado unos canales de agua muy insinuantes sobre su camiseta.

Alex no habría podido decir cuál de los dos estaba más sorprendido.

Sophie se agarró el estómago.

—Creo que voy a vomitar —se dio la vuelta y se di rigió al baño de nuevo.

— ¿Nauseas matutinas? —bromeó Damon.

A Alex no le pareció en absoluto gracioso.

—Yo diría que no estaba muy contenta de verte.

— ¿Desde cuándo estáis juntos?

Alex se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Nunca te ha interesado mi vida. No empieces a interesarte ahora. Tengo un abogado que te irá in formando de lo que sea preciso.

Damon sintió una bocanada de indignación pero prefirió guardársela.

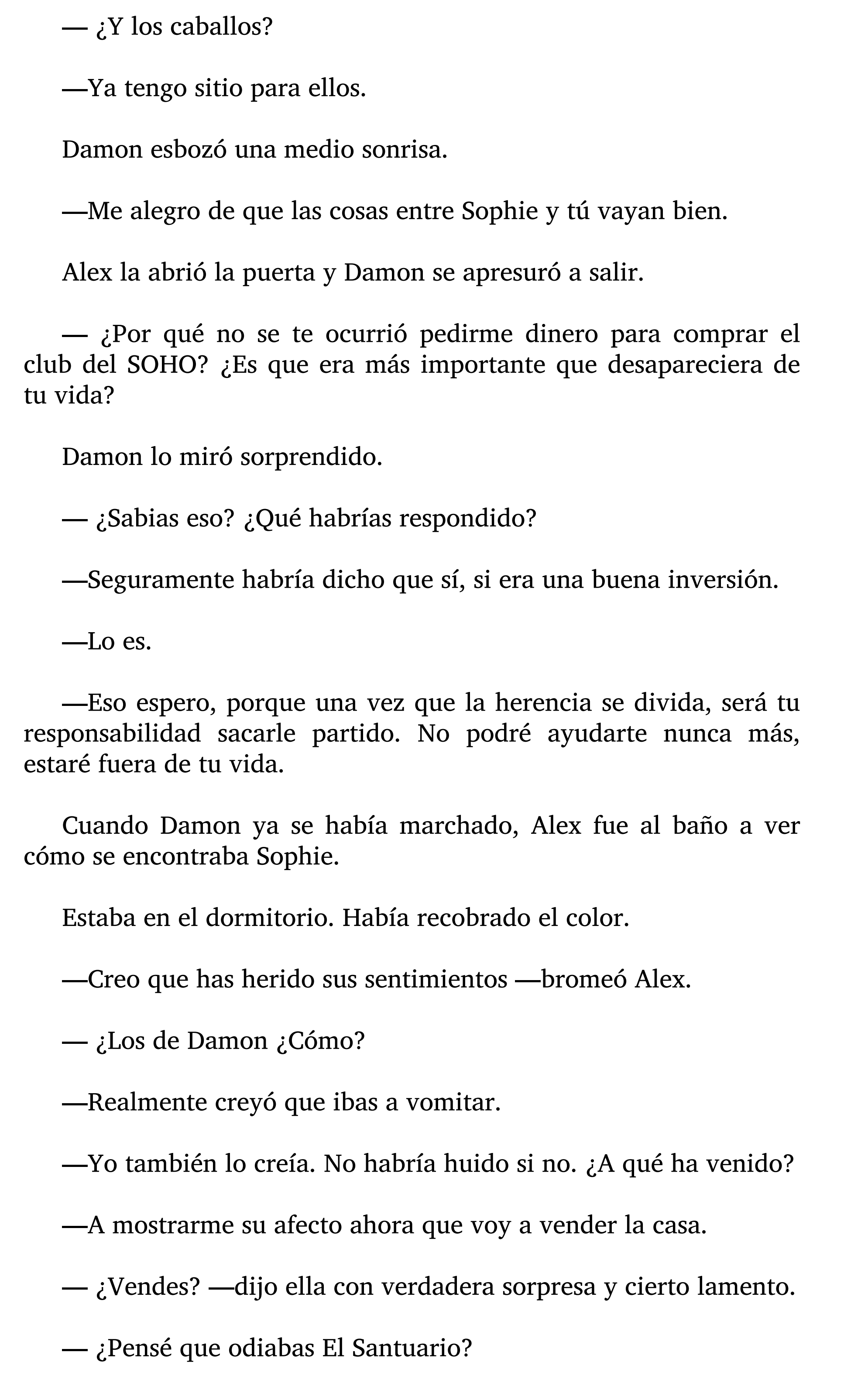
— ¿Está bien ella?

— ¿Acaso te importa?

Damon se levantó y se dirigió a la puerta.

—Sí —de algún extraño y egoísta modo era cierto. Al fin y al cabo, había perdido a una verdadera buena amiga.

—Dile a Elaine que se lleve lo que quiera de casa. El resto entrará a subasta.



— ¿Y los caballos?

—Ya tengo sitio para ellos.

Damon esbozó una medio sonrisa.

—Me alegro de que las cosas entre Sophie y tú vayan bien.

Alex la abrió la puerta y Damon se apresuró a salir.

— ¿Por qué no se te ocurrió pedirme dinero para comprar el club del SOHO? ¿Es que era más importante que desapareciera de tu vida?

Damon lo miró sorprendido.

— ¿Sabias eso? ¿Qué habrías respondido?

—Seguramente habría dicho que sí, si era una buena inversión.

—Lo es.

—Eso espero, porque una vez que la herencia se divida, será tu responsabilidad sacarle partido. No podré ayudarte nunca más, estaré fuera de tu vida.

Cuando Damon ya se había marchado, Alex fue al baño a ver cómo se encontraba Sophie.

Estaba en el dormitorio. Había recobrado el color.

—Creo que has herido sus sentimientos —bromeó Alex.

— ¿Los de Damon ¿Cómo?

—Realmente creyó que ibas a vomitar.

—Yo también lo creía. No habría huido si no. ¿A qué ha venido?

—A mostrarme su afecto ahora que voy a vender la casa.

— ¿Vendes? —dijo ella con verdadera sorpresa y cierto lamento.

— ¿Pensé que odiabas El Santuario?

—Es tu hogar. No deberías vender ese lugar si te gusta.

—Ya no es mi hogar —le tocó el estómago y ella se tensó—. ¿Te encuentras bien de verdad?

—Creo que ha sido la pizza que me comí anoche...

Se creó un incómodo silencio entre ellos. Sophie le estaba ocultando algo.

A lo mejor Damon había tenido algo de razón en eso de las náuseas matutinas. ¿Estaría embarazada? De pronto recapituló todo lo sucedido en el último mes: cansada, irritable, con el estómago revuelto.

Alex sintió una rabia infinita. ¿Desde cuándo lo sabía? Apretó el puño.

— ¿Por qué no te tumbas?

—Después. Ahora quiero trabajar un poco. Tengo una gran idea para la publicidad de Prentiss y quiero ponerme a ello.

—Sophie, realmente creo que deberías...

Ella alzó la barbilla con orgullo.

— ¿Qué?

Alex se contuvo. No podía perder los nervios. Necesitaba un plan de ataque antes de empezar la batalla.

—Te veré después.

— ¡Alex! —se apoyó en él—. Creo que será mejor que me tumbe.

La tomó en sus brazos.

— ¡Qué buena idea! ¿Cómo no se me había ocurrido pensar en ello? —farfulló entre dientes.

¿Cuánto tiempo iba a tardar en decírselo?

La llevó al dormitorio y la dejó en la cama.

Ella se enroscó entorno a la almohada y cerró los ojos.

En cuanto ella se sintiera mejor, tendrían que hablar.

Las cosas no podían seguir así y, si había un bebé por medio, no estaba dispuesta a que creciera sin padre.

Por mucho que le costara, Sophie tendría que aprender a compartir, aunque sólo fuera por su hijo.

Capítulo Trece

Sophie le daba vueltas y vueltas al ginger ale que tenía en el vaso desde hacía una hora.

Era su primera noche de copas con los amigos desde que se había ido a vivir con Alex y ni siquiera se lo estaba pasando bien.

Quizás había sido realmente cobarde por su parte haberle dejado a Alex un mensaje en su buzón de voz, pero es que, realmente, se había pasado todo el día reunido.

Seguramente le agradecería que hubiera desaparecido por una noche. Estaba segura de que necesitaba cierta distancia de ella.

Últimamente estaba un poco intransigente con ella. En cuanto la veía hacer algo en la casa, le recordaba que tenían un servicio de limpieza. Otras veces, simplemente la miraba sin decir ni una palabra.

Desde la visita de Damon, su vida sexual había cesado.

¿Es que Alex la culpaba de su propia decisión de vender la casa?

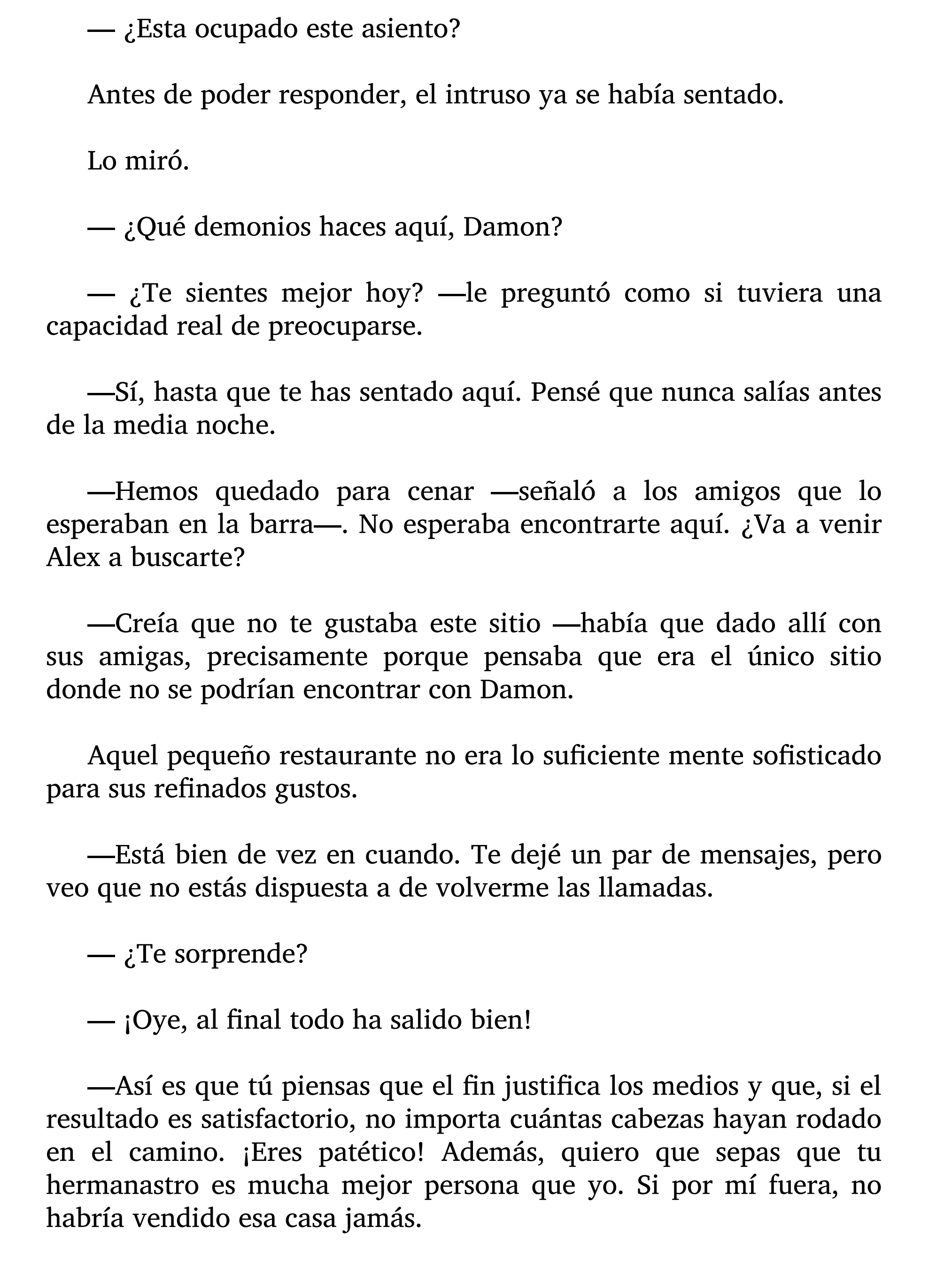
Pensó en preguntarle si quería que se marchara, pero tenía miedo a la respuesta.

Miró al otro lado del bar. Sus amigas se divertían con un trío de hombres guapos a los que se habían ligado y se habían olvidado por completo de ella.

Sophie se acurrucó en su asiento y se dedicó a escuchar las románticas canciones del hombre de la guitarra.

Su mano se posó automáticamente sobre su vientre.

Se había hecho un test de embarazo, aunque todavía no había sido capaz de decírselo a Alex. Lo había intentado varias veces pero no lo había conseguido. Tenía miedo de que pensara que estaba utilizándolo para atraparlo.



— ¿Esta ocupado este asiento?

Antes de poder responder, el intruso ya se había sentado.

Lo miró.

— ¿Qué demonios haces aquí, Damon?

— ¿Te sientes mejor hoy? —le preguntó como si tuviera una capacidad real de preocuparse.

—Sí, hasta que te has sentado aquí. Pensé que nunca salías antes de la media noche.

—Hemos quedado para cenar —señaló a los amigos que lo esperaban en la barra—. No esperaba encontrarte aquí. ¿Va a venir Alex a buscarte?

—Creía que no te gustaba este sitio —había que dado allí con sus amigas, precisamente porque pensaba que era el único sitio donde no se podrían encontrar con Damon.

Aquel pequeño restaurante no era lo suficiente mente sofisticado para sus refinados gustos.

—Está bien de vez en cuando. Te dejé un par de mensajes, pero veo que no estás dispuesta a de volverme las llamadas.

— ¿Te sorprende?

— ¡Oye, al final todo ha salido bien!

—Así es que tú piensas que el fin justifica los medios y que, si el resultado es satisfactorio, no importa cuántas cabezas hayan rodado en el camino. ¡Eres patético! Además, quiero que sepas que tu hermanastro es mucha mejor persona que yo. Si por mí fuera, no habría vendido esa casa jamás.

Damon se encogió de hombros. Obviamente, no le importaba mucho cuál hubiera sido su modo de actuar. No lo afectaba.

—Hablando de Alex, ¿dónde está?

—En casa.

— ¿Te ha dejado salir?

Le dejaba hacer todo lo que quería. Realmente, empezaba a pensar que le importaba un rábano lo que ella hiciera.

— ¿No le dijiste que ibas a salir? —pregunto Damon, mal interpretando su expresión.

—No voy a hablar de Alex contigo. Lárgate con tus amigos y déjame con los míos.

—Parecen muy absortas en sus propios asuntos. Como vas a volver a Stamford

—Me las arreglaré —llevaba toda la vida arreglándoselas sola.

—Si necesitas que te lleve… —se levantó de la silla—. No dudes en pedírmelo. Cuídate.

Sophie asintió desganada y lo vio alejarse hasta el final del bar. Durante una hora y media permaneció ella sola en la mesa, cortando en seco a cualquier hombre que intentaba aproximarse a ella.

Todavía no había anochecido y ya estaba harta de estar allí.

¿De qué le servía todo aquello? La verdad era que habría preferido mil veces estar con Alex.

Al pensar en él, sintió un escalofrío familiar. Cerró los ojos para disfrutar de la sensación, hasta que se dio cuenta de lo que implicaba. Alex estaba allí.

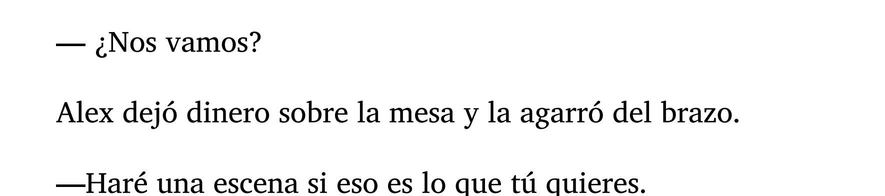
—Vamos, es hora de marcharnos.

Sophie levantó la cabeza y lo vio. Estaba furioso. Aunque había sentido su presencia no podía creer lo que veía.

— ¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Me llamó Damon. Temía que fueras capaz de volver a casa en el tren tú sola. Agarra tus cosas. Nos vamos.

Ella levantó las cejas.



— ¿Nos vamos?

Alex dejó dinero sobre la mesa y la agarró del brazo.

—Haré una escena si eso es lo que tú quieres.

—No, no será necesario —ya se había colocado el bolso al hombro y mostraba toda su predisposición a ser conducida sin protestar.

Una vez en el coche, permanecieron unos minutos en silencio.

Alex arrancó el motor.

— ¿No me vas a decir nada? —preguntó ella.

—En el coche no.

— ¿Por qué?

—Porque estoy realmente furioso contigo.

—Ya era hora —respondió ella mientras se ponía el cinturón. El acto provocó que se le subiera la minifalda y dejara parte de sus excitantes muslos al aire. El movimiento distrajo a Alex unos segundos. Cuando vio que ella se agarraba inconscientemente el vientre, su antigua furia volvió a apoderarse de él.

Nunca antes le había importado tanto una mujer. Pero le parecía bien que pasara todo el tiempo que quisiera con sus amigos. Lo que no le parecía razonable era que, después de tres días enferma en la cama, se levantara y, sin más, se largara por ahí.

Si Damon no lo hubiera llamado habría regresado sola y en sus condiciones. Era el único acto razonable que había hecho su hermanastro en su vida.

El intenso tráfico del viernes por la noche no ayudó en exceso a suavizar su estado de ánimo.

Alex sabía que Sophie tendría por fin la pelea que había estado buscando.

Alex paseaba de arriba abajo de la habitación. La tensión era tan intensa que parecía poderse cortar.

Sophie estaba sentada en el sillón. El trayecto hasta Stamford le había parecido la hora más larga de su vida. Habría preferido que todo hubiera estallado allí mismo. Aquel autocontrol que él tenia era antinatural.

Se volvió lentamente hacia ella.

—Esto no está funcionando, Sophie.

Sus palabras la arrollaron como lo habría hecho un tren de alta velocidad. Sintió un peso agobiante sobre la cabeza. Había temido que llegara aquella conversación durante las últimas semanas.

Se agarró el estómago con las manos. Aquella era la única parte de Alex que nunca perdería.

—Lo sé.

Alex se sentó en el sofá, apoyó los codos sobre sus muslos y se inclinó hacia delante.

—No puedo vivir así. Tú tenías razón, necesito controlar lo que me rodea. Te he dado toda la libertad del mundo, pero me está matando —se pasó la mano nerviosamente por el pelo—. No me importa que pases tiempo con tus amigos.

—Realmente no tenía ganas de estar con ellos.

— ¡Peor aún! Es estupendo que hagas lo imposible por evitar pasar tiempo conmigo.

—Pensé que necesitabas que te diera un poco de aire.

Durante unos segundos la miró en silencio. Tenía un nudo en la garganta.

— ¿Por qué no eras feliz aquí? —le preguntó él.

Sophie no estaba dispuesta a llevarse toda la culpa. Los dos seguían interpretando un papel, nunca habían intentado ser ellos

mismos.

—No quiero ser tú querida, Alex.

La miró con un brillo desconcertante en los ojos.

— ¿Qué se supone que quiere decir eso? —se levantó del asiento, incapaz de permanecer más tiempo inactivo.

—No hago nada. No puedo limpiar, no te gusta la comida que yo hago, pues comemos siempre fuera, pagas todas las facturas. Yo sólo contribuyo con mi cuerpo y, últimamente, tampoco te interesa particularmente.

El se rió.

—Creo que tres días no es demasiado.

¡No estaba dispuesta a soportarlo! Acababa de abrirle su alma y él se reía.

—Prueba que hay un problema.

—Eso es obvio.

—Ya te dije que yo no era una buena compañera de piso —miró por la ventana. El estaba a sólo unos centímetros de distancia, pero parecían kilómetros.

—No quiero una compañera de piso, Sophie.

—Entonces, supongo que he hecho bien en no dejar de pagar mi apartamento.

— ¿Qué quieres decir?

—Que no tardaré nada en hacer la maleta e irme —con la barbilla alzada, se dirigió a la habitación. Alex le interceptó el paso.

— ¿De qué demonios estás hablando?

—Irme —dijo ella con los ojos cristalinos por las incipientes lágrimas.

La abrazó.

— ¿Hablamos la misma lengua? Yo no quiero que te marches.

Ella levantó una ceja con escepticismo.

—Pero acabas de decir que esto no funciona.

—Eso no significa que tengas que agarrar tus cosas y largarte. Podemos hablar y solucionar nuestras diferencias. Por ejemplo, podrías decirme qué era lo que esperabas cuando me dijiste que sí.

—Yo pensé... bueno... No importa —estaba temblando—. Pensarás que soy una idiota.

—Necesito saberlo.

Se pasó la lengua por los labios. Alex sintió el impulso de besarla, pero se reprimió. Quería saber qué sucedía.

— Pensé que yo trabajaría durante el día y que, cuando tú llegaras por la noche, haría la cena, nos pasearíamos por la casa en pijama y nos contaríamos lo que habíamos hecho durante el día. Después, veríamos la televisión y haríamos el amor. Suena estúpido, ¿verdad?

Alex, de pronto, se dio cuenta de que, efectivamente, la había tratado como una compañera de piso. Una cosa era la libertad y otra, muy distinta, la indiferencia.

—Pero eso que tú me dices suena como un matrimonio

Ella se encogió de hombros.

—Puede ser, nunca he tenido la experiencia. Lo de casarse no es un tradición muy arraigada en mi familia.

Los ojos le brillaban, llenos de lágrimas.

— ¿Y que me dices de tu necesidad de libertad?

—Yo jamás te dije que me estuvieras ahogando.

—Pero me dijiste que me gustaba controlar a los demás.

—Nunca te he pedido que cambies. Si vine a vivir aquí fue sabiendo quién y cómo eras. Realmente, lo que creo es que te importa muy poco lo que yo haga.

El se quedó boquiabierto. Si hubiera sabido las veces que la habría retenido a su lado tal vez le estaría reprochando lo contrario.

Seguramente, se trataba de encontrar el punto medio.

—He estado intentando desesperadamente captar tu atención.

— ¿Querías discutir?

—Bueno, es algo saludable en una pareja, ¿no?

La abrazó con fuerza. Sophie era su familia y no iba a dejarla marchar.

—Pensé que el motivo de tu estado de ánimo eran tus hormonas.

— ¿Qué?

— ¿No es eso lo que les ocurre a las mujeres cuando están embarazadas?

Sophie se quedó boquiabierta.

— ¿Cómo te has enterado?

—No hace falta ser un genio para darse cuenta, Sophie. Has tenido náuseas todas las mañanas, ha sido una tortura vivir contigo y no has tenido el período desde que llegaste aquí.

— ¿Te has dado cuenta?

—Me doy cuenta de todo lo que te sucede —metió los dedos entre su pelo—. ¿Por qué no me has dicho nada?

—Tenía miedo —tragó saliva.

— ¿Por qué? ¿Qué pensabas que iba a hacer, salir huyendo como hizo tu padre?

—No —dijo ella, pero tuvo que admitir para sí que era una posibilidad que se le había pasado por la cabeza.

— ¿Entonces?

—No quería que te sintieras atrapado. No espero que te cases conmigo.

El colocó los dedos sobre su vientre en un gesto protector.

—Pues lo siento por ti porque eso es precisamente lo que pienso hacer.

Sophie le puso las manos sobre el pecho y lo apartó.

—Eso era precisamente lo que yo temía —se dio media vuelta y se dirigió al dormitorio.

— ¿Qué?

Con un dramático gemido se dejó caer en la cama.

—Que hicieras lo que tenías que hacer. No quiero que te cases conmigo sólo porque estoy embarazada.

Se aproximó a ella.

—No es por eso por lo que me quiero casar contigo.

— ¿Por qué si no?

La miró unos segundos.

—Por que te quiero, estoy enamorado de ti.

— ¿De verdad?

— ¡Claro! —se sentó en la cama junto a ella— Me equivocaría mucho si pensara que tú también me quieres a mí.

—No.

—Pues dilo.

—Te quiero —las palabras salieron a borbotones, como si hubieran estado atrapadas demasiado tiempo y, al ver la luz, hubieran querido salir todas fuera al mismo tiempo.

Alex sintió un alivio inesperado. La besó y sintió el dulzor de sus labios mezclado con la sal de sus lágrimas. De pronto, necesitó más. Pero no era el momento y se levantó.

Ella lo miró con un brillo herido.

—Tú crees que te quiero, ¿verdad?

—Supongo que sí —respondió ella con una medio sonrisa.

No estas muy convencida. Pero no podía culparla.

Desde el primer momento en que la había visto había sentido atracción hacia ella. Muy pronto empezó a sentir amor. Pero el dolor de sus experiencias anteriores le había impedido confiar en ella. No le extrañaba que a ella le costara creer en él.

—Lo que no entiendo es cómo eres capaz de intuir lo que les ocurre a los demás y, en cambio, conmigo, es como si llevaras una venda en los ojos.

—Supongo que lo que siento por ti me ciega —se enroscó entorno a la almohada. Estaba agotada. El le acarició el pelo.

—Por qué no te duermes y terminamos de hablar mañana.

—Yo no quiero dormir, Alex. Lo que quiero es hacer el amor.

Alex también, pero le sorprendía que ella hubiera sido capaz de hacer la petición tan abiertamente. Se tumbó a su lado y le puso la mano sobre le vientre.

— ¿Y el bebé?

— ¿Qué? ¿Es por eso por lo que no me has tocado estos días?

El sonrió.

—No me ha resultado nada fácil, te lo aseguro.

Ella exhaló aliviada.

—Pensé que ya te habías aburrido de mí.

Podía haber estado furioso, pero nunca aburrido.

—Tenía miedo de hacerte daño.

—No te preocupes. No nos pasará nada ni al niño ni a mí. Lo único que no me haría ningún bien sería estar los próximos ocho meses sin tu cuerpo —lo abrazó y lo atrajo hacia sí.

— ¿No crees que deberíamos hablar de la boda antes?

Ella se removió provocadoramente.

—No —murmuró con impaciencia.

No estaba seguro de si su negativa venía simplemente de querer eludir el tema o como efecto del deseo creciente que ya sentían ambos.

Quizás nada de lo que dijera llegaría a convencerla de que él querría haberse casado desde el principio.

De cualquier forma, no era el momento adecuado para discutir ciertas cosas... mejor mañana.

Alex torció hacia la derecha y entró en una carretera que a Sophie le resultaba familiar.

Se había comportado de un modo extraño durante toda la mañana.

Había supuesto que, desde primera hora habría empezado a hablar de los planes de boda, pero no había dicho ni palabra al respecto.

Bueno, después de haberlo mantenido despierto toda la noche, lo mínimo que podía hacer era complacerlo aquella mañana.

Al ver el rumbo que tomaban, Sophie pensó que se dirigían a El Santuario, pero él insistía en que no era así.

Salió de la carretera principal y, muy pronto, vieron la granja que habían visitado juntos

— ¿Qué estamos haciendo aquí? —preguntó ella. El paró el motor.

—Vamos. Quiero enseñarte algo. Bajaron del coche y se acercaron a la casa. Había un cartel de vendido.

Un caballo se acercó a la valla.

—Se parece a Elvis —dijo ella.

—Es Elvis.

— ¿Qué pasa aquí? ¿Has comprado este sitio? —miró a Alex. Tenía una sonrisa de oreja a oreja.

—Casi. Vamos a comprarlo.

— ¿Qué?

La agarró de la mano y entraron en la casa.

—La he alquilado hasta que firmemos todos los papeles. Vamos a pedir una hipoteca en una cuenta de banco común. Tuya y mía.

Ella lo miró emocionada.

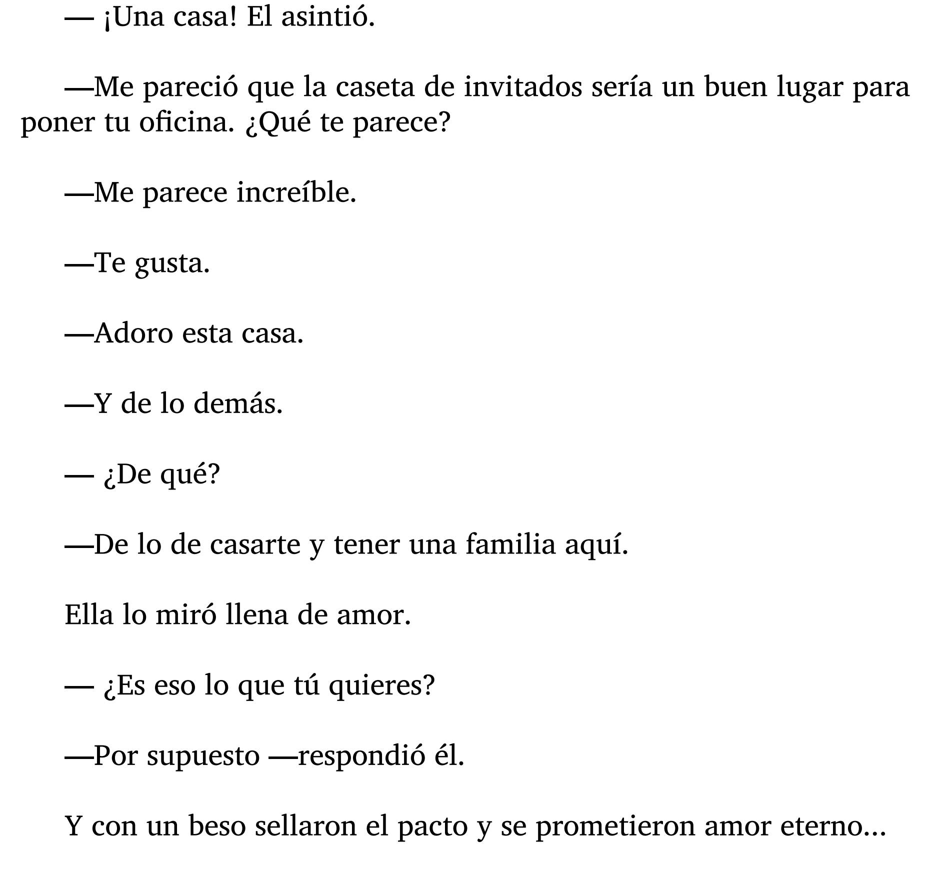
Alex había mandado traer todos los muebles del apartamento de ella.

— ¿Cuándo hiciste todo esto?

—En cuanto llegamos de Kansas. Pero sólo hace unos días que trasladé los muebles aquí. No puedo comprar el sitio sin tu firma. Está a nombre de los dos.

Así que Alex la había empezado a considerar parte de su vida antes de saber que estaba embarazada.

La felicidad que sintió fue inmensa.



— ¡Una casa! El asintió.

—Me pareció que la caseta de invitados sería un buen lugar para poner tu oficina. ¿Qué te parece?

—Me parece increíble.

—Te gusta.

—Adoro esta casa.

—Y de lo demás.

— ¿De qué?

—De lo de casarte y tener una familia aquí.

Ella lo miró llena de amor.

— ¿Es eso lo que tú quieres?

—Por supuesto —respondió él.

Y con un beso sellaron el pacto y se prometieron amor eterno…

Fin.